

PARA QUIEN SUFRE

(Las caras de la vida)

Jesús Martínez García

Muchas caras nos presenta
la vida, como un diamante;
unas veces sonriente
y otras de bisel cortante.
No es fácil ver en la Cruz
moneda que siempre vale,
intuir detrás la Cara
que trasciende los instantes.
Catorce caras existen
del Amor que, por delante
fue explicando su sentido
a quien desee mirarle.
Quisiera verte la Cara,
meditar en tu semblante,
descubrir ese valor
del amor con que pagarte.

INTRODUCCIÓN

Estas páginas quieren ser como ventanas que muestren facetas positivas de esta realidad humana, tan rica, del sufrimiento humano. Asomarse a ella puede enriquecer el conocimiento sobre la persona.

Quieren ser, además, una ventana abierta para quien sufre, por la que se pueda atisbar algún rayo de esperanza. Sé bien que, aunque se conozcan las últimas razones del sufrimiento, nada se sabe de él hasta que no se experimenta; es una experiencia íntima que no puede trasladarse a otro: sólo en el sufrimiento se aprende a sufrir.

Lo sé; sin embargo, conocer de antemano su sentido y las etapas que hay que recorrer, nos pueden servir en esos momentos para llevarlo con alegría y fecundidad.

El libro está dividido en catorce capítulos, que corresponden a las estaciones del clásico Vía crucis. Cada capítulo se abre con un dibujo del artista francés Hipólito Lacerges, realizados en 1869. Aunque el libro no es un comentario del Via crucis, en él se reflexiona sobre esos dibujos y se comentan algunas facetas del sufrimiento humano.

I. ENCUENTRO CON EL DOLOR

Cuanto más pesadas son las estructuras de pecado que lleva en sí el mundo de hoy, tanto más grande es la elocuencia que posee en sí su sufrimiento humano (Salvifici doloris).

1. Después de la noticia

Cuántas veces la vida cambia de sentido en sólo un instante. Acaban de darle a uno la noticia y le deja un agudo dolor en lo más profundo de su ser. Posiblemente ha ido viviendo hasta entonces sin mayores problemas, con alegrías y con penas como todo el mundo, pero lo que sucede en ese momento, y a partir de entonces, es una experiencia nueva que quizá no se había experimentado nunca.

Aunque se cuenta con la cercanía de personas amigas, en el fondo es un trago que se bebe uno solo, algo que se experimenta en la intimidad y nadie se puede hacer cargo de ello salvo que esté pasando por lo mismo. A uno le acompañan, sí, incluso en el sentimiento, pero lógicamente no pueden hacer nada por él. ¿Qué pueden hacer? Si estuviera en sus manos lo harían.

Tal vez, amigo lector, te encuentres en una de las variadas y cortantes facetas que puede tener este valioso diamante del sufrimiento: la muerte de un ser querido, la infidelidad de una persona amada, la pérdida de algo muy necesario, tener que pasar un largo tiempo en un Hospital,... Las cosas son como son y tratas de poner remedio, pero puede ser que, a pesar de intentarlo, el dolor no se pueda alejar, y uno se encuentre como en una habitación oscura donde no ve nada. Vamos a buscar un sentido a todo esto, a buscar el profundo sentido que sí tiene.

¿Y dónde ir a buscarlo? ¿Quién nos podrá decir *la verdad*, la explicación que convenza y dé paz y esperanza para seguir adelante? La llave que abre la puerta y deja correr la luz para entender el jeroglífico del sufrimiento es Jesucristo. «El misterio del hombre sólo se esclarece realmente en el misterio del Verbo Encarnado (...). Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad» (*Gaudium et spes*, 22).

Jesús, el Hijo muy amado del eterno Padre, fue enviado a esta tierra para redimir a los hombres del pecado y darnos la Vida divina. Y Jesús realizó la Redención precisamente a través del sufrimiento y de la muerte en la Cruz. ¿Es que su Padre le quería mal? ¿O no será que el sufrimiento humano encierra un tesoro que a primera vista no conocemos y que Cristo nos ayuda a descubrir?

Leyendo la Pasión advertimos que Jesús sufrió todo tipo de sufrimientos físicos y morales, El cargó con nuestros pecados en su propio cuerpo, para que muertos al pecado, viviéramos para la justicia, y en sus llagas habéis sido curados (1 Pe 2,24). Se podría decir que lo que ahora sufres tú o la persona que amas, ya Alguien lo sufrió antes. Es como si fuera la segunda vez que se padece eso.

Aunque ahora pienses que tu dolor no tiene sentido, aunque ahora te hagas ciertas preguntas que no eres capaz de contestar, has de saber que no es absurdo lo que te está sucediendo a ti y a tantas otras personas que corren igual suerte que la tuya. No estás solo: alguien sabe de tu dolor, Alguien que conoce hasta el fondo el corazón humano, y sabe la tragedia que sólo tú, en tu intimidad, estás padeciendo.

No estás solo. Jesús te acompaña y te comprende porque Él ha conocido en su cuerpo y en su alma lo que ahora sufres tú. Recordar los sucesos de su Pasión pueden ayudar a comprender muchas cosas, y sobre todo a saber llevar la Cruz como Él la llevó.

2. La otra cara del mundo

Un grupo de amigos se sentaron en unas sillas alrededor del televisor para ver una película. Ninguno sabía de qué trataba, salvo el que había traído la cinta. La primera escena se desarrolla en una peluquería: varias señoras entradas en años y otra más joven no paran de hablar de cosméticos, de chicos guapos y demás chismes.

Los amigos llevaban viendo la cinta casi veinticinco minutos y alguno de los presentes se levantó para irse a leer. De pronto algo trágico sucede: a la chica joven le da un espasmo y queda inmóvil en una postura lastimosa. Las señoras se alarman en ese momento. Como el susto se pasa, siguen con sus enredos en las bocas. No ha sido nada y todos siguen con sus historias y frivolidades como si no hubiera pasado nada.

La película continúa y la chica, recién casada, muere. En el cementerio, su madre mira hacia arriba y lanza un grito al cielo. «¿Por qué?! Si Dios existe, ¿por qué ha sucedido esto?». Espera una respuesta, pero nadie contesta. Es un momento tenso, porque tiene que haber alguna respuesta. Lentamente se acerca a ella una de las mujeres que estaban en la peluquería y le invita a salir del cementerio y a olvidar, para seguir la vida. La película continúa.

En muchos países avanzados hay personas que nunca han pasado necesidad ni se han encontrado con el sufrimiento; especialmente entre la gente joven. Viven disfrutando de la vida, de la vista, del tacto, del gusto... La cara hedonista de la sociedad invita a disfrutar, a que no falte de nada, y se oculta la otra cara.

Se sabe que hay personas que pasan necesidad, que en los hospitales hay quienes sufren,... Pero se prefiere no pensar. Los *necesitados* que aparecen en las páginas de los periódicos están muy lejanos, y los que fallecen están un rato en el tanatorio y luego ya no se sabe más. Con no ir al hospital o a una residencia de ancianos...; además, las fotografías de muertos de hambre o en la guerra parecen algo irreales, algo así como las películas.

Se prefiere no pensar en el dolor y en la muerte. ¿Y cuando te toque a ti? Pues se piensa: «Al que le toca, le toca; pero como a mí no me ha tocado, sigo disfrutando de la vida». Porque por las calles, en la televisión, en las salas de fiesta sólo se ve a los *sanos*, no a los enfermos. Y a mí no me ha tocado.

¡Vive y deja vivir! grita toda una sociedad que sólo quiere disfrutar el momento presente, egoístamente. Y se huye del dolor como se huye de Dios y de todo lo que recuerda que hemos nacido para algo más. Se prefiere vivir deprisa para no tener que pensar.

Pero éste es un modo poco realista de vivir, porque el sufrimiento es algo muy humano, y tal vez más cercano de lo que pensábamos. Conviene pararse un poco y reflexionar personalmente qué sentido tiene la vida. Ir a un hospital enseña mucho, porque en esa cama, con los tubos de suero puestos, podría estar yo.

Es muy bueno descubrir que en el mundo hay otra cara: la cruz, el mundo del sufrimiento. Es un gran bien descubrir el mundo del dolor para abrir los ojos y para tratar de remediarlo. Vivir de espaldas a él es muy cómodo, muy egoísta, pero quien siembra egoísmo a su alrededor, eso mismo recogerá, y eso no es bueno. No es bueno tener que sufrir, pero tampoco es bueno querer desconocerlo y alejarse de quienes sufren, porque entonces, cuando nos encontremos en esa situación –que será antes o después–, saborearemos el egoísmo propio y ajeno.

Desde que entró el pecado en el mundo, los hombres sufren. Sufren enfermedades corporales o mentales, sufren las consecuencias de sus propios errores, y sufren las consecuencias de los egoísmos ajenos. Basta leer el relato de alguna persona que ha sufrido la guerra para advertir los horrores inhumanos que unos han padecido a manos de sus hermanos los hombres.

Auswich ha quedado como símbolo de lo que el hombre animal es capaz de hacer a sus semejantes. A finales del siglo XX lugares como Ruanda o Yugoslavia traen a la retina de la imaginación los cadáveres de muertos y las vejaciones que se han padecido. Detrás de esas noticias y de esas fotografías hay personas; cada una con sus recuerdos, con su familia y sus amigos, con sus proyectos de futuro, con sus ilusiones, con su amor..., y con su temor al enemigo, sus dolores físicos, su hambre, su humillación.

Cuando uno sufre en su carne el zarpazo de la injusticia o de la enfermedad y entra en crisis su seguridad, entonces se ve la necesidad de reflexionar, de profundizar. También después de una guerra se reflexiona mucho: las personas vuelven a la realidad de lo que en verdad son, y comprueban que no se debe vivir al margen de Dios. Que no deben vivir como si esta tierra fuera el paraíso definitivo, donde procuramos *montárnoslo* lo mejor posible. Es bueno detenerse y reflexionar sobre los grandes temas de la vida.

Gustar el amargo trago del dolor puede traernos muchos bienes, y uno de ellos puede ser descubrir el dolor ajeno y que los demás necesitan de nosotros, porque tener experiencia del dolor enriquece.

3. Un parón en nuestra vida

«Nunca sabe uno hasta qué punto cree en algo, hasta que su verdad y falsedad no se convierten en un asunto de vida o muerte. Es muy fácil decir que confías en la solidez y fuerza de una cuerda cuando la estás usando simplemente para atar una caja. Pero imagínate que te ves obligado a agarrarte a esa cuerda suspendido sobre un precipicio. Lo primero que descubrirás es que confiabas demasiado en ella» (C.S. Lewis, *Una pena en observación*).

El sufrimiento desestabiliza a la persona, le hace perder aquellas seguridades en las que confiaba: sus ilusiones, sus proyectos, su salud, su bienestar. Advierte entonces que el edificio que estaba construyendo se puede tambalear con el soplo de una enfermedad o de una noticia. Le hace preguntarse si está edificando sobre suelo consistente; si es consistente

aquello en lo que cree. Por tanto, si el sufrimiento derriba mi casa, descubriendo que era un castillo de naipes, seguramente tendré que admitir que cuanto antes me lo derribaran, mejor.

Darse cuenta de qué es lo que perdura eternamente ya es algo grande. Es una gracia de Dios. Es la sensación que algunos tienen cuando se les acaba la vida. Entonces aprenden a vivir; se dan cuenta de que se van a la eternidad y tal vez llevan las manos vacías. El sufrimiento, en este sentido, es como un aviso de que un día dejaremos todo lo que tenemos ahora y de que estamos de paso por la tierra. Desde un punto de vista teológico el dolor es anticipo de la muerte, es decir, anuncio de la vida definitiva.

En los momentos de enfermedad se siente el cuerpo y se aprecia la vida. Se valora cada hora de la que se dispone como lo que es en realidad, un regalo de Dios. En la escuela del dolor se puede aprender qué cosas tienen peso en la vida eterna. Por ejemplo, se sabe que esos tiempos densos de dolor, si se han vivido con Dios, quedan. Se puede dudar en esos momentos si ha valido la pena realizar tal trabajo o tal otro, pero se tiene la seguridad de que aquellos momentos de dolor en los que levantábamos nuestra mirada a la misericordia de Dios sí valen en la vida perdurable.

Bueno será hacer un parón ahora, quizá con ocasión del sufrimiento, para reflexionar y replantearnos para qué estamos aquí, qué hacemos y qué debemos hacer.

4. Jesús escucha la sentencia

Jesús, Hijo de Dios e hijo de María, era, según el testimonio dado por quienes le conocieron, un hombre bueno *que pasó por la tierra haciendo el bien* (Hch 10,38). Él no hizo mal a nadie; al contrario, se preocupaba por los demás, solucionó muchos problemas y dio consejos que devolvieron la alegría y la esperanza a mucha gente.

Pero las cosas eran como eran aquel Viernes anterior a la Pascua. Sus enemigos lo habían entregado al poder romano, pues no podían resistir que les hablara de la verdad y no querían vivir conforme a la verdad.

Y allí estaba Jesús, de pie, en un amplio balcón de la casa del gobernador Pilato. Estaba solo, envuelto en una clámide llena de sangre por la flagelación y la cara ennegrecida por los golpes, que chorreaba sangre a causa del manajo de espinas que tenía clavado en su cabeza.

Delante, llenando la plaza, una inmensa multitud de judíos que, como todos los años, había venido a Jerusalén a celebrar la fiesta de la Pascua. Todo el mundo había oído hablar de Jesús; muchos le querían, pero en esos momentos la multitud, envenenada convenientemente por los fariseos, pedía a gritos la muerte de Cristo.

El gobernador Poncio Pilato estaba a punto de dictar sentencia. Quedaba la esperanza, pues el mismo Pilato había declarado que Jesús no había cometido ningún delito, y no se había probado nada de las acusaciones que traían contra Él. Después de hacer callar a la gente dijo solemnemente, despacio y fuerte: «Se le condena a morir crucificado por haberse hecho Rey».

No es difícil imaginar a Jesús con la cabeza agachada, recogido en silencio, mientras la chusma explotaba en un grito de victoria: ¡lo hemos conseguido! Aparentemente era como si Jesús estuviera solo e impotente ante la injusticia y eso le doliera en su interior. Pero no era

eso la causa de su dolor. Lo que le producía un dolor tremendo, una vez más, era el pecado, el conjunto de pecados que se cometían allí: la injusticia del juez, el odio de unos, la resistencia a la verdad de otros,... ¿Qué sentiría Jesús por dentro? Lo que sentía era un amor inmenso a su Padre Dios, un amor muy grande por los hombres y una profunda amargura al saber que su sufrimiento provocaría rechazo o indiferencia.

Jesús debió sentir ese dolor profundo que hace que los ojos se cierren, los músculos se aprieten y entren ganas de llorar. Seguramente a Jesús se le escaparon unas lágrimas, porque Jesús era profundamente humano. Externamente aparecía como un hombre abandonado y solo ante la noticia fatídica.

¿Qué sienten unos padres jóvenes cuando el médico sale del quirófano, se quita la mascarilla y con cara seria confirma el diagnóstico de su hijo: tiene cáncer, vivirá tres meses?

¿Qué se siente cuando un pariente llama por teléfono para comunicar que ha habido un accidente de tráfico, que no ha habido supervivientes, y –no sé si decírtelo– dentro del coche iba una persona amada?

¿Qué se siente cuando uno se entera de que aquel en quien confiaba y debía de ser fiel ha fallado?

¿Qué se siente cuando alguien recoge a un herido en la carretera y le culpan a él, y el juez acaba dictando sentencia: condenado a diez años de cárcel?

¿Qué se siente cuando uno se despierta en un Hospital con gran parte de su cuerpo quemado?

Es una sensación tremenda, mezcla de sorpresa y sobrecogimiento. Las cosas podrían ser de otro modo, pero son como son. Y se recuerdan los momentos felices en que se corría alegre por el campo en compañía de las personas amadas, o esas horas deliciosas sentados juntos en el hogar. Y viene la tristeza aplastante ante el mal presente, y el temor ante lo que va a venir.

Un sentimiento de hundimiento, de soledad invade el corazón. Se cierran los ojos, se agacha la cabeza y se llora; porque somos humanos. Algo de esto puede estar sucediéndonos a nosotros... ¿Cómo llegar a tener los sentimientos de Cristo, a no quedarnos en el nivel humano, en el hundimiento, causado quizá por el amor propio herido?

5. No estás solo

Nos pueden asaltar estas preguntas: ¿Qué hecho yo para merecer esto? ¿No es una injusticia? ¿No entiendo nada! E invadirnos una sombra de soledad e impotencia.

Pero aunque la realidad sea así, no es toda la realidad. Jesús no estaba solo ante la sentencia injusta del poder político de ese momento, porque sabía que Alguien le estaba viendo: su Padre celestial. Y sabía que su Madre estaba por allí en algún lugar y le comprendía, le amaba y le acompañaba en su dolor. Y conocía en ese momento que habría tantos otros hombres y mujeres buenos que, por defender la verdad, iban a ser condenados, ajusticiados. Jesús *sabía* y callaba.

Dios no nos ha dejado solos. Nos conoce a cada uno y de un modo misterioso, al haberse hecho hombre, Cristo se ha unido en cierto modo con todo hombre, y nos ha

conocido y amado en la ofrenda de su vida. No estamos solos en el sufrimiento. Jesús nos acompaña, Él sí puede comprender lo que se siente en estos momentos porque Él pasó por ese trance.

Además cuenta con esto que nos sucede a nosotros, como también contaba con los sufrimientos que iba a padecer. Antes de su Pasión sabía que comenzaba una historia de amor con su Padre. Y se lo dijo a sus discípulos: *el Hijo del hombre será entregado a los gentiles, y se burlarán de él, será insultado y escupido; y después de azotarle, lo matarán* (Lc 18,32-33); y les dijo la razón: *conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre, y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago* (Jn 14,31). Toda la Pasión de Jesús, que vamos a considerar a grandes trazos, fue la demostración de su amor al Padre y a los hombres de todos los tiempos. Jesús lo sabía, pues para eso había venido al mundo.

¿Sabemos nosotros que en el sacrificio se demuestra el amor? ¿Sabemos que Dios Padre espera de nosotros, a partir de ahora, una especial demostración de amor? Con la luz de Dios puede que descubramos el gran sentido de lo que tenemos ahora entre manos, un gran tesoro que tal vez no habíamos descubierto hasta ahora.

Si la vida consiste en estar unido a Jesús, en *vivir por Cristo, con Él y en Él*, el sufrimiento puede ser la gran oportunidad para entrar por este camino.

II. LAS GRANDES PREGUNTAS

Y en tu luz, veremos la luz (Salmo 35)

Cerca está el Señor de los que le invocan (Salmo 144)

6. ¿Dónde está Dios?

Lo vemos a todas horas: muchos huyen de Dios. ¿Dónde está Dios? Parece como si hubiera desaparecido de las leyes, de las normas de comportamiento, del deporte, del trabajo,... Para algunos, incluso, la palabra Dios resulta algo incómodo para vivir en paz.

No es algo nuevo; ya ha sucedido otras veces y sucederá siempre. San Agustín en su «Ciudad de Dios» explicaba que «dos amores construyeron dos ciudades: la ciudad de Dios y la del mundo; el amor a sí mismo hasta llegar al desprecio de Dios edificó la ciudad del mundo; el amor a Dios hasta llegar al desprecio de sí mismo edificó la ciudad de Dios». El desordenado amor a sí mismo es lo que lleva a huir de Dios y de todo lo que puede suponer sacrificio, dolor.

En el siglo XIX muchos filósofos se empeñaron en arrancar la idea de Dios de sus mentes y de las mentes de los demás. Fue la orgullosa ilustración francesa primero la que quiso poner la Razón humana en el puesto de Dios, posteriormente fue el idealismo alemán, y el marxismo ateo... He aquí un texto muy característico de Feuerbach sobre la religión:

«En lugar del amor de Dios debemos reconocer el amor del hombre como única religión auténtica; en lugar de la fe en Dios, dilatar la fe del hombre en sí mismo, en sus propias fuerzas, la fe de que el destino de la humanidad no depende de un ser que se

encuentra sobre ella, sino que depende de sí misma; que el único demonio del hombre es el propio hombre: el único primitivo, supersticioso, egoísta, maligno; y al mismo tiempo que el único Dios del hombre es el hombre mismo» (*La esencia de la religión*).

Después vino el existencialismo que, a base de mirar lo que existe ante los ojos, acabó por no saber quién hizo lo que existe y para qué fue creado: «Dios no existe. No existe. ¡Alegría, lágrimas de alegría! ¡Aleluya!: estamos liberados. Nada de Cielo, nada de Infierno: sólo la Tierra» (*El diablo y el buen Dios*).

Bien, han quitado a Dios de su mundo. Pero ante la realidad maciza del dolor y de la muerte, ¿qué sentido tiene la vida? ¿Qué queda? El hombre frente a sí mismo y frente a los demás; es decir, el hombre solitario. Porque por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida. Lo que se encuentra es el absurdo, la náusea, la nada, como confesaba el propio Sartre: «y sin formular nada claramente, comprendía que había encontrado la clave de la existencia, la clave de mis Náuseas, de mi propia vida. En realidad, todo lo que pude comprender después se reduce a este absurdo fundamental» (*La Náusea*).

La doctrina cristiana impregnó la cultura no sólo con la Fe y la Caridad, sino también con el bálsamo de la Esperanza. El mundo de la cultura cristiana es un mundo con esperanza. Hay males, pero cuando se cree en Dios se sabe que Alguien ve mi aflicción, que me comprende y me acompaña, aunque sea con su silencio; y que las cosas de la tierra –incluido el sufrimiento– tienen un sentido, una racionalidad; además nos pueden llevar al cielo. Pero si el hombre ha «matado a Dios» del horizonte de su vida, ¿qué esperanza le queda?

¿Quién puede decir lo que sucede en el fondo del corazón humano cuando se está oprimido por el dolor físico o moral? Sólo se sabe cuando se experimenta en la propia carne. Es muy doloroso, pero lo peor es no saber dar una respuesta si Dios ha desaparecido del horizonte vital.

Nietzsche imaginó que había matado a Dios, pero si Dios ya no existía, ¿qué quedaba? Él mismo era un dios. Nietzsche supo poner en carne viva esa tentación que todos llevamos dentro de suplantar a Dios, y que se llama pecado de soberbia. Cuando se consigue anular psicológicamente a Dios de la propia conciencia sólo queda el yo; sin embargo, no hacen más que transcurrir unos segundos y se comprueba el engaño: un simple catarro me tiene atado a la cama, un pequeño enfado domina mi corazón.

Ese movimiento de la soberbia humana que pretende construir un mundo laicista donde el hombre suplante a Dios se ha demostrado falso, engañoso y opresor del hombre. Y esto lo demuestra de modo patente y descarnado el sufrimiento.

7. La vida sin sentido

Mal, mucho mal ha causado el ateísmo en los corazones de millones de hombres. Tatiana Góricheva, nacida en la Rusia comunista y atea, lo relata en su libro *Hablar de Dios resulta peligroso*:

«Si alguien me pregunta qué significa para mí el retorno a Dios, qué es lo que esa conversión me ha hecho patente y cómo ha cambiado mi vida, puedo contestarle con toda sencillez y brevedad: lo significa todo. Todo ha cambiado en mí y a mi alrededor. Y, para decirlo con mayor precisión aún: mi vida empezó sólo después de haber encontrado a Dios.

Para las personas que hayan crecido en países occidentales no es fácil de entender. Son personas nacidas en un mundo en el que existen tradiciones y normas, aunque ya no sean totalmente estables. Esas personas han podido desarrollarse de una manera *normal*, leyendo los libros que han querido... Yo he nacido, por el contrario, en un país en el que los valores tradicionales de cultura, religión y moral han sido arrancados de raíz de una manera intencionada y con éxito; yo no vengo de ninguna parte y a ninguna parte voy: he carecido de raíces y he tenido que encaminarme hacia un futuro vacío y absurdo.

En mi adolescencia tuve una amiga que se quitó la vida a los quince años, porque no pudo soportar todo lo que le rodeaba. Al morir dejó escrita una nota que decía *soy una persona muy mala*, cuando en realidad era una criatura de corazón extraordinariamente puro, que no podía tolerar la mentira y que no pudo mentirse a sí misma. Aquella muchacha se quitó la vida porque descubrió que no vivía como hubiera debido hacerlo y porque de alguna manera había que romper el vacío que a uno le rodeaba y encontrar la luz. Pero ella no encontró ese camino.

Mi amiga era una persona demasiado profunda y extraordinariamente consciente para su edad, y comprendió que también ella tenía en todo una responsabilidad y culpa. Hoy, a los veinte años de su muerte, yo puedo expresarlo en un lenguaje cristiano: mi amiga había descubierto su condición de pecadora. Había descubierto una verdad fundamental, a saber: que el hombre es débil e imperfecto; pero no descubrió la otra verdad, que aún es más importante: la de que Dios puede salvar al hombre, arrancarlo de su condición de caído y sacarlo de las tinieblas más impenetrables. De esa esperanza nadie le había dicho nada, y murió oprimida por la desesperación».

Cuando el hombre dispara con una pistola hacia el cielo, intentando matar a Dios, el tiro le sale por la culata, y quien muere es el hombre, porque «la negación de Dios priva de su fundamento a la persona» (Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 13).

Si aquella chica hubiera conocido cómo es el Dios de los cristianos no habría hecho lo que hizo. Si alguien le hubiera relatado la parábola del hijo pródigo...

8. ¿Quiénes somos?

Una gran deficiencia de muchas personas es la *superficialidad*, no plantearse las grandes preguntas de la existencia para intentar resolverlas adecuadamente. En los medios de comunicación se habla de multitud de noticias que hoy son y mañana han perdido su interés. Si nos detuviéramos a reflexionar tal vez no hubiéramos hecho muchas de las cosas que hacemos; por ejemplo no hubiéramos comprado algunos productos que de pronto nos parecieron necesarios. A veces se trata a las personas como si fueran únicamente números de estadísticas, socios de un colectivo o posibles votantes.

A diferencia de los demás seres, nosotros tenemos una vida personal riquísima e irreplicable, tenemos la capacidad de trascender lo efímero, lo del día de hoy. Por nuestra inteligencia podemos conocer lo Infinito y relacionarnos con Él, y con nuestra libertad podemos tomar decisiones que traspasan los años y la vida entera.

Lo más profundo del hombre, su mayor riqueza es su capacidad de diálogo con Dios. Este diálogo lo ha iniciado Dios, en primer lugar poniéndonos en la existencia, después

queriendo que conozcamos la Revelación que ha hecho a toda la humanidad, y desea dialogar con cada uno en el secreto de su conciencia.

¿Quién es el hombre? Es la única criatura de la tierra que Dios ama por sí misma, dice la Iglesia. Cada uno de nosotros *somos* una imagen y semejanza de Dios con la que Dios mismo quiere hablar. Él tiene un proyecto para cada persona, una vocación. La vida tiene sentido en la medida en que se está en comunión y en diálogo con Dios y se vive conforme al proyecto divino personal.

«El hombre tiene extrema necesidad de saber si merece la pena nacer, vivir, luchar, sufrir, morir; si tiene valor comprometerse por algún ideal que sea superior a los intereses materiales y contingentes; en una palabra, si hay un *porqué* que justifique su existencia. Esta es la cuestión esencial: dar un sentido al hombre, a sus opciones, a su vida, a su historia.

Jesús tiene la respuesta a estos interrogantes; Él puede resolver la cuestión del sentido de la vida y de la historia del hombre. Jesús no elimina la preocupación normal por la búsqueda del alimento cotidiano y de todo lo que puede hacer que la vida humana progrese más y sea más satisfactoria. Pero... ¡la vida pasa indefectiblemente! Y Jesús hace presente que el verdadero significado de nuestro existir terreno está en la eternidad, y que toda la historia humana, con sus dramas y alegrías, debe ser contemplada en perspectiva eterna. ¡El hombre tiene necesidad de trascendencia! ¡El hombre tiene necesidad de la presencia de Dios en su historia cotidiana! ¡Sólo así puede encontrar el sentido de la vida. Pues bien, Jesús continúa diciendo a todos: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6)» (Juan Pablo II, 5-VIII-1979).

En la reflexión que el papa Juan Pablo II hizo sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano (la Exhortación apostólica *Salvifici doloris*, de 1984) abordaba este tema: «Dentro de cada sufrimiento experimentado por el hombre, y también en lo profundo del mundo del sufrimiento, aparece inevitablemente la pregunta: ¿por qué? Es una pregunta acerca de la causa, de la razón y de la finalidad; en definitiva, acerca del sentido. Esta es una pregunta difícil, como lo es también la que se refiere al mal: ¿Por qué el mal? ¿Por qué el mal en el mundo?

El hombre puede dirigir tal pregunta a Dios con toda la conmoción de su corazón y con la mente llena de asombro y de inquietud; Dios espera la pregunta y la escucha» (*Salvifici doloris*, 9).

Dios espera que miremos hacia arriba, hacia Él mismo, para que descubramos lo que es esencialmente la persona humana: el único ser religioso, capaz de relacionarse con Dios. Dios espera al hombre, siempre; y le espera también precisamente en el dolor para reiniciar el diálogo.

El misterio del dolor pertenece a los caminos inescrutables de la acción divina en las almas: «Dios susurra y habla a la conciencia a través del placer, pero le grita mediante el dolor: el dolor es su megáfono para despertar a un mundo adormecido» (C.S. Lewis, *El problema del dolor*).

Dios podría insensibilizar, anestesiar los nervios de los hombres para que no sintiéramos el dolor físico. Pero precisamente tenemos los nervios para reaccionar ante lo que nos causa un mal –por ejemplo ante el fuego– y no nos aniquilemos. Los hombres podemos

vivir de espaldas a nuestro fin, a Dios, estar como anestesiados ante los grandes interrogantes; pero Dios no abandona a los hombres, no quita el sufrimiento en el mundo para que los hombres tengamos la oportunidad de reaccionar. «Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él» (*Catecismo de la Iglesia católica*, 1501).

«La enfermedad y el dolor, desde los orígenes de la humanidad, ha provocado siempre en el ser humano la conciencia de los límites de su ser y de su saber, la experiencia de su finitud, en contraste con el ansia irreprimible de vivir, de vivir siempre, que todos llevamos dentro. De ahí, esa espontánea queja ante Dios, que es en realidad un acto de fe: la experiencia del dolor tiene una inmensa riqueza humana y lleva a dirigirse a Dios, nuestro Creador y Redentor, que todo lo sabe y todo lo puede» (Álvaro del Portillo, *Homilía*, 14-II-1992).

9. Jesús mira hacia el Cielo

Después de escuchar la sentencia y quedarse sumido en un doloroso recogimiento, Jesús levanta la cabeza hacia el cielo, hacia el Cielo con mayúscula. ¿A dónde mirar si no? Los hombres pueden engañar, los amigos pueden fallar, y las multitudes pueden ser manipuladas. Ante la injusticia a veces sólo cabe dirigirse hacia Dios. A través de la conciencia llegamos a Dios y establecemos ese diálogo.

Jesús ha actuado en conciencia, no ha mentado; ha dicho la verdad porque se lo ha preguntado el Sumo Sacerdote Caifás: sí, Él es verdaderamente el Hijo de Dios. Lo ha proclamado aunque esa verdad le llevara a la muerte. Y sabe que Alguien conoce que dice la verdad. Todo hombre debe decir la verdad porque Alguien lo está escuchando.

Quizá en alguna ocasión podamos tener la impresión de que Dios no nos escucha, de que estamos solos. Parecernos que estamos abandonados de todos, incluso de Dios. Y si Dios falla, ¿a quién vamos a acudir en la tribulación? Si Dios no existiera, estaríamos perdidos, estaríamos a merced de los poderosos y de los astutos.

Pero Dios no falla, Dios no defrauda. La gran enseñanza e la Biblia es que Dios es fiel. Jesús mira hacia arriba, confía en su Padre. Y su Padre, que ve en lo secreto, le recompensará.

Y Jesús será el punto de referencia para todos los que han sufrido injustamente, para todos los que padecen y no lo entienden. Como el Santo Job, también ellos podrán decir: *¡Yo sé que mi Redentor vive!* (Job 19,25).

10. Para ver a Dios en el dolor

Ante la injusticia, ante el mal, siempre brota desde el fondo del corazón humano la pregunta hacia Dios. Quienes no tienen fe se quejan al Dios de los creyentes, alegando el sufrimiento como la prueba de que ese Dios no existe. Al no reconocer a Dios como Señor de sus vidas y no poder dar respuesta a los interrogantes fundamentales de la existencia humana, *necesitan* acudir al Dios en el que no quieren creer. Con esto demuestran que hasta humanamente *compensa* creer en Dios.

Para quien tiene fe en un Dios Providente, que todo lo dispone para el bien de los que le aman (cf. Rm 8,28), las cosas son muy diferentes: se sabe que hay un apoyo, una seguridad, algo. Hay una esperanza que Dios da a los que confían en Él.

Algunos preguntan para qué sirve la fe si no existe más que lo que comprobamos con los sentidos y con la razón; y para qué sirven los sacerdotes si no *hacen* nada, como si lo importante en la vida fuera producir cosas. No saben, sin embargo, que fuera de la doctrina cristiana es como si se caminara a oscuras. El Verbo se hizo hombre para darnos la luz y la vida verdaderas, y en la luz de sus palabras y de su vida se encuentra el Camino, el verdadero sentido de la vida. Aunque sólo fuera por esto compensaría creer en Jesucristo. ¡Cuánto hemos de agradecer los cristianos el don de la fe!

Queda pendiente, sin embargo, el desafío de los increyentes: ¿Cómo puede existir Dios si el mundo está como está? Para poder conocer la respuesta habría que aclarar de qué dios estamos hablando y qué sucede en el interior de la persona que pregunta.

Porque, cuando alguien que no quiere reconocer la providencia de Dios, su pregunta no va dirigida al Cielo, sino más bien al aire, a la nada, pues no espera respuesta. Dirigir esa pregunta a Dios, en cambio, supone escuchar la contrapregunta de Dios en el corazón, que dice: ¿No es verdad que para encontrar la respuesta que buscas no deberías cambiar tú?

Seamos sinceros, si alguien pide que se le muestre el Dios verdadero, hay que pedirle a él, a su vez, que muestre qué clase de persona es la que pregunta y cómo es su corazón. «A Dios le ven los que son capaces de mirarle, porque tienen abiertos los ojos del espíritu. Porque aunque todo el mundo tiene ojos, algunos los tienen oscurecidos y no ven la luz del sol. Y porque los ciegos no vean, no por ello el sol ha dejado de lucir, sino que esto ha de atribuirlo a sí mismo y a sus propios ojos. De la misma manera tienes tú los ojos de tu alma oscurecidos a causa de tus pecados y malas acciones.

El alma del hombre tiene que ser pura, como un espejo resplandeciente. Cuando en el espejo se produce herrumbre, no se puede ver el rostro de una persona; de la misma manera cuando el pecado está en el hombre, el hombre ya no puede contemplar a Dios. Pero puedes sanar, si quieres. Ponte en manos del médico. Dios, que sana y vivifica mediante su Palabra y su sabiduría (...). Si entiendes todo esto y vives pura, santa y justamente, podrás ver a Dios; pero la fe y el temor de Dios han de tener absoluta preferencia en tu corazón y entonces entenderás todo esto» (San Teófilo, *A Autólico*).

Para entender algo sobre el sufrimiento que padecemos es necesario tratar de llevar una vida limpia, honesta, un *corazón sencillo* como nos dice el libro de la Sabiduría: *Buscadle (a Dios) con corazón sencillo. Pues lo encuentran los que no exigen prueba, y se revela a los que no desconfían. Los razonamientos retorcidos alejan de Dios.* En el sufrimiento se le puede descubrir, pero es necesario limpiar nuestra mirada. Quien pretenda entender a fondo las cosas que le suceden, y en general cuál es nuestro fin en la tierra, tiene que tener buenas disposiciones en su corazón; es decir, ser un hombre de *buena voluntad*.

«Lo que distingue al limpio de corazón, lo que constituye su esencia, es su disponibilidad natural –no forzada– a escuchar, creer y seguir la palabra de Dios con la confianza ciega de un niño que atiende las enseñanzas, advertencias y consejos de su padre de sangre, en la seguridad, sin fisuras, de no ser engañado y confundido por él, por mucho que no entienda las última razones de tales advertencias, consejos y enseñanzas... A los libres de

prejuicios, que tengan limpio –como los niños– el corazón, a ellos les brindó Jesús la más grande de las promesas: *Bienaventurados los que tengan limpio el corazón porque ellos verán a Dios*» (T. Luca de Tena, en *Las Bienaventuranzas hoy*).

III. ¿QUÉ HE HECHO YO?

Fue él ciertamente quien soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores (Isaías 53)

11. ¿Por qué Dios no lo impide?

Ha puesto su confianza en Dios, pues que le libre ahora si le ama; pues ha dicho “Soy Hijo de Dios” (Mt 27,43), dijeron a Jesús cuando estaba en la cruz. Después de reconocer a Dios como Señor del mundo la pregunta sobre el dolor sigue golpeándonos en el cerebro: ¿por qué Dios no interviene y lo remedia?

«El sufrimiento es una experiencia terrible, ante la cual, especialmente cuando es sin culpa, el hombre plantea los difíciles, atormentados y dramáticos interrogantes, que constituyen a veces una denuncia y otras un desafío o un grito de rechazo a Dios y a su Providencia. Son preguntas que se pueden resumir así: ¿Cómo conciliar el mal y el sufrimiento con la solicitud paterna, llena de amor, que Jesucristo atribuye a Dios en su Evangelio? Y si se quiere: ¿Cómo podemos creer que «Dios es amor», y tanto más que este amor es omnipotente?

La afirmación de la Sagrada Escritura: *la maldad no triunfa sobre la Sabiduría* (Sab 7,30) explica y refuerza nuestra convicción de que, en el plano providencial del Creador respecto del mundo, el mal en definitiva está subordinado al bien. Dios nos ayuda a comprender mejor estas afirmaciones: primera, que *Dios no quiere el mal como tal*, y segunda, que *Dios permite el mal*» (Juan Pablo II, 4-VI-1986).

¿Por qué lo permite Dios? Debe de haber algún bien escondido que no advertimos a primera vista y que Él sí conoce. Dios Padre no libró a su Hijo del sufrimiento, al contrario, le metió de lleno en los horrores y las angustias. Jesucristo mismo no alejó de su Pasión a quienes amaba, sino que deseó acercarlos a ella.

Mientras estaba en Palestina Jesús tenía compasión de los que sufrían y muchas veces remediaba los dolores. Pero en otros casos no los remediaba, ni enseñó a sus apóstoles el *truco* para resolver las necesidades humanas. Después de Cristo el sufrimiento continúa, y también sufren los cristianos. Cristo es el Cordero que quita los pecados del mundo, que arranca la causa de los males –nos ha librado del pecado y de la muerte eterna (el infierno)–, pero no nos ha quitado el dolor y la muerte. ¿Por qué?

Dios puede hacer milagros, pero normalmente no los hace. Ha puesto unas leyes en el mundo que ha creado y no quiere forzar esas leyes, porque el mundo está bien hecho y es bueno. Tampoco va a cambiar la voluntad de los hombres que, con el mal uso de su libertad, producen males. Porque es bueno que el hombre sea libre, aunque actúe mal.

Sin embargo Dios saca bienes de todas las cosas que suceden, especialmente del sufrimiento, pues nos ayuda mucho a conocernos, a comprender a los demás, a cambiar de vida, etc. A veces se pide a Dios un milagro, la curación de una enfermedad, y Dios nos consigue un bien mayor como es el hecho de que nos dirijamos a Él, o que no seamos egoístas, o nos demos cuenta de que hacíamos daño a alguien y no lo advertíamos.

En ocasiones la Santísima Virgen ha hecho milagros patentes, como el que hizo a un joven de Calanda que rezaba en la Basílica del Pilar: le restituyó su pierna que había sido cortada y enterrada hacía dos años. Bien, la Virgen ha tenido esos detalles y muchas veces. Pero la curación física es algo relativo, pues aquel chico murió pasados los años.

¿Qué es más importante, entrar en la vida eterna con un pie sólo, o ser condenado eternamente con los dos? A veces pensamos que lo más importante en nuestra vida es la salud corporal, y no lo es. Lo más importante es nuestro diálogo existencial con Dios, nuestra respuesta constante a Dios con la oración y las obras.

Y esto lo han aprendido muchos con ocasión del sufrimiento. La Santísima Virgen no les curó la enfermedad como ellos esperaban, pero les consiguió otra cosa mucho más importante y duradera.

No, no es verdad que el sufrimiento que padecemos sea un mal que debiera quitarnos Dios por encima de todas las cosas. Estando en la cárcel en vísperas de ser martirizado, Tomás Moro escribió a su hija Margarita: «Nada puede pasarme que Dios no quiera, y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor».

Para poder llegar a decir estas palabras hay que haber trascendido los hechos, los sentimientos, el dolor. El problema para entender el sufrimiento está en nosotros, en nuestro modo demasiado *humano* de ver el sentido de nuestra vida y del mundo.

Dios conoce nuestro dolor con otra perspectiva, más trascendente. Él desea el orden, el bien, la perfección. Y ciertamente el dolor surge por el desorden, por la imperfección, como el automóvil *se queja* echando humo o emitiendo ruidos cuando algo no va bien en él. Pero eso es bueno para quien conduce el automóvil, porque le hace darse cuenta de que algo malo pasa.

Me parece que Dios no ve el dolor humano como un mal que haya que quitar a toda costa, sino lo que desea es quitar la causa, y mientras ésta continúe, el sufrimiento es una fuente de bienes. No es fácil admitir este razonamiento cuando el dolor físico o moral es un hecho que nos afecta en primera persona. A veces es necesario fiarnos de lo que otros nos dicen para estar en la verdad, porque uno no lo ve en esos momentos. Siempre es bueno fiarse de Dios, pero hay veces que parece no haber otro remedio que fiarse de Él, abandonándose en sus manos aunque no se entienda.

Y es importante rezar, pedir; pedir también un milagro, porque Dios lo puede hacer y a veces lo hace.

12. El peso de la libertad

Dios permite que el mal físico afecte a los hombres, y ¿por qué permite también el mal moral, el pecado, que aparta al hombre de Dios y le trae tantos males? Porque no olvidemos

que la mayoría de los males que padece la humanidad son causados por las personas (egoísmos familiares, accidentes de tráfico, el hambre, las guerras,...). El mal uso de su libertad –el pecado– perjudica a su propio autor y a los demás.

¿Por qué Dios no quita a los hombres la libertad, que es la causa del pecado y, por tanto, de su sufrimiento? Porque Dios ama tanto a los hombres que prefiere que actúen mal a privarles del don divino que les hizo desde el principio.

«Los hombres, criaturas inteligentes y libres, deben caminar hacia su destino último por elección libre y amor de preferencia. Por ello pueden desviarse. De hecho pecaron. Y fue así como el *mal moral* entró en el mundo, incomparablemente más grave que el mal físico. Dios no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral. Sin embargo, lo permite, respetando la libertad de su criatura, y, misteriosamente, sabe sacar de él bien» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 311).

¡Cuánto debe amar Dios a cada hombre cuando respeta tanto su libertad! Sí, también ama a la persona que nos está causando un mal. Porque Dios ama *a todos*. Queda en pie, sin embargo, la pregunta sobre si Dios es capaz de vencer el mal uso que hace el hombre de su libertad y cómo lo realiza.

«Sí, en cierto sentido –aclara Juan Pablo II– se puede decir que, frente a la libertad humana, Dios ha querido hacerse *impotente*. Y puede decirse asimismo que Dios está pagando por este gran don que ha concedido a un ser creado por Él *a Su imagen y semejanza*. Él permanece coherente ante un don semejante» (Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, 11), y acepta el hecho del pecado, como aceptó la condena de Jesús por Pilato.

El pecado, la condena de Dios por parte del hombre no se basa en la verdad, sino en la prepotencia del hombre. Pero Dios no ha usado de la prepotencia para vencer el mal, «su omnipotencia se manifiesta precisamente en el hecho de haber aceptado libremente el sufrimiento. Hubiera podido no hacerlo. Hubiera podido demostrar la propia omnipotencia incluso en el momento de la Crucifixión; de hecho así se lo propusieron: *Baja de la cruz y te crearemos*. Pero no recogió ese desafío... Este hecho ha quedado en la historia del hombre como el argumento más fuerte. Si no hubiera existido esa agonía en la cruz, la verdad de que Dios es Amor estaría por demostrar. ¡Sí!, Dios es Amor, y precisamente por eso entregó a su Hijo» (*Cruzando el umbral de la esperanza*, 11).

Jesús venció el mal no con la prepotencia, sino con la abundancia de bien, con el amor en el sufrimiento. En la Cruz está la vida para quitar la muerte, el remedio para borrar el mal, la libertad para vencer la esclavitud.

13. Los inocentes

Cuando se sufre por culpa propia parece que se entiende mejor el sufrimiento. Parece lógico que quien cometió un delito, sufra la pena; que el que se arriesgó a escalar temerariamente la montaña o a conducir peligrosamente, esté ahora en el hospital sufriendo. Pero la razón queda como paralizada y sin respuesta ante los ancianos y los niños que huyen despavoridos en la guerra, ante los que nacen con una grave enfermedad, ante el increíble crimen de un aborto provocado... ¿Por qué les ha pasado eso a ellos si no han hecho nada malo? ¿Por qué los hijos tienen que padecer los egoísmos de los padres, y los padres los

egoísmos de los hijos? ¿Por qué cientos de miles de ciudadanos, convertidos en soldados, murieron congelados en Rusia porque un general tuvo la locura de creerse portador de una misión divina o histórica? ¿Por qué la explotación de los más débiles, que han de trabajar tantas horas si quieren seguir en su puesto? ¿Por qué tantos inocentes sufren?

¿Quién es el culpable de que los demás padezcan? Esa misma pregunta se la hicieron a Jesús. *Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: Rabbí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego? Respondió Jesús: Ni pecó éste ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios* (Jn 9, 1-3).

La interpretación inmediata de sus palabras era clara: aquellos hombres iban a ver la gloria de Dios a través del milagro que Jesús iba a realizar seguidamente. Pero la respuesta era una respuesta para todos los casos: la obra de Dios también se manifiesta en el dolor.

En primer lugar, porque todo lo que en este mundo no es pecado da gloria a Dios. Y aunque el dolor es un mal para quien lo padece, en cierto sentido es un bien, como lo es el que el agua del mar sea salada. Quien beba el agua del mar sentirá amargura, pero es bueno que sea salada para que el mar no se pudra. La sal del sufrimiento preserva a los hombres – corrompidos por el pecado– para que no se corrompan del todo. Aunque nos cueste admitirlo, el sufrimiento humano es un gran bien, por eso da gloria a Dios.

A pesar de que el dolor es consecuencia del pecado, es decir, de las acciones humanas voluntarias malas, en sí mismo no es un mal absoluto, y por eso puede ser santificado. La gloria de Dios se manifiesta sobre todo en el bien, en la perfección; y la amarga medicina del dolor es también un bien, ya que ayuda a restaurar el orden debido.

Y en segundo lugar, en el sufrimiento se manifiesta la gloria de Dios porque, a pesar del mal físico y a pesar del mal uso de la libertad que hacen los hombres, con el tiempo se ve que el mal no desbarata los planes de Dios. Si se observa el desarrollo de la humanidad o de cada persona particular, se advierte que Dios sigue siendo el Señor de la tierra y de la historia. Los hombres no consiguen destrozar el mundo que Él creó bueno aunque construyan torres de Babel, aunque causen desorden en la creación con los pecados.

Detrás de todo el sufrimiento humano, y a pesar de las barbaridades humanas, Dios no deja solos a los hombres. Dios no se ha alejado de este mundo y reconduce todo según sus planes.

Conviene advertir, sin embargo, que el sufrimiento de quien no ha hecho nada malo no se explica sino en una visión de conjunto de la humanidad, pues existe una misteriosa solidaridad entre los hombres. Adán, el padre de toda la humanidad, pecó, y por su condición de primogénito su pecado no afectó sólo a él sino a toda su descendencia.

Dios creó el mundo y el mundo era bueno, y cuando creó al hombre vio que era muy *bueno*. Al cometerse el primer pecado, se introdujo un desorden en el mundo creado por Dios, precisamente en la criatura más amada por Dios, en la cual formó su imagen. El pecado afectó negativamente a la naturaleza del hombre, haciendo al hombre *malo*. El pecado original afectó a toda la humanidad; y todo pecado –obra exclusiva del hombre– borra en el propio hombre la imagen de Dios, lo desordena y hiere su naturaleza. Por eso, aunque el pecado no alcanza a Dios, perjudica al hombre. Y una manifestación de ese desorden es el sufrimiento.

No lo olvidemos, el sufrimiento humano no es un castigo de Dios que pide cuentas a los hombres, sino una consecuencia de lo que los mismos hombres hacemos al pecar: nos perjudicamos humanamente (no sólo en el orden sobrenatural) puesto que agudiza la ofuscación de la inteligencia y del corazón para reconocer la verdad la verdad y el bien. Si sufrimos es por nuestra culpa, no a causa de Dios, porque el pecado es algo exclusivamente del hombre.

Pero Dios, que nunca abandona a sus criaturas, saca de los males bienes, también en el orden humano, puesto que la presencia del dolor ayuda a mejorar al hombre, tanto en el ámbito personal como en el social, pues mueve a la solidaridad, al cariño y a la compasión.

El pecado es un misterio, un misterio de malicia que requiere ser arrancado, borrado. Dios envió a su Hijo a esta tierra a quitar el pecado en el mundo, y así lo hizo muriendo en la cruz, pero cuenta con la colaboración de los hombres para ir purificando la misma naturaleza de cada hombre, para hacerle capaz de recibir en plenitud la Vida divina. Y aquí entra el papel salvífico del sufrimiento, que repara y mejora al hombre.

Existe entre los hombres una misteriosa solidaridad: todo lo que hacemos –el bien o el mal– repercute en los demás. Una manifestación de esto es que todos nacemos en pecado (salvo la Santísima Virgen), como dice el Salmo 51: *en pecado me concibió mi madre*, y nacemos con las heridas que el pecado original causó.

Pero también el mal que hacemos actualmente repercute solidariamente en los demás, no sólo porque muchos de los sufrimientos humanos tengan una causa directa en el pecado ajeno (los robos, asesinatos, injusticias,...), sino porque se puede hablar en este sentido de la dimensión social del pecado: todo pecado afecta solidariamente a los demás.

Por tanto, si existe una misteriosa solidaridad entre los hombres en cuanto al pecado, existe una misteriosa solidaridad en cuanto al sufrimiento. Si el dolor y la muerte son en los hombres efectos del pecado, y el pecado es algo en lo que participamos todos, todos participamos en la reparación, en el sufrimiento.

El sufrimiento acompaña nuestra existencia en esta tierra: nada más nacer lloramos y hacemos llorar de dolor; a lo largo de nuestra vida, con mayor o menor frecuencia, con mayor o menor intensidad, vamos topándonos con el sufrimiento, y al final pasaremos por el momento dramático de la muerte, en el que también haremos llorar.

Además, el pecado es en este mundo una realidad de dimensiones cósmicas. Se cometen millones de pecados, y toda especie de pecados. Los hombres nos hacemos daño unos a otros.

¿Quién pecó, él o sus padres para que naciera ciego? Los culpables somos todos los hombres, y todos en conjunto hemos de reparar. En el dolor está la curación del pecado, el sufrimiento humano es como la medicina para calmar el pecado y el modo de repararlo.

La Pasión y Muerte de Cristo fue la fuente de la salvación, pero Dios cuenta con el sufrimiento de cada persona para transformar a los hombres y manifestar Su gloria. A través del sufrimiento se manifiesta la gloria de Dios, la salvación de los hombres.

Ya sabemos algo más de por qué un inocente –quizá yo mismo– padece por algo que no hizo directamente.

14. Jesús cae aplastado

Jesús era justo, inocente, y su Padre quiso que padeciera. El modo que Dios Padre estableció para la Redención de la humanidad fue dolorosísimo. Jesús lo sabía de antemano pues toda su vida estaba orientada hacia la Cruz. En su marcha hacia Jerusalén manifestó su ansia de sufrir y llamó *Satanás* a Pedro cuando éste intentó apartarle de la cruz.

Cristo quiso sufrir y sufrió realmente en su cuerpo cuando le golpeaban, y sufrió en sus sentimientos cuando le afrentaban. Como a cualquier hombre el dolor le resultaba fastidioso y no le gustaba sufrir. Pero lo amaba porque su Padre deseaba que pasara por ello.

En el huerto de los Olivos le había pedido a su Padre que apartara de él el cáliz del sufrimiento si era posible realizar la salvación de otra manera, pero enseguida lo aceptó, pues su Padre deseaba que lo bebiera. Ahora Jesús no va a pedir que se lo quite. Se ha abrazado al suplicio del madero, a su Cruz. *Sabe* que hay un gran bien detrás de ese misterioso designio del Padre y lo acepta, y lleva la cruz a pulso.

Pero esto no obsta para que se venga abajo por el peso del dolor. Por el peso del dolor físico –las heridas y los kilos de madera que lleva en su hombro– y sobre todo por el peso del sufrimiento moral, la ingratitud de cuantos había enseñado el camino para ser felices o había curado de sus enfermedades. Él es quien mayor bien ha hecho a la humanidad y recibía a cambio el desprecio y la burla.

Jesús cayó por primera vez ante su impotencia por el peso enorme de la cruz, por el peso de los pecados contra Dios y el peso de la ingratitud humana: nadie le ayuda, nadie sale en su favor. Quedó en tierra, con la mirada fija en el suelo, rezando intensamente, como lo hiciera en el huerto de los Olivos, esperando que alguien le ayudara...

A veces uno espera la ayuda de los demás porque uno solo no puede. Es aquella impotencia de quien está en un estadio aplastado, atrapado entre la multitud asustada y la valla metálica. Las propias fuerzas no pueden apartar de sí la adversidad (bien lo entiende quien está pasando una depresión...). Sólo queda esperar a que le saquen de ahí.

¡Qué bueno es tener la sensación de limitación, de no poder uno solo, de tener que pedir ayuda. Sobre todo pedir ayuda a Dios. Porque a veces sólo Dios puede sacarnos de ahí. Y, o lo hace Él, o... no hay remedio.

¡Qué bueno es necesitar de Dios! Y sobre todo ¡qué bueno es acudir a Él!

15. Te basta mi gracia

Entre las duras pruebas que san Pablo padeció, cuenta que «se me ha dado un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás, que me abofetea. Por lo que por tres veces pedí al Señor que lo apartara de mí, y me respondió: Te basta mi gracia, porque mi poder brilla y alcanza su fin por medio de la flaqueza. Así que con gusto me gloriaré de mis flaquezas, para que se manifieste en mí el poder de Cristo. Por cuya causa siento satisfacción en mis enfermedades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por amor de Cristo; pues cuando soy débil, entonces soy más fuerte» (2 Cor 12, 7-10).

¿Qué es lo que le abofeteaba? Tal vez fuera una enfermedad física, tal vez un dolor moral. No lo aclara, pero fuera lo que fuera, se trataba de algo que le hacía ser humilde. Es bueno que cada uno tenga un aguijón, algo que le tire por tierra, que le ponga en su sitio para que no tenga más remedio que acudir a Dios. ¿Es bueno pedir que Dios nos quite el sufrimiento, las tentaciones, las pruebas? Es bueno, pero es mejor pedir la gracia para sobrellevarlo. Dios no quitó a san Pablo ese clavo doloroso que le hacía daño, que le humillaba, sino que le dio la ayuda de su gracia.

El sufrimiento no es una tentación, algo que nos deba inclinar hacia el mal. Dios no tienta a nadie, pero prueba a las personas como un maestro trata de enseñar a sus alumnos. Dios no aborrece el sufrimiento, aborrece el pecado. Y precisamente las pruebas que nos causan daño pueden ser el camino para arrancar el pecado.

IV. LA PROVIDENCIA DIVINA

Mis caminos son más altos que vuestros caminos, mis planes más que vuestros planes (Isaías 55)

16. Hijo, ¿por qué haces esto?

En la vida de la Virgen María, como en la vida nuestra, hubo sucesos que ella no entendió en el momento en que ocurrieron. El evangelista relata que el Niño Jesús se perdió en el Templo de Jerusalén a la edad de doce años. María y José sufrieron mucho en esos tres días. Ella sufrió como cualquier madre que pierde a su hijo; pero, además, tenía el encargo divino de velar por Jesús. En esos momentos sufrió muchísimo. Por eso, al encontrarle por fin, le habló así: *Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, llenos de dolor, andábamos buscándote (Lc 2,48).*

«¿No os consuela ver la angustia, el dolor de la Santísima Virgen –y de San José– ante la pérdida de aquel Hijo amadísimo? ¿No os dice algo muy profundo ver que esa criatura santa e inmaculada, que fue la preferida del Altísimo, no entendía por qué el Hijo les había dejado?

Lo relata san Lucas, que lo puso en la boca de María: *ellos no comprendieron la respuesta que el Niño les dio.* Y sin embargo, esa respuesta, la de Jesús, es la única respuesta: *¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?* Jesús les remite, sencillamente, a la Voluntad de Dios, a la amabilísima Voluntad de Dios, que a Él, en aquella peregrinación al templo, le había exigido alejarse físicamente de sus padres y más adelante le llevaría a la Cruz.

La Virgen Santísima entonces no lo entendió –¡siendo quien era!–, pero su inteligencia, *llena de gracia*, se fue abriendo más y más, junto a su Hijo, al misterio del dolor, hasta terminar abrazada a Él, junto a la Cruz» (Álvaro del Portillo, *Homilía*, 14-II-1992).

Con el paso del tiempo María fue avanzado en el camino de la fe y aprendió a moverse en los planes de Dios.

Camino del Calvario María se encuentra con Jesús, con la figura doliente de su Hijo, y ya no le pregunta: ¿Hijo por qué me has hecho esto? Ya lo sabe. Sabe que tiene que dedicarse a las cosas de su Padre. Y el Padre celestial espera de Él ese acto heroico de amor que es el martirio; sabe que detrás de la Pasión y de la Muerte está la Redención.

Es algo que nosotros tenemos que aprender: movernos en los planes de la Providencia divina. A veces no *entenderemos* por qué nos sucede alguna cosa, pero si hemos aprendido a movernos en las coordenadas de Dios y aceptamos con fe Su voluntad, las cosas se ven de modo diferente.

Después de su primera caída al suelo, Jesús se levanta poco a poco, y su mirada se encuentra con la de su Madre. Sabe que es la única persona que le entiende en esos momentos. Dios ha querido, en su Providencia, que Ella esté allí, porque a quien Dios más ama, más le acerca a la Cruz.

Jesús sabe que su Madre le entiende y acompaña, pero esto no quita para que vuelva a sentir un dolor agudo en su alma viendo sufrir a la persona que más ama en esta tierra.

17. Ya lo entenderás después

Los apóstoles querían mucho a Jesús; y no sólo le admiraban, sino que tenían fe en él. Sin embargo a veces no le entendían. Cuando en la última Cena Jesús les lavó los pies, Pedro se lo impedía porque no comprendía por qué el Maestro hacía aquello. Jesús le dijo: *Lo que yo hago, tú ahora no lo entiendes; lo entenderás después* (Jn 13,7).

Horas más tarde prendieron a Jesús en el huerto de los Olivos; Pedro sacó entonces una espada, y Jesús rechazó ese gesto, así como tampoco quiso enviar una docena de legiones de ángeles que le protegieran. Jesús no hizo un milagro para cambiar el curso de los acontecimientos. ¡Él, que había hecho tantos milagros! Pedro no entendió y, ante la proximidad del sufrimiento, huyó, porque podía huir.

Pero Jesús no huyó, pudiendo hacerlo, porque sabía el sentido de la Pasión, conocía los planes de su Padre celestial, salvadores para todos los hombres.

Dios tiene sus planes, desconocidos muchas veces para nosotros. Y entre ellos está el sufrimiento como medio de colaboración en la redención, en la salvación propia y de muchas almas. A veces es como si Dios quisiera lavarnos los pies, deseara purificar nuestra vida, y nosotros nos comportamos como san Pedro, intentando esquivar la acción divina, lo cual trae como consecuencia que suframos más e inútilmente y no sirvamos a los planes de Dios.

Dios puede hacer un milagro y curar la enfermedad o apartar de nosotros cualquier motivo de sufrimiento, pero no lo quiere hacer. *Ya lo entenderás después*, quizá pasados los años; quizá en la eternidad. Ese «después» es distinto para Dios que para nosotros. Lo que a nosotros nos preocupa grandemente en un instante, tiene una importancia relativa en el lapso de tiempo de treinta o cincuenta años (al fin, todos moriremos). Y a Dios lo que le importa es que la persona se convierta y viva.

No tiene prisa y cuenta con el tiempo, con el transcurso de los acontecimientos, con la libertad de las personas, y cuenta con la fe que hemos de poner en Él.

18. Dios siempre sabe más

Dios siempre sabe más que los hombres. Sólo Dios es Sabio. Conoce todas las circunstancias, respeta la libertad y la forma de ser de cada criatura. *Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman* (Rm 8,28). Dios saca bien de todo, un bien muy superior al mal que padecemos. Pero lo hace de una manera muy peculiar. Desde luego llama la atención el modo de actuar de Dios; es, –en palabras del Papa– un modo tan original, que a ningún hombre se le podía haber ocurrido:

«Dios afirma de forma clara y perentoria que la maldad no triunfa sobre la Sabiduría y que si permite el mal en el mundo es con fines más elevados, pero no quiere ese mal. Es Cristo quien, en ese contexto de su misterio redentor, ofrece la respuesta plena y completa a ese atormentador interrogante. Pues aunque es ciertamente un poder admirable el suyo, éste se pone de manifiesto precisamente en el contraste ante la debilidad y el anonadamiento de su pasión y muerte en la cruz.

Es ésta una sabiduría excelsa y tan original como desconocida fuera de la Revelación divina. Sucede que en el plan eterno de Dios y en su providencial acción sobre la historia del hombre, todo mal, y de forma especial el mal moral –el pecado–, es sometido al bien de la redención y de la salvación precisamente mediante la cruz y la resurrección de Cristo. Se puede afirmar que Dios saca bien del mal.

Por tanto, la pregunta de cómo conciliar el mal y el sufrimiento en el mundo con la verdad de la Providencia Divina, no se puede contestar de modo definitivo sin hacer referencia a Cristo» (11-VI-1986).

Es necesario mirar a Jesucristo para desentrañar el modo de actuar divino, para aprender y para darse cuenta de por qué Jesús –Dios hecho Hombre– ha sufrido y, de alguna manera, se ha unido a cada hombre que sufre.

«Efectivamente, por una parte, Cristo –Verbo encarnado– confirma con su propia vida –en la pobreza, en la humillación y la fatiga–, y sobre todo con su pasión y muerte, que Dios está al lado del hombre que sufre; más aún, que él toma sobre Sí el sufrimiento en su variedad de formas en la existencia terrena del hombre» (11-VI-1986).

Hay escondidos en el sufrimiento humano grandes bienes. Lo sabrás después. ¿Cuándo es ese *después*? ¿En esta tierra? No lo sé, pero verás que a Dios no se le escapa nada, que hasta el vaso de agua dado como un acto de servicio o de sacrificio tendrá su recompensa. Si tiene contados los cabellos que se nos caen cada día y los que nos quedan, ¡cuánto más las acciones que nos hacen sufrir y se las ofrecemos!

19. Ahora comprendo

Era un 25 de agosto, un sacerdote que vivía en el Santuario Mariano de Torreciudad tenía que hacer un viaje a París. Días antes había mirado horarios de trenes: el viaje en tren duraría dos días. Coincidió que en esos días había un chico francés trabajando en la Oficina de Información del Santuario. Éste tenía que ir a París el día 23. El sacerdote le explicó su plan. Al joven no le iba bien pues el día 24 tenía una reunión importante en París, pero cambió sus planes para poder hacer el viaje el 25.

A las 6,30 de la mañana de ese día salieron en coche hacia Bielsa. Se detuvieron en Aínsa para desayunar. Estando en un bar, se abrió la puerta y entró un hombre que, al ver al sacerdote, le dijo:

- ¿Van para Bielsa?
- Pasaremos de camino hacia Francia.
- Pues dentro de un kilómetro encontrarán una chica muerta en la carretera.

Inmediatamente salieron en coche hacia allí. Al rato vieron un coche fuera de la carretera con un gran golpe y sin el cristal delantero. De pie, un agente les hacía señas de que siguieran. Pararon el coche. El agente les gritó que no se detuvieran. Al ver que bajaba un sacerdote joven se sorprendió. Entonces el sacerdote le dijo:

- Sé que hay una chica que ha tenido un accidente.
- Está ahí, respondió el agente.

En la otra cuneta, detrás del coche accidentado había una chica de veinte años tumbada, como dormida. El sacerdote le dio la absolución por si era capaz de recibirla. Y continuaron su marcha hacia Francia.

Al cabo de un mes el sacerdote volvió a Torreciudad y se enteró que aquella chica era de un pueblo de la comarca. Quedó con los padres de la fallecida para contarles lo que él había vivido. La madre, al verle, y antes de que el sacerdote les contara nada, empezó a decirle:

– Sí, el funeral fue aquí. Pero mire, no entendemos nada. Si Dios existe, ¿cómo puede permitir esto? ¿No dicen que Dios es Padre? Es muy difícil creer cuando una hija se estrella como un perro.

Entonces el sacerdote le dijo:

– Quería decirles algo que no saben y les gustará conocer. La verdad es que es una casualidad, porque en cuatro años que llevo viviendo en Torreciudad es la primera vez que he ido por esa carretera a esas horas de la mañana.

– ¿Cómo?

– Sí, yo tenía que haber hecho el viaje en tren, pero, casualmente había un chico que me podía llevar en coche. Si no hubiera ido vestido de sacerdote, tal vez no me hubieran dejado acercarme. Además, ocurrió una cosa muy rara, después de trasladar a la Cruz Roja el cuerpo, la Guardia Civil mandó que lo volvieran a llevar al lugar del accidente hasta que llegara el Juez, por lo que, si llego a pasar diez minutos antes de lo que lo hice, el cuerpo no hubiera estado, y si llego a pasar diez minutos más tarde el cuerpo tampoco hubiera estado porque enseguida llegó el Juez. En fin, que es una verdadera casualidad, pero quería decirles que le di la absolución a su hija.

La madre comentó con el rostro apretado:

– Quizá estuviera ya muerta.

– Tal vez –respondió el sacerdote–, pero aunque uno esté clínicamente muerto, el alma puede estar en el cuerpo un tiempo más o menos largo.

La cara de la madre cambió y, esbozando una sonrisa con tristeza, le dijo:

– Le agradezco lo que me ha dicho porque me da mucha paz. Aunque yo he perdido a mi hija y no la voy a recuperar, ahora veo las cosas de otra manera.

De pronto, frunció el ceño y, pensativa, añadió:

– Es curioso... Ahora comprendo...

– ¿Qué es lo que comprende? ¿a qué se refiere?, preguntó el sacerdote.

– ¿Qué día sucedió esto?

– El día 25, hace casi un mes.

Lentamente dijo como para sí:

– Ahora comprendo. Recuerdo que el día veintitrés estuve en Torreciudad. Dentro del Santuario le pedí a la Virgen que cuidara a mis dos hijas, y que especialmente las protegiera en el momento de la muerte. Y ahora comprendo que la Virgen ha enviado un sacerdote de Torreciudad para asistir a mi hija en sus últimos momentos. Sé que la Virgen me ha escuchado.

20. La casualidad no existe

Dios no se marchó después de crear el mundo, dejándolo a la deriva. No se ha olvidado de los hombres, como tampoco una madre se puede olvidar del hijo de sus entrañas. Pero aunque una madre se olvidara, Dios no se olvidaría. Porque Dios está pensando en cada uno y nos mira como si no tuviera otra cosa que hacer.

Naturalmente que, ante un suceso doloroso al que no encontramos explicación aparente, puede surgir el sentimiento de queja ante Dios, como chilla y se revuelve el águila herida, encontrada en el campo, ante el cirujano que le opera. Lo que sucede es que ese animal no puede saber es si el cirujano es un disecador o un veterinario que está procurando curarla. Nosotros sí podemos saberlo.

Los cristianos sabemos que Dios es un Médico que desea lo mejor para nosotros y que si utiliza el sufrimiento será porque no hay otro remedio mejor.

La casualidad no existe. El azar es la respuesta de quien no sabe por qué suceden las cosas: o porque no se conocen las leyes físicas, o porque no se conocen los planes divinos.

Las leyes físicas se conocen a base de experiencia, a base de observar los hechos y estudiarlos. Con los planes divinos sucede algo semejante. Quien conoce la Biblia y habla con Dios va aprendiendo que las cosas no son *porque sí*, sino que todas las cosas tienen su tiempo, y todo lo que hay bajo el cielo pasa según el término que se le ha prescrito. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de luto y tiempo de hacer fiesta, tiempo de ganar y tiempo de perder (cf. Ecl 3,1-9). Se aprende que Dios sabe mucho y es providente, aunque no se sepa dar la explicación inmediata de lo que sucede ahora.

Se sabe que Dios es un Padre amoroso que quiere lo mejor para sus hijos, y el sabernos en buenas manos da mucha paz.

La consecuencia de todo esto, es que quien cree en Dios y en lo que nos ha dicho, acaba viendo los sucesos de esta vida como Dios los ve. Por el contrario, cuando no se tiene fe no se

sabe en realidad por qué suceden las cosas, por qué se vive y por qué se muere. Y, después de vivir al margen de Dios, uno se queja a Dios porque no acierta a explicar tantas cosas como suceden.

En la ciudad italiana de Orvieto hubo en cierta ocasión una curiosa partida de ajedrez. La gente observaba alrededor de la plaza principal, junto a la catedral. El suelo de la plaza estaba pintado a cuadros negros y blancos. Las fichas eran personas ataviadas con atuendos apropiados al papel que desempeñaban: los que hacían de «torre» llevaban un mandil con una torre pintada y un gorro con almenas, otros iban a caballo, había dos reyes y dos reinas con sus trajes preciosos y sus coronas; también había alfiles y soldados con casco y lanza a modo de «peones». Unos iban de negro y otros de blanco, y al son de las trompetas se jugaba la partida. Las órdenes de los movimientos se daban desde lo alto de un estrado, desde donde se podía contemplar bien el «tablero». Ya no recuerdo si ganaron las blancas o las negras.

Vista la partida desde un peón, quizá ante una orden que no entendiera, éste mirara a su compañero como preguntándole: ¿Por qué retiran ahora a nuestra reina a aquel lugar lejano? ¿Por qué se va el caballo cuando se acerca un alfil enemigo? ¿Y cómo entender que dejen «morir» un peón nuestro, o incluso una torre? Y es que la partida se veía de otra manera desde el estrado, desde donde se contemplaban todas las piezas a la vez, las posibles jugadas futuras y las del contrario.

Desde luego nuestra vida en la tierra no es exactamente como una partida de ajedrez. Ni mucho menos. Dios no juega con nosotros. Pero nos puede servir para darnos cuenta de que las cosas se ven de un modo muy distinto desde nuestra mirada chata y horizontal de criaturas, a cómo las ve Dios desde el Cielo: existe la providencia de Dios que cuenta con las causas segundas, con la libertad de las personas, y también con el dolor.

Desde un punto de vista racional o sentimental sólo se descubre el sentido inmediato de los sucesos. ¿Cómo lograremos verlos con la mirada sabia de Dios? ¿Cómo no tener una visión meramente humana de los acontecimientos y adquirir la visión sobrenatural? Creyendo en Dios y fiándonos de Él. Aunque no podamos saber la razón de cada suceso, la fe nos hace entender que no son irracionales, y alcanzamos a ver las cosas algo a como Dios las ve; es decir, como realmente son.

V. CUANDO DIOS PASA CERCA

A mí me ha dicho el Señor: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy (Salmo 2)

21. La suerte del Cireneo

Jesús puede descansar un momento en su camino hacia el Calvario. Se ha hecho una pausa, un paréntesis al salir por la puerta de la ciudad. Y es que han llamado a uno que pasaba por allí por casualidad –venía del campo y entraba en ese momento– y le han dicho que tiene que tomar la Cruz de Cristo y llevarla detrás de Él.

Sorpresa, malhumor. «¿Por qué tengo yo que llevar esto? Maldita coincidencia de tiempo y lugar. Cuánta gente pulula por la calle acercándose, curiosos, a ver este suceso, y me ha ido a tocar a mí...».

Para Simón de Cirene aquella coincidencia era una mala suerte, como quien pasa por la calle y le cae una teja en la cabeza. No sabía, sin embargo, que para Dios no hay casualidades.

Jesús había pensado en Simón. Le conocía desde mucho tiempo antes. Como Dios conocía su historia: vio nacer a aquel hombre, sabía cómo se fortalecían sus músculos cuando era joven, sabía qué iba a hacer aquel día,... Y todo para que Simón se encontrara a la entrada de la muralla con Cristo y por eso saliera después en el Evangelio y se le recordara todos los años en la Semana Santa, y sus hijos –Alejandro y Rufo– fueran buenos cristianos. ¡Era *la ocasión* de su vida!

Pero, claro, todo eso no lo sabía el de Cirene aquel día cuando le obligaban a cargar con los maderos pesados y llenos de astillas, acompañando a uno que iban a ajusticiar.

Jesús, empero, le estaba mirando. Su mirada era como una invitación a tomar la Cruz: Si quieres...

Simón no tenía más remedio que cargar con el sufrimiento a la fuerza. Pero también es posible que mirara a Jesús, deshecho por el dolor y el cansancio, y se conmoviera, porque Simón tuviera un gran corazón. En el fondo de cada hombre hay unos posos de bondad, de bien, algo que siempre queda de cuando Dios crea a cada uno y le hace a Su imagen y semejanza.

Simón tomó la cruz de Jesús y la llevó detrás de Él. Tal vez en ese trayecto fue aprendiendo muchas cosas, y más cuando llegó a aquel lugar en el que no tenía previsto inicialmente haber estado: el Calvario. El Cirineo tuvo suerte, tuvo mucha suerte.

22. Una invitación

Es sabido que el Papa Juan Pablo II ha sufrido durante su vida muchos y graves dolores físicos y morales –sobre todo morales–. Él, como buen conocedor del sufrimiento, en diversas ocasiones enumeraba algunos bienes que nos llegan a través de esta faceta de la vida:

«El sufrimiento es *una llamada* a manifestar la grandeza moral del hombre, su madurez espiritual; pero es también una invitación de la Providencia a acercarse más al Crucificado, a comprenderlo, a compartir su misterio.

Sentíos cercanos a Dios en vuestras cruces y sabed ofrecerlas con Cristo a Dios Padre, a fin de que la auténtica aportación de vuestro sacrificio genere preciosos momentos de gracia para la humanidad y para la Iglesia. En la meditación de la pasión de Cristo encontraréis la fuerza para transformar el momentáneo peso de la enfermedad en una ofrenda santificante» (16-II-1986).

«Cristo no responde directamente ni en abstracto a esta pregunta humana sobre el sentido del sufrimiento. El hombre percibe su respuesta salvífica a medida que él mismo se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo. La respuesta es, en efecto, ante todo una llamada. *Es una vocación*. Cristo no explica abstractamente las razones del sufrimiento, sino que ante todo dice: *Sígueme, ven*, toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento. Por medio de mi cruz. A medida que el hombre toma su cruz, uniéndose espiritualmente a la Cruz de Cristo, se revela ante él el sentido salvífico del sufrimiento» (*Salvifici doloris*).

Sólo en la medida en que, movidos por la fe y el amor, se camina por donde Cristo caminó –Él ha ido por delante–, *se entiende*. Y al contrario, por muchas razones que nos den, si no se acepta el sufrimiento, no se entiende nada. Pero eso, conseguir que alguien sea humilde y camine por donde caminó Cristo, a veces puede ser un auténtico milagro.

Lourdes es un santuario mariano donde mucha gente acude a la Virgen como a su último recurso con la esperanza de un milagro. Pues bien, un día que se celebraba la festividad de la Virgen de Lourdes, un once de febrero, el Papa dijo a los enfermos que se congregaron en San Pedro:

«Queridos hermanos y hermanas, si el Señor dice a cada uno de vosotros: *Ven y sígueme*, os invita y os llama a participar en la misma transformación, en la misma transmutación del mal del sufrimiento en el bien salvífico de la Redención, de la Gracia, de la purificación, de la conversión (...) para sí y para los demás (...). Os deseo una transformación tal que sea un milagro interior todavía mayor que el milagro de la curación» (11-II-1979).

Empezamos a descubrir toda una constelación de bienes que antes nos estaban velados: el hombre se conoce a sí mismo en el dolor, le da madurez humana y sobrenatural, provoca la compasión y la solidaridad sin las cuales la sociedad sería muy inhumana, puede hacer pensar en la eternidad y producir un milagro interior que lleve a la conversión a quien vivía de espaldas a Dios.

Puede desvelarnos grandes e importantes bienes. Pero puede descubrirnos, sobre todo, un tesoro escondido.

23. Un tesoro con una condición

Dios a quien más ama, le hace el gran favor de acercarle a su Cruz. A primera vista parece incomprensible que Jesús no quisiera alejar a su Madre, a quien tanto quería, de ese trago amargo. No se lo ahorró, al contrario, la llevó de acompañante, para que fuera testigo de aquellos sucesos hasta su agonía y muerte en el patíbulo. También quiso que le acompañaran

sus discípulos y que de alguna manera llevaran la Cruz con Él, pero casi ninguno quiso, porque perdieron el sentido sobrenatural. ¿Por qué a algunos santos que veneramos en los altares les llevó Dios por el camino del martirio; del martirio de un día o el de toda una vida jornada a jornada?

Parece absurdo. ¿Se desea el sufrimiento a quien se ama? ¿No es al contrario? ¿No es verdad que quien ama intenta sacrificarse por el amado para evitar que sufra? ¿Por qué quiere Dios que padezcamos? Parece que no tiene mucho sentido, pues, además, si lo que se pretende con ello es alabar a Dios, otras formas hay de hacerlo, pero ¿sufrir?

Sólo Dios sabe el tesoro que hay escondido detrás del dolor humano, y sólo Él sabe cómo se encuentra y se aprovecha. Algo importante tiene que ser, algo que sólo se sabe cuando se camina por donde caminó Cristo: saberse hijo amado de Dios Padre.

Jesús no nos dio una explicación teórica sobre los bienes que reporta el sufrimiento para ver si nos convencía de que compensa beber el cáliz del dolor. Simplemente dijo: *Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda infecundo, pero si muere, produce mucho fruto* (Jn 12,24). Y en otra ocasión: *El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame* (Lc 9,23).

Es una invitación, y cada uno se encuentra en la disyuntiva: decir sí o decir no. Ante la experiencia dura del sufrimiento en la propia carne –como el Cirineo no nos podemos escapar– cabe intentar sacudirse la Cruz de encima y acabar renegando de Dios y de la propia mala suerte.

Cabe, por el contrario, abrazarse al madero, aceptar la llamada de Cristo; entonces se acaba descubriendo el tesoro y alegrándose de la buena suerte.

Dios siempre respeta la libertad de cada hombre. No obliga nunca. Pero ese negarse a sí mismo, haciendo lo que a uno no le gusta –y sobre todo, no entiende–, aceptando lo que Dios ha previsto para mí, ese meterse voluntariamente por el camino que nos sugiere o no tenemos más remedio que recorrer..., todo esto es necesario para *comprender*. Entonces, sólo entonces, se empieza a descubrir –como el relieve de una lámina oculta en tres dimensiones– por qué Dios permite el sufrimiento y lo Bueno que es Dios.

Los grandes santos lo han entendido y por eso no huyeron de los sufrimientos en esta vida.

24. Filiación divina

Pero hablemos de este tesoro. De una de las personas que veneramos en los altares, san Josemaría Escrivá, Dios esperaba que realizara un encargo divino: trazar un camino de santidad para miles de personas. Dios no le ahorró ni la enfermedad corporal, ni el dolor moral, ni el esfuerzo necesario para sacar adelante ese encargo.

En una homilía suya cuenta en tercera persona lo que tiene que sufrir un hijo de Dios. Cuenta su propia experiencia: «No olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que El permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y tolera

también que nos llamen locos, y que nos tomen por necios...» (*Amigos de Dios*, 301). Esas palabras no son sinónimos, y detrás de cada una de ellas hay una historia de sufrimiento, de marginación, de persecución.

Dios nos ha llamado a ser conformes a la imagen de su Hijo (Rm 8,29). Estas palabras de la Escritura encierran un misterio insondable, porque la conformidad con Jesucristo no consiste en un parecido superficial. Ciertamente Cristo es el Modelo y es preciso que le imitemos, que nos parezcamos a Él. Pero seguir a Cristo no es una imitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda.

La semejanza con el Señor es fruto de su misma Vida sobrenatural en nosotros, participando en la gracia. Y esa Vida nos viene, entre otros medios, por el sufrimiento. La Cruz de Cristo es fuente de vida, y además nos hace madurar interiormente en los sentimientos de Cristo. Si la vida cristiana consiste esencialmente en vivir la vida de Cristo – conocerle en su Palabra, seguirle, vivir su vida– y cada día es un paso que se da en este sentido, quien tiene la experiencia de Cristo doliente, quien sufre con Cristo, da zancadas y vuela hacia la meta, como dice el místico castellano: «Volé tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance».

Dicen que cuando se ha padecido un sufrimiento grave, queda reflejado en el fondo del ojo una pequeña mancha y que los oftalmólogos pueden descubrir en él las huellas del dolor. Si alguno hubiera podido ver el fondo de los ojos del Fundador del Opus Dei al final de su vida, se habría quedado sobrecogido viendo un mar de dolores.

Los años 1930 y 1931 fueron para él muy duros: tenía que sacar adelante el encargo divino de hacer el Opus Dei: en España había preludios de persecución religiosa, fallecían personas en las que él se apoyaba, otros le abandonaban, otros le calumniaban, y hasta parecía que Dios le había abandonado pues una tremenda aridez espiritual le susurraba que estaba solo y que no podría salir adelante.

Pero fue entonces, en medio de tantos sufrimientos, cuando Dios le hizo entender el tesoro oculto: esas palabras de san Pablo, ya recogidas en el salmo segundo: Tú eres mi hijo, Yo soy tu Padre.

Fue ésa una experiencia mística de Dios muy especial, un descubrimiento que, desde ese momento, llenó toda su vida interior: «Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo (...). Y está como un Padre amoroso –a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos–, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando (...). Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos» (San Josemaría, *Camino*, 267).

Muchos años después comentaría: «Cuando el Señor me daba aquellos golpes, allá por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: Tú eres mi hijo, tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: Abba, Pater!; Abba, Pater!, Abba!, Abba!, Abba! Y ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón –lo veo con más claridad que nunca– es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios» (*Meditación*, 28-IV-1963).

Dios nos quiere mostrar esta verdad, quiere que la descubramos y la saboreemos. Pero hay una condición previa, como enseña San Pablo: padecer con Cristo: *Y siendo hijos, somos también herederos: herederos de Dios, y coherederos con Cristo: con tal, no obstante, que padezcamos con él, a fin de que seamos con él glorificados* (Rm 8, 17).

25. La roca donde apoyarse

Dios nos ha dado la existencia a cada uno y nos ha concedido a los cristianos ese otro don de la filiación divina. Pero quiere que cada uno le busquemos y caminemos hacia Él. Todos tenemos nostalgia de Dios porque El nos engendró a la existencia. En el fondo de nosotros hay un deseo de felicidad, de plenitud; una sed de Dios que nunca se apaga. «La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla» (*Gaudium et spes*, 16). Y la conciencia lo advierte: «Nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti» (San Agustín).

Quien descubre a Dios como Padre en esta tierra es como el que descubre un tesoro escondido en el campo; por el contrario, quien no lo descubre no capta toda la verdad de su existencia y vaga por el mundo como desarraigado, como un niño huérfano que no ha conocido a sus padres, que no se sabe querido y no ha sido orientado en su vida.

En la vida diaria hay momentos de alegría y hay momentos duros, difíciles. Cuando no hay problemas no se necesitan asideros. Pero cuando parece que falta la tierra bajo los pies, ¿qué hacer entonces? Se acude a la ayuda y a la comprensión de la familia, del amigo, o se busca la evasión con un viaje o con la bebida. Pero esto no da la solución convincente.

Ante cualquier problema humano hemos de ver qué medios humanos hemos de poner para solucionarlo, pero además hemos de acudir a Dios, porque Yahvé es la roca:

*Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.
Dios mío, peña mía, refugio mío,
escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos.
Me cercaban olas mortales,
torrentes destructores me aterraban,
me envolvían las redes del abismo,
me alcanzaban los lazos de la muerte.
En el peligro invoqué al Señor, grité a mi Dios,
desde su templo él escuchó mi voz,
y mi grito llegó a sus oídos. (Sal 17,2-7).*

«A veces, cuando todo nos sale al revés de como imaginábamos, nos viene espontáneamente a la boca: ¡Señor, que se me hunde todo, todo, todo...! Ha llegado la hora de

rectificar: yo, contigo, avanzaré seguro, porque Tú eres la misma fortaleza: *quia tu es, Deus, fortitudo mea*» (J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, 213).

Dios no se muda, Dios no cambia, no flaquea, no cede. Es la roca firme donde echar la maroma o el pequeño cable que nos queda de esperanza, porque nos fallan las fuerzas. Dios siempre es fiel. Y es poderoso. Dios no defrauda nunca a quienes ponen en El su confianza. La roca es ésta: saberse hijos muy amados de Dios Padre.

«Descansad en la filiación divina. Dios es un Padre lleno de ternura, de infinito amor. Llámale Padre muchas veces al día, y dile –a solas, en tu corazón– que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo» (*Amigos de Dios*, 150).

Que somos hijos de Dios no es sólo un consuelo, es la verdad del hombre.

VI. OLVIDARSE DE SÍ MISMO

El sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia que transforma las almas (Salvifici doloris)

26. La autocompasión

El dolor tiene una particularidad, y es que tiende a centrar la atención sobre uno mismo. Uno no se acuerda de que tiene cabeza hasta que le duele la cabeza. Y cuantas más veces le duele, más se acuerda. El dolor es como un recordatorio de nosotros mismos, y puede volver egoísta al centrar toda la atención en uno mismo.

A veces le pueden recomendar a uno que piense en otras cosas, que se distraiga. Pero eso muchas veces no da resultado, porque la solución no está ahí, en fijarse en lo exterior, sino en cambiar de actitud interior.

Y lo que hace que el dolor sea más cargante es el pensar en uno mismo, el egoísmo. El egoísmo puede adoptar formas diferentes, y una de ellas es la autocompasión. «Sentirnos víctimas viene a ser casi siempre la causa principal de nuestras protestas, de nuestras quejas, de todo lo que suscita el odio y la violencia contra los demás. Por eso, en cuanto nos consideramos *rebajados* o *desposeídos* o *maltratados*, nos afanamos en proclamarlo; necesitamos ayuda; queremos que *nos comprendan*, que nos den la razón y, sobre todo, que nos compadezcan» (M. Salisachs, en *Las Bienaventuranzas hoy*).

Esta actitud puede llegar a ser una obsesión enfermiza, que lleve incluso a aparentar un dolor que no existe para que los demás estén pendientes de nosotros. En definitiva, querer ser nosotros el centro de la atención y de las atenciones.

El egoísta sufre en su interior y hace sufrir a los demás. Con su querer dar pena o con sus exigencias hace que los demás no sepan ya qué hacer por él, o... acaben cansados de él.

Esta actitud no soluciona nada, en todo caso lo pone más difícil. Bueno será cambiar de actitud –al menos intentarlo– para sufrir menos y descubrir otro sentido.

27. La garganta de papá

Otras veces el dolor puede producir todo lo contrario del egoísmo: crear alrededor del sufrimiento mucho amor. Cuánta gente que no vivía más que para sí mismo (en el trabajo, en las diversiones) ha descubierto en el dolor un mundo de humanidad, de cariño, de amor. Y se ha producido una transformación para el bien, que hasta la misma persona se da cuenta que es como si fuera otra.

Sucedió en Torreciudad hacia 1992. Un matrimonio estaba en la puerta del santuario. Un conserje que colaboraba allí se acercó y les preguntó si era la primera vez que venían. El marido contestó que no, que el año anterior habían estado con unos amigos que les habían llevado. El señor continuó diciendo que la vez anterior él estaba muy disgustado porque era un día lluvioso, porque le dolía la garganta mucho y... porque Dios les había dado un hijo tontito.

Al decir esto, el señor se emocionó y se le saltaron las lágrimas.

– Sí, tenemos un hijo de ocho años tontito, retrasado, ¿me entiende?; no sabe ni hablar. Pues yo estaba enfadado aquel día pensando ¿quién va a cuidar de mi hijo cuando nosotros faltemos?

El señor volvió a emocionarse. Su mujer le agarró del brazo. Él siguió diciendo:

– El año pasado, como digo, estaba lloviendo y yo tenía una faringitis tremenda. Fuimos allí, donde se ponen las velas, con los amigos y con nuestro hijo. Cada uno encendimos una en silencio. Yo no pedí nada, estaba molesto. Y de pronto escuchamos la voz de nuestro hijo que dijo: «Madre, cura la garganta de papá». No ha vuelto a hablar nunca más. ¿Entiende?

Y entre sollozos continuaba:

– Ha sido la única vez que nuestro hijo ha hablado. Yo estaba preocupado por quién le atendería a él, y resulta que era él quien se preocupaba de mí.

¡Cuántas veces el hijo diferente o la enfermedad de mamá o del abuelo es lo que hace que una familia esté unida, preocupándose los unos por los otros! ¡Cuánto bien puede hacer el sufrimiento en uno mismo y en los demás!

Lo que se necesita para ser feliz no es ver colmados los propios proyectos o realizarse uno a sí mismo o encontrarse bien. Lo que se necesita es salir de sí, pensar en los demás, y sobre todo en Dios.

La puerta de la felicidad siempre se abre hacia afuera, nunca hacia adentro: uno empieza a ser feliz cuando deja de estar preocupado por sí mismo. ¡Cómo nos conoce Dios y cuánto nos ayuda en este sentido cuando nos visita con su Cruz!

28. El dolor ayuda a madurar

Hablando de los años pasados en los campos de concentración, Solzhenitsin se preguntaba si fueron años perdidos, y contesta: «No, en realidad no han sido perdidos... Quizá aquellos años fueron necesarios». Y ante la protesta de un amigo, insistía: «No es tan sencillo, hay momentos en los que digo: ¡Que Dios te bendiga, prisión!» Y añadió una sentencia realmente inesperada, pero cargada de sentido: «Sólo un prisionero (en esas

circunstancias) puede estar totalmente seguro de poseer un alma inmortal» (*Una vela en el viento*).

La experiencia de un gran sufrimiento como aquél puede proporcionar un conocimiento de sí verdaderamente privilegiado. El dolor es esencial para nuestro progreso espiritual y para nuestro perfeccionamiento interior.

El sufrimiento, las dificultades en general, juegan un papel decisivo para el conocimiento propio, tanto de las propias posibilidades como de las propias fronteras. Dolor y enfermedad son factores desencadenantes en la construcción de la personalidad, puesto que, a través de ellos, el hombre se vuelve consciente de lo que tiene que superar.

Sufrir es una experiencia que puede enriquecer la personalidad o, por el contrario, ser motivo de su ruina. Una misma enfermedad puede llevar a la desesperación, a la renuncia de todos los valores y a la propia existencia, o, por el contrario, a la esperanza confiada y llena de sentido, con la firme decisión de seguir luchando por la vida. En este caso parece como si el dolor abriera una ventana al yo, invitándole a contemplar lo trascendente, lo que está más allá de la actual existencia, pero que ha de llegar.

En esta sociedad hedonista, quizá quienes huyen con pavor del sufrimiento sean quienes más lo necesiten, para madurar como personas y empezar a pensar en otra cosa que en sí mismos, abriéndose a los demás y a la trascendencia de la vida. Dios cuenta con el dolor como medio para mejorar el carácter, las disposiciones, el amor por las personas, y de este modo construir un mundo más humano, un mundo mejor.

El papa Juan Pablo II explicaba que «en la intención divina los sufrimientos están destinados a favorecer el crecimiento del amor y, por esto, a ennoblecer y enriquecer la existencia humana. El sufrimiento nunca es enviado por Dios con la finalidad de aplastar, ni de disminuir a la persona humana, ni de impedir su desarrollo. Tiene siempre la finalidad de elevar la calidad de su vida, estimulándola a una generosidad mayor... En el designio divino todo dolor es dolor de parto; contribuye al nacimiento de una nueva humanidad» (27-IV-1983).

Y hablando a enfermos y a ancianos, les decía: «Lógicamente os alegráis por todas las cosas hermosas que habéis vivido y las cosas buenas que habéis hecho; también debéis dar gracias por todo eso. Pero ahora lo veis todo bajo una luz nueva y son muchas las cosas que valoráis de forma distinta a como lo hacíais antes. Ahora sabéis mejor lo que es realmente la vida, y ese conocimiento y esa sabiduría de la vida, acrisolada y madurada en vuestro dolor, podéis transmitírnosla a nosotros mediante todo lo que nos decís, mediante todo lo que vivís actualmente y mediante el modo en que lo soportáis» (11-IX-1983).

29. Jesús se deja ayudar

Hay muchos sucesos históricos que conocemos por tradición; desde que sucedieron se han ido transmitiendo de boca en boca generación tras generación, y solamente ha quedado constancia escrita a partir de un determinado momento posterior. En muchos casos la arqueología o la investigación histórica han aportado, años después, datos que certifican la veracidad de aquella creencia.

En la Iglesia Católica, además de la Sagrada Tradición como fuente de Revelación sobrenatural, existen tradiciones piadosas que se cuentan desde tiempo inmemorial. En este sentido, existe la tradición de que, mientras subía Jesús camino del Calvario, una mujer se le acercó y le enjugó la cara con un velo, y que quedó impreso el rostro ensangrentado de Jesús en los tres pliegues de la tela, la Santa Faz de Cristo.

Verónica se la ha dado en llamar a aquella mujer, pues su velo contiene el verdadero rostro (vero–icono) de Cristo, su primer cuadro. Sea como fuere, lo que muestra esa tradición es un piadoso acto de caridad de aquella mujer y la atención que tuvo Jesús como para pagar aquel servicio.

Jesús estaba cansado, agotado. No había dormido en toda la noche, había pasado frío y tenía fiebre. Aunque posiblemente ya no llevaba la cruz, apenas podía con su alma por los efectos del flagelo, la pérdida de sangre, el dolor interno...

A veces no se está con ganas para que a uno le hagan un servicio o le pidan un favor y se contesta mal. Jesús en esas circunstancias no apartó de un manotazo el lienzo, como si de un agresivo fotógrafo se tratara. Jesús dejó hacer.

Ese instante fue como un parón, como un fotograma en la secuencia de la tragedia de la Pasión. Jesús se había detenido, cerrados los ojos, como si se hubiera detenido el tiempo. Y en cuanto la mujer obtuvo su instantánea, la procesión siguió adelante. Sería un recuerdo que ella guardaría, y en tres lugares del mundo hoy día se conserva la Santa Faz para el bien de los que la veneran.

Jesús no pensaba en ese momento en sí mismo, en su dolor. Y como quien piensa en los demás, dejó un recuerdo suyo a modo de estampa que sirviera para rezar. «Para que en el futuro pienses en Mí, no por mi bien, sino por el tuyo».

El sufrimiento puede tener un efecto negativo al llevarnos a centrar la atención sobre nosotros mismos, y a no pensar en los demás, llegando incluso a no querer dejarnos ayudar. ¡Con la ilusión y el sacrificio con que lo hacen por nosotros!

Es la hora de salir de nosotros mismos. Jesús nos ha enseñado también a dejarnos ayudar.

30. Poner buena cara

Tu rostro buscaré. No me escondas tu rostro (Sal, 26, 8-9), decía el salmista a Yahvé. Dios es espíritu y no tiene cara, pero Jesucristo, Dios hecho hombre, sí. Y si el rostro es por donde se expresa mejor el alma y por donde se conoce a las personas, bueno sería tener alguna imagen de Jesús, alguna estampa de su cara para mirarla y volverla a mirar. Porque de ahí podemos aprender muchas cosas.

¿Cómo sería en aquel momento la cara de Jesús? De la Sábana Santa –vero icono de su rostro– no se pueden sacar sino algunos detalles, pues su rostro estaba entonces desfigurado. En todo caso sería un rostro sereno, alegre, en medio del cansancio y del dolor.

Así debe estar quien sufre para parecerse a Jesús, a Dios. Tiene que intentar poner buena cara para que los demás puedan ver el rostro de Cristo.

Porque así, con buena cara quiere ver Dios a los que padecen. Y así quieren verles quienes les aman, porque ¡cuánto se agradece y ayuda ver alegre a quien se ama y se sabe que sufre!

* * *

Transcribo una carta publicada a finales de 1996, que es buen un testimonio de ese saber poner buena cara ante el dolor, de saber ver mucho más allá de las limitaciones humanas y descubrir su lado enriquecedor.

«Hija mía, sé que nunca podrás leer esta carta que te escribo, que aunque te la lean no la entenderás, pero mientras escuchas sonreirás con el corazón lleno de felicidad y de amor, lleno de Dios.

Hace un año tu madre y yo hicimos una revisión de nuestra vida y nos dimos cuenta de que estábamos continuamente bendecidos por Dios; teníamos salud, trabajo, alegría, fe y cuatro maravillosos hijos ¡qué más podíamos pedir!

Sin embargo nos dábamos cuenta que recibíamos demasiado y sentimos la necesidad de que algo más podríamos hacer estando el mundo como está, era una injusticia que tuviéramos tanto bueno mientras otros pasaban hambre, frío y guerras. Dios te puso en nuestro camino mientras aguardabas en soledad la llegada de unos padres.

Tuvimos mucha ilusión y ansia de quererte, sabíamos de tu severo retraso psico-motor, sabíamos que eras deficiente y quisimos adoptarte así, para hacerte un bien, para darte mucho amor. Ahora, aunque tú sabes que la adaptación fue un poco dura, hemos descubierto que has sido tú la que nos has hecho el bien a nosotros.

Almudena, te queremos mucho, muchísimo, nos has unido más y nuestra fe se ha hecho más fuerte y profunda, nos has aumentado la paciencia, la generosidad, la comprensión y el amor por todas las personas que tienen deficiencias y que como tú sois especiales, maravillosos, incapaces de hacer daño y portadores de alegría.

Por todo ello, ¡gracias hija mía!

Has cambiado nuestra forma de ver la vida, lo que para los demás son problemas angustiosos (no les funciona el coche, no saben qué ropa comprar, no les come el hijo, la peluquería les ha hecho un mal corte...) para nosotros son intrascendentes, nos has dado mayor visión sobrenatural de la vida, del mundo, de Dios.

En definitiva nos hemos enriquecido como personas y somos más felices. Has unido a tus hermanos a tu alrededor; por cierto... acaba de nacer el pequeño, ¡ya sois seis!

Al principio creíamos que eras distinta de lo normal, ¡qué confundidos estábamos! Sólo eres retrasada en el cascarón, en el exterior, en todo aquello que desaparece cuando se acaba la vida: que no corres igual que los demás ¿y qué?, te mueves lo suficiente y si no te llevaremos nosotros; que no hablas y no sabemos si lo harás ¿y qué?, con tu mirada y gestos te entendemos muy bien; que no sabrás leer ni escribir ¿y qué?, ¿lo necesitarás acaso en el cielo? Tus gestos son extraños, mejor, así nos recuerdas continuamente el amor de Dios. Eres especial porque Dios te quiere más, eres su ojo derecho y ya tienes sitio en el cielo; eres un ángel que Dios envía porque Él necesita de niños que sencillamente amen.

Tus hermanos tendrán que esforzarse en esta vida por luchar contra las tentaciones, por conseguir el cielo, por ayudar a los demás y no dejarse dominar por el egoísmo, tú ya tienes

el cielo asegurado y en puesto de honor, porque eres inocente, no tienes malicia, ya has conseguido todo aquello por lo que unos padres se esfuerzan, penan y se alegran, estás llena de felicidad porque Dios habita en ti.

¿Sabes? Cuando dijimos a nuestros amigos que venías a la familia, algunos no entendían que ibas a estar con nosotros siempre, y decían: *es para toda la vida, no podréis disfrutar de mayores*, pero ¿acaso unos padres no disfrutaban con sus hijos?, ¿acaso unos padres no querrían tener a sus hijos con ellos toda la vida?

Tu madre y yo nos hemos preguntado muchas veces cuál es el plan que Dios tiene para ti, no lo sabremos hasta el final de la vida, pero sí sabemos que el amor ha entrado a raudales en esta casa y que podremos compartir la eternidad.

Gracias Almudena, gracias a Dios. Tu madre, tus hermanos y yo te queremos muchísimo. Un beso muy fuerte. Papá.»

VII. LA CAUSA DEL SUFRIMIENTO

Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores (1 Timoteo)

31. El verdadero mal

¿Por qué existe el mal en el mundo? Porque existe el Maligno, un ser personal llamado Satanás, que actúa sembrando cizaña en los corazones. Y cuando los hombres, movidos por él, actúan en contra del orden querido por Dios se produce el desorden, el mal en todas sus facetas. Por eso sufrimos los seres humanos.

No debemos olvidar que el dolor y la muerte en los hombres no son castigos de Dios porque los hombres hayamos pecado, sino que tienen su única causa en los hombres. Se puede decir que Dios no castiga, que incluso el infierno no es un castigo. Dios nos ha amado al crearnos, y nos sigue amando aunque nos portemos mal, porque Él es bueno.

Sin embargo, al separarnos de Dios voluntariamente con el pecado, los hombres no dejamos que Dios nos pueda amar y salimos perjudicados. Por eso, el infierno (aunque también en él haya sufrimientos) consiste esencialmente en no estar con Dios –Amor infinito, fin del hombre–, que es lo peor que le puede suceder a una persona.

Conviene recordar que Dios no ha hecho el sufrimiento para el hombre (y mucho menos el infierno). El dolor es una consecuencia de los pecados, es decir, de los actos voluntarios malos de los hombres. Por ser un desorden esencial del hombre con su Creador, el pecado trae unas consecuencias funestas para el propio hombre y para los demás. Por eso, hablando en rigor, es el único verdadero mal. Todos los otros males que acaecen en el mundo son relativos, y pueden ser ocasión para alabar a Dios.

Para no tener una noción equivocada y ver el pecado como algo que simplemente *molesta* a Dios, o algo semejante a una *deficiencia* en una obra de arte y que nos molesta a nosotros, o como algo que hay que evitar porque puede perjudicar la convivencia social, hay que recordar lo que enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: «El pecado es, ante todo,

ofensa a Dios, ruptura de la comunión con El» (n. 1440). «Como ruptura con Dios, el pecado es el acto de desobediencia de una criatura que, al menos implícitamente, rechaza a Aquel de quien ha salido y la mantiene en la vida; es, por tanto, un acto suicida» (Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, 15). Cada hombre ha sido creado para vivir en comunión con Dios. Nuestro fin es Dios, y el pecado es aquello que nos aparta de nuestro fin. Se puede decir que es una locura.

Por eso el Catecismo de la Iglesia Católica no duda en afirmar que «a los ojos de la fe, ningún mal es más grave que el pecado y nada tiene peores consecuencias para los pecadores mismos, para la Iglesia y para el mundo entero» (n. 1488).

Si una persona supiera lo que supone realmente un pecado, procuraría no cometerlo jamás. Debido a la herida que deja el pecado en nuestra inteligencia, nos cuesta reconocer la verdad, se nos meten razones que distorsionan la realidad. Pues aunque nos cueste reconocerlo, las cosas que suceden en esta tierra tienen la importancia que tienen según el punto de vista de Dios. Lo más importante para el hombre es estar en comunión con Dios; para eso nos ha creado a cada uno a su imagen y semejanza. Y la realidad es que el alma en estado de pecado mortal está separada de esta comunión de Vida con Dios, está muerta a la vida de la gracia.

En este mundo no debemos dividir a las personas en buenas y malas, porque no hay personas absolutamente buenas ni personas absolutamente malas, ni podemos juzgar los corazones. Indudablemente Dios sí conoce perfectamente lo que sucede en el interior de cada uno, y cada cuál *sabe* en su conciencia si actúa según el querer de Dios o no. (En la eternidad, cuando se haya separado la cizaña del trigo, entonces sí habrá una separación total).

Al pecar uno se puede engañar imaginando que *no pasa nada*, que todo sigue igual. Pero no es así, porque nuestra actuación libre tiene una dimensión moral, es decir, una relación para con Dios: puede estar conforme con los designios de Dios (los Mandamientos) o no estarlo.

Porque las cosas son como son desde el punto de vista de Dios, no como nos gustaría a nosotros que fueran. Con cierta frecuencia se oye decir: *a mí me parece, según mi opinión,...*; cuando lo que debe importar es estar en la verdad. Y Dios dice la verdad. Dios no opina, Jesucristo no daba opiniones; cuando hablaba exponía la verdad, lo que nos viene bien a las personas. Y la verdad fundamental del comportamiento humano es que debemos hacer el bien y evitar el mal. El bien y el mal tal como lo ve Dios.

Por eso, quien está en la verdad tiene seguridad; quien trata de cumplir la voluntad de Dios manifestada en las enseñanzas de la Iglesia, puede tener la seguridad de que va por el buen camino, aunque el sentimiento le sugiera falsamente que no es así. Y al contrario, puede ser que quien peca se engañe y no haga caso de lo que la conciencia recta le sugiere, pero no por no tener sentimiento de culpabilidad quiere decir que *no ha pasado nada*.

Con el pecado sí que ha pasado algo: el hombre se degrada y la prueba del daño que se causa es el sufrimiento humano.

32. El pecado nos hace daño

Cuando Dios creó a nuestros primeros padres, Adán y Eva, todo en ellos estaba ordenado, y ellos lo estaban respecto de Dios. Con el desorden introducido por el pecado, entró el sufrimiento y la muerte. «Cuando examina su corazón, el hombre comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su Creador. Lo que nos dice la experiencia coincide con la Revelación divina» (*Gaudium et spes*, 13).

No es sólo una enseñanza revelada por Dios, sino un hecho comprobado en la historia de la humanidad y en la historia personal: *el que peca se daña a sí mismo* (Sir 19,4), y *quien peca se hace esclavo del pecado* (Jn 8,34).

«Acto de la persona, el pecado tiene sus primeras y más importantes consecuencias en el pecador mismo: es decir, en su relación con Dios, que es el fundamento mismo de la vida humana; le daña en su espíritu, debilitando su voluntad y nublando su inteligencia» (*Reconciliatio et paenitentia*, 16).

El pecado *corrompe*, y no sólo en el ámbito sobrenatural, el de la gracia, sino también en el puramente humano, si se puede hablar así, pues el hombre se *estropea*, queda inclinado hacia el mal, *se hace* malo, aunque nunca del todo, como imaginó Lutero.

Además el pecado hace daño a los demás, corrompe la relación con los demás, incluso con quien más ama. Los dolores que afligen al mundo, desde todos los puntos de vista – individual, familiar, social, internacional– tienen su causa en los pecados de las personas. Si fuéramos *buenos*, no habría tantos males en el mundo.

Y conviene no perder de vista un aspecto del mal que uno se causa a sí mismo al estar en situación de pecado mortal, como explicaba Santa Teresa: «ninguna cosa aprovecha, y de aquí viene que todas las buenas obras que hiciere estando así en pecado mortal son de ningún fruto para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de El, no puede ser agradable a sus ojos» (*Moradas primeras*, 2). La santa de Ávila recuerda la doctrina cristiana sobre la necesidad de realizar las buenas obras –por ejemplo el sufrir– en caridad, en gracia de Dios, pues si no valen para la vida eterna.

Por eso dice la santa: «Oí una vez a un hombre espiritual que no se espantaba de cosas que hiciese uno que está en pecado mortal, sino de lo que no hacía. Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal, que no hay cosas mientras vivimos que merezca este nombre de mal, sino ésta, pues acarrea males eternos para sin fin» (*Moradas primeras*, 2).

33. Jesús cargado con los pecados

Dicen que Jesús cayó por segunda vez camino del Calvario. No era en ese momento el cansancio, no era el dolor. Era el peso de los pecados de la humanidad entera que había hecho suyos. Él no había cometido pecado alguno, pero «a quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios con Él» (2 Cor 5,21). Se ha hecho semejante a nosotros en todo menos en el pecado. El mal moral es lo único que Dios aborrece, y, porque ama a los hombres, no lo quiere para ellos.

En aquella situación, Jesús valoraba el pecado como lo que realmente es: un rechazo del amor de Dios. Y en aquel momento era como si se hubieran juntado todos los pecados de

toda la historia hasta ese momento y los que se cometerían desde ahí hasta el final de mundo, y esa consideración le aplastara, como le había sucedido en Getsemaní.

Cada Semana Santa, recordando que Cristo padeció por nuestros pecados, los tambores recuerdan con su golpe sonoro y profundo que los hombres han de golpearse el pecho, hacer un acto de contrición, y repetir: por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

34. Despertar la contrición

Se podrían poner muchos casos de quienes, precisamente por sentirse enfermos en su cuerpo, han reconocido que estaban enfermos en su alma. El megáfono de Dios que es el sufrimiento no sólo ha hecho que descubrieran la trascendencia de su vida y su relación con Dios, sino que les ha hecho recuperar la conciencia de ser pecadores. Cosa importante, pues la pérdida del sentido del pecado es un mal que, al insensibilizar el alma, el hombre se destruye. En el siglo XX se ha llegado por esa razón a la destrucción del hombre por el hombre como no había sucedido nunca antes.

En el Antiguo Testamento hay una enseñanza continua, y es que, cuando el pueblo de Israel se olvidaba de su Dios y Protector, le acaecían todo tipo de males: surgían las divisiones internas, eran derrotados por sus enemigos o eran deportados como esclavos a un país lejano. Ante su lamentable estado recapacitaban y pedían perdón; Dios, entonces, les volvía a ayudar.

El pueblo de Israel, movido por sus príncipes, no quiso reconocer al Mesías que Dios les envió; Lo mataron injustamente, pues no podían soportar la presencia de quien les decía la verdad. Se apartaron de los designios salvadores de Dios y la consecuencia, profetizada por Jesús, fue la destrucción de Jerusalén y del Templo, y una serie de calamidades y muertes atroces (Flavio Josefo habla de cientos de miles de muertos, muchos de ellos crucificados fuera de la ciudad).

La enfermedad puede ser una ocasión en la que nos demos cuenta de que también podemos estar enfermos en el alma; que sea esta situación precisamente lo que nos descubra algo que la vida sin problemas nos escondía: tener conciencia de que somos pecadores.

El Santo Padre ha dejado escrito que «Este es otro de los puntos que el pensamiento pos-iluminista rechaza absolutamente. No acepta la realidad del pecado y, en particular, no acepta el pecado original (...). El Papa que intenta convencer al mundo del pecado humano, se convierte, por culpa de esa mentalidad, en una *persona desagradable*. Objeciones de este tipo chocan contra lo que San Juan expresa con las palabras de Cristo, que anunciaba la venida del Espíritu Santo, el cual *convencerá al mundo del pecado* (Jn 16,8). ¿Qué otra cosa puede hacer la Iglesia? Pero convencer del pecado no equivale a condenar. *El Hijo del hombre no ha venido al mundo para condenarlo, sino para salvarlo*. Convencer del pecado quiere decir crear las condiciones para la salvación. La primera condición de la salvación es el conocimiento de la propia pecaminosidad, también de la hereditaria; luego la confesión ante Dios, que no espera más que recibir esta confesión para salvar al hombre» (*Cruzando el umbral de la esperanza*).

Si deseamos que no haya sufrimiento en el mundo hemos de querer quitar la causa. Jesús venció al Maligno y quitó el pecado del mundo con su entrega en la Cruz, pero no quitó

los males que son su consecuencia. Eso nos toca hacerlo a los hombres. En primer lugar erradicando el pecado y después quitando sus efectos. Depende de nosotros mismos, de la humanidad solidariamente, el que no haya dolor entre los hombres.

35. Sentir «el peso» de los pecados

Desde un punto de vista psicológico, todos tenemos comprobado que, en ocasiones, hemos hecho sufrir a otros. Quizá sin pretenderlo, pero el resultado ha sido ése. También nos damos cuenta que al actuar no lo hemos hecho bien, y que nos hemos causado daño a nosotros mismos, y que el modo de remediar ese dolor interior es rectificando nuestras equivocaciones.

Desde el punto de vista moral, ese pesar por el mal que se ha hecho se llama remordimiento, y que si queremos arrancar de raíz ese sufrimiento no hay otro remedio que reconocerlo, reconocer que hemos *pecado* y nos pese como verdadera enfermedad que es.

Como la fiebre es consecuencia de una disfunción en el organismo, de modo semejante el dolor en el corazón es una consecuencia del pecado. El remordimiento en la conciencia es manifestación de que algo no va bien dentro de nosotros mismos, de que hay un mal que es preciso aclarar y curar. El sentimiento de culpabilidad no es algo que convenga quitarse imaginando que *no ha pasado nada*, o de que es cuestión de que el tiempo borre ese sentimiento como el viento disipa las nubes, o de endurecer la conciencia acostumbándose a realizar ese tipo de acciones.

Conviene ir a la raíz de las cosas que nos suceden, preguntarnos el porqué. A veces no basta con poner una venda sobre una herida que requeriría una intervención quirúrgica, ni tomarse un calmante cuando se ha salido un hueso de su sitio. Se puede quizá lograr que no duela momentáneamente, pero si no se arregla la causa, el organismo se irá deteriorando hasta que se entre en crisis y haya que ir al Hospital por Urgencias.

El remordimiento, ese dolor interior porque se sabe que algo no va bien, tiene que ver en última instancia con el sentido de justicia que todos llevamos dentro: lo que está mal hecho debe ser rehecho, la injusticia debe ser reparada. Y todas las acciones humanas tienen una dimensión moral, una relación con la justicia, con el único que es Justo. Todos sabemos cuando actuamos que Alguien nos ve, Alguien que sabe lo que hacemos y por qué lo hacemos. Por eso la persona que actúa rectamente y es calumniada o condenada injustamente, sabe en lo recóndito de su conciencia que no está sola. Aunque no sepa expresarlo, se siente segura porque sabe que Alguien, que es Justo, le hará justicia.

Hay que llegar hasta el fondo de nuestro propio corazón y ser sinceros, para no tratar de justificar los errores y verlos como son, y desde ahí pedir perdón a Dios (y, si fuera el caso, pedir perdón a quien hemos ofendido). No hay otro camino. La Biblia es un conjunto de libros que, además de comunicar verdades sobrenaturales, explican qué es el hombre con un conocimiento verdadero y profundo. En ella se recogen unas palabras que han sido repetidas después por muchas personas:

Desde lo hondo a ti grito, Señor;

Señor, escucha mi voz;

estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica.

*Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto. (Sal 130, 1-4).*

Quienes reconocemos la revelación divina sabemos que *el Señor dice: Tengo designios de paz y no de aflicción, me invocaréis y yo os escucharé* (Je 29,11). Dios no quiere que tengamos continuamente sentimientos de culpabilidad, pero es necesario reconocer el mal que se ha hecho, que *pese* en el corazón y pedir perdón. ¡Qué importante es reconocer nuestras enfermedades –los pecados personales– y acudir al médico que nos puede curar, el sacerdote de Jesucristo! Entonces, Cristo nos libera de la culpa y del peso que aplasta nuestra conciencia, y se siente esa alegría interior que experimentaba el salmista:

*Dichoso el que está absuelto de su culpa,
a quien le han sepultado su pecado;
dichoso el hombre a quien el Señor
no le apunta el delito (...)
Había pecado, lo reconocí,
no te encubrí mi delito;
propuse: “Confesaré al Señor mi culpa”,
y tú perdonaste mi culpa y mi pecado (...)
Tú eres mi refugio, me libras del peligro,
me rodeas de cantos de liberación. (Sal 32,1-7)*

Llegamos aquí al misterio del corazón humano, a lo que cada uno decide en el fondo de su corazón, ¡Y tantas veces a la causa de la felicidad o de la amargura! Dios desea que los hombres sean felices y por eso les señala unos criterios de felicidad.

«La conciencia es la medida del hombre. Ella da testimonio de su grandeza, de su profundidad. Para que esta profundidad se abra, para que el hombre no se deje quitar tal grandeza, Dios habla con la palabra de la Cruz. *Verbum crucis*: ésta es la palabra última definitiva. Dios ha querido emplear y emplea siempre en las relaciones con el hombre esta palabra que toca la conciencia, que tiene capacidad de rasgar los corazones.

El hombre contemporáneo experimenta la amenaza de una impasibilidad espiritual y hasta de la muerte de la conciencia; y esta muerte es algo más profundo que el pecado: es la eliminación del sentido del pecado. Concurren hoy muchos factores para matar la conciencia en los hombres de nuestro tiempo. Y esto corresponde a la realidad que Cristo ha llamado “pecado contra el Espíritu Santo”. Este pecado comienza cuando al hombre no le dice ya nada la Palabra de la Cruz como el grito último del amor, que tiene el poder de rasgar los corazones» (Juan Pablo II, 1-IV-1979).

Dios habla a los hombres de muchas maneras, pero también con la voz del sufrimiento para que reaccionen ante el mal. Es verdad que uno se puede equivocar y pecar, pero debe reconocerlo y arrepentirse. Dios siempre está dispuesto a perdonar en esta vida, para que el hombre sea feliz. Sin embargo, el que decide es el hombre, porque así ha sido establecido: *Dios hizo al hombre y le dejó en manos de su albedrío. Si tú quieres puedes guardar sus mandamientos, y es de sabios hacer su voluntad. Ante ti puso el fuego y el agua; a lo que tú*

quieras tenderás la mano. Ante el hombre están la vida y la muerte; lo que cada uno quiere le será dado (Sir 15, 14-18).

Quizá debamos preguntarnos con sinceridad si no es verdad que sufrimos o hacemos sufrir, tal vez, porque no estamos dispuestos a rectificar el mal que hemos hecho.

VIII. SOLIDARIDAD

Esperé que alguno se condoliese de mí, mas nadie lo hizo; quién me consolase, y no lo encontré (Salmo 69)

36. Tener corazón

No siempre es fácil comprender a quien sufre, ponernos en su situación. A veces uno no se da cuenta de ello hasta que experimenta en sí mismo el dolor. El sufrimiento propio puede hacernos un gran bien al ablandarnos el corazón para no tenerlo endurecido ante el sufrimiento ajeno. Y puede ser un gran bien nuestro sufrimiento para otros porque les puede llevar a ser misericordiosos.

La misericordia es cierta compasión por la indigencia ajena que nos impulsa a socorrer en la medida en que podamos. «¿Por qué padecemos con quien sufre? La respuesta es clara a todas luces: en primer lugar –aunque parezca egoísta hay que reconocerlo– porque no queremos padecer una desgracia como la ajena. Sin embargo, y por encima de ese impulso, nos sentimos inclinados a la compasión porque los males que afectan a las personas que amamos son considerados en cierto sentido como propios y quisiéramos evitar esas dificultades a los demás» (C. O’Shea, en *Las Bienaventuranzas hoy*).

La misericordia no consiste sólo en un sentimiento humanitario, no se queda en la escueta pena ante las miserias físicas o morales del prójimo, sino que lleva a intentar hacer lo que esté en nuestra mano por evitarlas o aliviarlas.

A primera vista puede parecer a quien sufre que él está causando un mal a los demás, porque les da trabajo, porque piense que es un estorbo o que si estuviera sano podría ayudar mejor. Y no es así. La enfermedad puede remover positivamente los corazones y despertar en los demás grandes valores. Dios quiere que por el sufrimiento y en torno al sufrimiento crezca el amor, la solidaridad de amor.

¡Los enfermos no son un estorbo! Son un tesoro con el que cuenta Dios para mejorar la humanidad.

37. Jesús se compadece y llora

En el camino del Calvario, Jesús se encontró con unas mujeres de Jerusalén que lloraban y se condolían de Él. No podían hacer nada, pero ahí estaban manifestando su solidaridad. (Llama la atención que Jesús no recibió en la Pasión mal de ninguna mujer).

Jesús las miró. Y volvió a sufrir: por ellas, por sus hijos, por sus parientes porque casi todos iban a sufrir y morir cruelmente a manos de los romanos.

Ellas se solidarizaban con Jesús, y Jesús con ellas.

Días antes, al acercarse a la ciudad y verla desde fuera, lloró por Jerusalén porque sabía lo que iba a suceder: *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados!... He aquí que vuestra casa va a quedar desierta* (Mt 23,37-38).

Jesús derramó lágrimas porque la ciudad sería destruida, incluso su Templo, aquel templo que mandó Dios edificar y era el orgullo de Israel; lloró también porque las gentes estaban como ovejas sin pastor, engañados por los doctores de la Ley y los príncipes de los sacerdotes, y no reconocían el día del Señor, y a quien Yavé había enviado para dirigirlos, el Mesías prometido. Jesús lloraba porque amaba profundamente a su pueblo y sabía lo que le esperaba: la destrucción y la muerte.

Los evangelios cuentan otros momentos en los que Jesús lloró o se compadeció del sufrimiento humano: el hambre, la enfermedad o la muerte. No fue insensible al dolor humano. Su amor por los hombres es muy distinto del que preconizan pensadores y filósofos. La suya no es solo pura doctrina, sino una vida; más aún, un sufrir y morir con los hombres. Jesús no se contentaba con observar la miseria humana y el dolor y, después de examinarlos, buscar los remedios para aliviarlos, sino que Él mismo se puso en contacto con dicha miseria y dolor.

Llamó «hermanos» a los hombres, y quiso ser pobre con los pobres, despreciado con los despreciados, crucificado con los que sufren. Unió tan íntima y personalmente su vida con la de ellos que llegó a considerar como hecho a sí mismo todo lo que se haga al menor de sus hermanos (Mt 25,40). Quiso conocer y padecer todas las miserias del hombre porque sólo Él es capaz de sobrellevarlas. He aquí la raíz más honda de la acción redentora de Cristo: es su amor lo que le lleva a solidarizarse de tal modo con cada hombre, que le obliga a tomar su sufrimiento y, haciéndolo propio, sobrellevarlo hasta el martirio sangriento de la muerte.

Esto no hemos de olvidarlo nunca. Dios no se ha olvidado de los hombres que sufren. De alguna manera, también hoy, Cristo llora ante la viuda que ha perdido a su hijo, ante la muerte del amigo, o ante la destrucción de una ciudad. Jesús sigue amando a sus hermanos y se compadece con los que padecen.

38. Solidaridad entre los que sufren

«Los hombres que sufren se hacen semejantes entre sí a través de la analogía de la situación, de la prueba del destino o mediante la necesidad de comprensión y atenciones; quizá sobre todo mediante la persistente pregunta acerca del sentido de tal situación. Por ello, aunque el mundo del sufrimiento exista en la dispersión, al mismo tiempo contiene en sí un singular desafío a la comunión y la solidaridad» (*Salvifici doloris*).

Y el papa Juan Pablo II, dirigiéndose a leprosos de Brasil, nos ha dejado a todos unas palabras que infunden esperanza: «Ninguna vida humana es una vida aislada; está entrelazada con las demás vidas. Ninguna persona es un verso suelto. Formamos parte del mismo poema divino, que Dios escribe con la colaboración de nuestra libertad. Todas las situaciones por las que atraviesa nuestra vida nos traen un mensaje divino, nos piden una respuesta de amor y de entrega a los demás» (17-X-1991).

Esa misteriosa y profunda solidaridad que existe entre quienes sufren pone a cada uno de ellos en relación estrecha con el gran doliente, el Siervo de Yahvé, Jesús en la Pasión. No estamos solos en nuestro sufrimiento. Jesucristo –que está ahora vivo– nos comprende. No sólo porque vio con sus ojos el mundo del sufrimiento, sino porque lo experimentó en su propia carne. Jesús tocó las raíces y los nervios doloridos del sufrimiento. Por eso puede comprender perfectamente a cada uno en su dolor.

A la vez, quien sufre –el marginado, el abandonado, el que padece la enfermedad física, la injusticia, etc.– está en condiciones de entender a Cristo, de padecer con Él, de apreciar algo más cuánto sufrió y por qué quiso sufrir. Puede conducirle a que le duela lo que le dolía a Cristo, es decir el pecado, el rechazo del amor de Dios y a entender por qué a Dios le duele la marginación, la injusticia y la corrupción del hombre, tanto en su interior y como en la sociedad.

El cristiano que se compadece del maltratado no debe sentirlo solamente porque le dé pena o porque sea una injusticia, sino también porque es un pecado, que perjudica al hombre al alejarle de Dios.

39. Puedo ayudar con mi dolor

Quien sufre tiene en sus manos un arma colosal para ayudar a vencer el mal con el bien. Cristo salvó al mundo del poder del Maligno a través de su obediencia y su amor, manifestados en su Pasión y su Muerte. El sufrimiento encierra un valor salvador.

Cristo entregó su vida por la salvación de los hombres; pero esta tarea, de algún modo, no ha terminado. «En cierto sentido ha abierto el propio sufrimiento redentor a todo sufrimiento del hombre. En cuanto el hombre se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo –en cualquier lugar del mundo y en cualquier tiempo de la historia–, a su manera completa aquel sufrimiento, mediante el cual Cristo ha obrado la redención del mundo, según aquellas palabras de san Pablo: *Ahora me alegro en mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia* (1 Cor 6,15).

¿Esto quiere decir que la redención realizada por Cristo no es completa? No. Esto significa únicamente que la redención obrada en virtud del amor satisfactorio, permanece constantemente abierta a todo amor que se expresa en el sufrimiento humano (...). Cada sufrimiento humano, en virtud de la unión en el amor con Cristo, completa el sufrimiento de Cristo. Lo completa como la Iglesia completa la obra redentora de Cristo» (*Salvifici doloris*).

El sufrimiento humano, llevado como Dios espera, tiene un sentido trascendente, salvador; contiene un valor incalculable para nosotros y para los demás. La pregunta ya no es sólo *por qué sufrir* sino *por quién sufrir*, ya que nuestro sufrimiento puede servir de ayuda a personas concretas.

40. Por quién sufrir

Si es verdad que existe esa misteriosa solidaridad entre los hombres en cuanto al bien y en cuanto al mal que hacen, es claro que el sufrimiento de unos puede servir de ayuda a otros. Por ello será bueno ofrecerlo, aplicarlo por alguien.

La Virgen dijo a los pastorcillos en Fátima en 1917:

– ¿Queréis ofrecer a Dios sacrificios y aceptar todos los sufrimientos que Él os envíe en reparación de los tan numerosos pecados que ofenden a su Divina Majestad? ¿Queréis sufrir para obtener la conversión de los pecadores, para reparar las blasfemias, así como todas las ofensas hechas al Corazón Inmaculado de María?

Los niños respondieron afirmativamente. A partir de ese momento se impusieron muchos sacrificios.: ayunos, mortificación en la bebida, la cuerda que llevaban atada al cuerpo por debajo de la ropa, a modo de cilicio, día y noche (hasta que la Virgen les indicó que no lo hicieran más que de día), etc.

En la cuarta aparición, la Virgen les habló de que muchos van al infierno porque no hay nadie que se sacrifique por ellos.

Siempre hay por quién sufrir, a quien amar. Siempre tendremos motivos para ofrecer nuestro sufrimiento: la Iglesia, las vocaciones, reparar los pecados, las personas que amamos.

IX. CUANDO NO SE PUEDE MAS

Sálvame, Dios, porque las aguas me llegan hasta el alma. Estoy hundido en el profundo barro, y no puedo hacer pie; me sumerjo en aguas profundas, y me arrastra la corriente. Estoy cansado de clamar, se abrasa mi garganta y desfallecen mis ojos en espera de mi Dios (Salmo 69)

41. Todo tiene un límite

El Cardenal Mindszenty, Primado de Hungría, es un testimonio dramático de la historia de Europa en el siglo XX. Apresado por los alemanes, volvió a ser detenido y procesado por los comunistas desde 1949 a 1956. Durante el largo proceso, los comunistas intentaron arrancarle una confesión de culpabilidad, a la vez que difundían calumnias de que había atentado contra la seguridad del Estado. Refugiado en la embajada norteamericana hasta 1971, murió en Viena en 1975. En sus Memorias relata, sin resentimiento, los sucesos que padeció.

«Mientras yo respondía al interrogatorio, se iba redactando un documento. Pero el acta no contenía en realidad lo que yo había dicho. Por ello me negué a firmarla. Decsi dio su opinión al respecto:

– Tenga usted en cuenta que nuestros recursos son suficientes para que los acusados reconozcan su culpa en la forma que deseamos.

El comandante me devolvió a la celda... Él entró en ella. Sacó una porra de goma, me arrojó al suelo y comenzó a pegarme, primero en la planta de los pies y luego en todo el cuerpo. En el pasillo y en la estancia inmediata, unas risotadas acompañaban los golpes... El comandante jadeaba, pero no cesaba en sus golpes. Por mi parte, apretaba los dientes, pero

sin conseguir permanecer enteramente mudo. Comencé a soltar gemidos de dolor. Luego perdí el conocimiento y sólo lo recobré cuando me rociaron con agua. Me resultaba imposible decir cuánto duró aquella tortura.

Pensé en la odiosa suerte de las innumerables muchachas, religiosas y madres que habían sido violentadas. También para ellas todo un mundo se habría derrumbado en su interior.

Me vistieron y me llevaron de nuevo a la sala de interrogatorios. De nuevo solicitaron mi firma. Otra vez me negué a ello. Me golpearon de nuevo...

La dosificación de los medios entorpecedores de mi conciencia (drogas) y de las torturas físicas y psíquicas tenían que ir al unísono, de tal manera que en el momento del proceso apareciera ante el público asistente un autómatas por entero sometido a sus deseos...

Tras marcharse los tres médicos, me tendí en el diván, pero no me fue posible conciliar el sueño. Otra vez sonaban ruidos diversos a mi alrededor. A pesar de todo, cerré los ojos y cuando comenzaba a trasponerme, apareció el comandante para despertarme. No dejar dormir es también una forma de tortura, un elemento de aquellas diabólicas maquinaciones tendentes a quebrantar la voluntad del acusado. Los guardianes tenían severas órdenes de no dejarme descansar ni dormir...

Los salmos que durante tantos años había rezado en el breviario acudieron a mis labios: *Se alegran de mi desventura, se agrupan para golpearme. Me insultan y vilipendian, entre chirridos de dientes* (Sal 35,16). *Me has llevado a lo hondo de la gruta, en la oscuridad, en las profundidades. Sobre mí pesa el ensañamiento. Mantienes lejos de mí tu alegría. Estoy apresado y no puedo salir* (Sal 88, 7-8)» (*Memorias*).

La confianza en Dios era lo que mantenía el norte en su cabeza. Pero, según él cuenta, había momentos en los que ya no podía más. Porque hay un momento en el que se está al borde de las fuerzas físicas o de la locura.

Es verdad que el temple de las personas se conoce en el momento de la prueba. Pero hay momentos en los que el dolor es tan intenso que llega a hacerse insoportable, como si se estuviera metido en el centro de un espejo cóncavo donde se concentran los rayos del sol, soportando una temperatura elevadísima. ¿Qué hacer entonces? ¿Abandonar? No.

42. No abandones

En la Biblia hay todo un libro dedicado al tema del sufrimiento: el Libro de Job. En él se nos dice que *la vida del hombre sobre la tierra es lucha* (Job 7,1).

Job era un hombre bueno y fue probado con el mal físico y el dolor moral: lleno de llagas en su cuerpo, perdió a sus hijos y todos sus bienes, y hasta su mujer le decía que renegara de Dios porque le había abandonado. Job sentía un dolor interior, como si el Dios en el que había confiado hubiera desaparecido del horizonte. Pero ni en su extrema necesidad Job desespera, y clama: *Yo sé que mi Redentor vive, y al fin... yo veré a Dios* (Job 19, 25-26).

Camino del Calvario, Jesús llegó a la extenuación, al desfallecimiento físico, plasmado en la tercera caída del Via Crucis. Llegó un momento en el que no podía más, y quizá

tuvieron que llevarlo hasta la cima del monte para crucificarle. Jesús quería llegar allí, pero no podía.

También Él sabía que su Padre celestial le veía. Sabía que, detrás de todo aquel mar de sufrimientos, había un designio salvador, de Vida. Para eso estaba Él en el mundo. *El cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberlo?* (Jn 18,11). «Esta respuesta muestra cuán profundamente Cristo estaba convencido de lo que había expresado en la conversación con Nicodemo: *Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna* (Jn 3,16). Cristo se encamina hacia su propio sufrimiento, consciente de su fuerza salvífica; va obediente hacia el Padre, pero ante todo está unido al Padre en el amor con el cual El ha amado al mundo y al hombre en el mundo. Por esto san Pablo escribirá de Cristo: *Me amó y se entregó por mí* (Gal 2,20)» (*Salvifici doloris*).

Se puede encontrar una estrecha relación entre estas palabras de san Pablo y las de Job: Yo sé que Cristo vive, y que vive en el hombre que sufre. Quien sufre ahora debe saber que, si sufre con Cristo, su sufrimiento tiene un valor que trasciende el tiempo, tiene un valor salvífico. Yo sé que, en mi sufrimiento, mi Redentor vive.

No, no hay que abandonar, pues, como dice santa Teresa, «a los que Su Majestad ama, llévalos como a su Hijo» (*Epistolario*, 235).

43. Abandonarse en Dios

Cuando parece que ya no se puede más, no hemos de abandonar, sino abandonarnos en las manos de Dios. Este abandono sereno en sus manos es todo lo contrario al grito histérico lanzado a no se sabe quién. Ese desahogo no ayuda, sino que dificulta ver las cosas con serenidad e impide poder recibir la ayuda de los demás. «Los momentos en los que el alma no encierra más que un puro grito de auxilio deben ser precisamente aquellos en los que Dios no la puede socorrer. Igual que un hombre a punto de ahogarse al que nadie puede ayudar porque se aferra a quien lo intenta y le aprieta sin dejarle respiro. Es muy probable que nuestros gritos reiterados ensordezcan la voz que esperábamos oír» (C.S. Lewis, *Una pena en observación*).

La Madre Teresa de Calcuta, gran conocedora del dolor humano, aconsejaba: «¿De qué sirve quejarse? Si uno acepta el sufrimiento y lo ofrece a Dios, eso le proporcionará alegría. El sufrimiento es un gran regalo del Señor; los que lo aceptan voluntariamente, los que aman profundamente, los que se ofrecen a sí mismos conocen su valor» (E. le Joly, *Lo hacemos por Jesús*).

Esa es la disposición de fondo que se ha de conseguir. No es fácil, ciertamente, pero hay que intentarlo. Y el camino es tener la actitud de abandono. «Existe un secreto que puede transformar profundamente la actitud de quien sufre en el cuerpo: el abandono confiado en Dios. No es éste una especie de refugio fácil, confortante y, en definitiva, alienante. Nos es verdaderamente necesaria una gracia especial para ser capaces de tal abandono en Dios. Pero el Señor está allí, pronto para concederla, de manera que el sufrimiento se haga garantía de recompensa eterna, y también desde ahora, motivo de reflexión y de ejemplo para los que nos observan de cerca» (Juan Pablo II, 19-III-1986).

44. Oración en la prueba

Quizá lo único que podamos –que debamos– hacer en esos momentos es dirigirnos a Dios: «Señor, Dios mío: en tus manos abandono lo pasado y lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno». «Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amén. Amén» (San Josemaría, *Camino*, 691).

*A ti, Señor, levanto mi alma;
oh Dios mío, en ti confío, ¡no sea yo confundido!
¡que no triunfen sobre mí mis enemigos!
No se diga que ha sido confundido el que espera en ti (...)
Alivia los ahogos de mi corazón,
sácame de mis necesidades.
Ve mi humildad y mi esfuerzo,
y quita todos mis pecados.
Mira cuántos son mis enemigos,
cuán violento el odio que me tienen.
Guarda mi alma y líbrame,
no quede yo confundido,
porque he esperado en ti» (Sal 25,1-4; 17-20).
Dios responde al que clama hacia Él:
«Pues él se abraza a mí, yo he de librarle;
le exaltaré, pues conoce mi nombre.
Me llamará y le responderé;
estaré a su lado en la desgracia,
lo libraré y lo glorificaré.
Le daré hartura de largos días,
y haré que vea mi salvación» (Sal 91,14-16)*

45. Después de la lluvia

Dice el refrán popular que *después de la lluvia, llega el buen tiempo*. Puede ser que en la prueba se pierda la vida; es algo que puede suceder. Y si no es ahora, sucederá después. Pero también es verdad que las pruebas no duran siempre y después vuelve la bonanza.

Job padeció durante un tiempo y después Dios le bendijo con muchos años y multiplicó su descendencia y su hacienda. Como dice santa Teresa, *la paciencia todo lo alcanza*. El Santo Job es una muestra del fruto de la paciencia.

No debemos desesperar aunque en un momento dado estemos dentro de densos nubarrones y nos sea imposible ver la luz. Conviene saber que, por encima de las nubes, siempre brilla el sol. Lo que importa es seguir adelante, con esperanza; luchar y luchar. Muchas veces y en muchos ámbitos, el premio no se consigue sino después de muchas pruebas.

«Deje que le cuente la historia de una vida real, de un hombre que:

- Fracaso en los negocios a los 31 años.
- Fue derrotado a los 32 como candidato para unas legislativas.
- Sobrellevó la muerte de su amada a los 35.
- Sufrió un colapso nervioso a los 36 años.
- Perdió en unas elecciones a los 38. No consiguió ser congresista a los 43.
- No consiguió ser elegido congresista a los 46.
- No consiguió ser elegido congresista a los 48.
- No consiguió ser elegido senador a los 55.
- A los 56 fracasó en el intento de ser vicepresidente.
- De nuevo fue derrotado y no salió senador a los 58.
- Fue elegido presidente de los Estados Unidos a los 60.

Ese hombre era Abraham Lincoln. ¿Habría llegado a ser presidente si hubiese considerado como fracasos sus derrotas electorales?» (A. Robbins, *Poder sin límites*).

No es verdad que en el sufrimiento todo sea negativo, pues el sufrimiento humano es siempre algo relativo. Además sabemos que detrás de él hay muchos bienes y que el triunfo del dolor es una victoria efímera, pues en quien lo ha sabido llevar, el dolor cederá su puesto al gozo eterno.

X. DEJAR HASTA LA ROPA

Maltratado, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores (Isaías 53)

46. La humillación del prisionero

El sufrimiento en todas sus facetas muestra la fragilidad de nuestra vida, nos recuerda algo que ya sabemos o intuimos: que algún día dejaremos definitivamente todo lo que poseemos en la tierra.

Es como una llamada a ir desprendiéndonos de las ilusiones humanas, de las cosas materiales y de lo que más cuesta desprenderse que es nuestro punto de vista, nuestro criterio. Las circunstancias externas obligan a veces a no tener más remedio que desprendernos de esos dos grandes ámbitos que son las cosas «nuestras» y la independencia para organizar «nuestra» vida.

Esto se muestra patente en los prisioneros de guerra. Lo primero que se hace con ellos es dejarles desnudos, porque en esa situación no son nadie. Ni su posición social anterior, ni sus posesiones, ni sus aficiones, ni sus estudios, ni sus opiniones cuentan. No tienen nada en que asegurarse y deben hacer lo que otro les dice. Se es un número de una lista, poco más. Después, cuando se ha asumido su condición de anonadamiento, se le dan unas ropas iguales a las de los demás prisioneros.

Más que la vergüenza de aparecer desnudo, más que el dolor de haber perdido todo lo que se poseía –hasta la ropa–, duele haber perdido la intimidad, aquello que todos necesitamos para ocultar y poseer la riqueza de nuestra personalidad. Es dura esta sensación de estar inerme. Y esa sensación la tienen quienes sufren la injusticia en todas sus facetas.

47. Mansedumbre

La mansedumbre es la virtud que nos proporciona un ánimo sereno ante aquello que nos pone a prueba. Ante la injusticia, ante la violencia, ante el mal puede surgir en el corazón humano una reacción de ira, de violencia. O puede surgir una reacción de mansedumbre, de aguante y espera para aclarar y arreglar las cosas con justicia y sin ira.

En este sentido el sufrimiento puede tener un efecto medicinal porque humilla el orgullo, la propia voluntad, y hace al hombre comprensivo, justo, ecuánime, objetivo, capaz de responder con mansedumbre.

En su Pasión Jesús sufrió injustamente bofetadas, desprecios, torturas corporales y morales, incluso le despojaron de sus vestidos delante de la multitud que le estaba mirando. ¿Por qué no respondió de malas maneras? Porque en su interior tenía unos criterios distintos y muy superiores a los criterios humanos.

Para tener algún punto de referencia, aunque sea muy lejano, de los sentimientos de Cristo en la Pasión y la Cruz, se podría pensar en el sacerdote más piadoso que, con el mayor recogimiento e intensidad, estuviera celebrando la única Misa de su vida. No olvidemos que para Cristo, su Pasión y Muerte era «la hora» tan esperada, la hora del supremo amor al Padre y el momento de darnos la vida a los hombres: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia* (Jn 10,10).

Jesús podía no haber ido a Jerusalén aquella Pascua, podía no haber ido al huerto de los Olivos, podía haber alejado el peligro enviando legiones de ángeles en su defensa, podía haber insistido a Pilato en que escuchara detenidamente el sueño de su mujer,... Parece increíble que Aquel que había hecho callar al trueno y calmado la tempestad con una sola palabra suya, que había resucitado muertos, curado enfermos y cambiado el agua en vino, ahora dejara hacer, no opusiera resistencia ante los agresores o los acontecimientos adversos. Verdaderamente Jesús se comportó como un manso cordero que no se queja ante quien le trasquila, o que no se revuelve al llevarle al matadero porque trascendía los sucesos que se desarrollaban ese día.

Los pensamientos y los sentimientos de Jesucristo, Sumo y Eterno sacerdote, trascendían aquel espacio y aquel tiempo, como lo trasciende cualquier Misa celebrada después por un sacerdote. En el Calvario estaban presentes Dios Padre, millones y millones de ángeles y los hombres y mujeres de toda la historia, y se estaba realizando la Redención de la humanidad; Cristo estaba venciendo al diablo con la obediencia y el Amor.

Durante el juicio había respondido a quienes debía responder, pero no estaba herido interiormente ante la injusticia. Contrariamente a lo que han afirmado algunos, Jesús no sufrió entonces ninguna prueba o tentación, ni en su interior había resignación ante los malos tratos que ya no podía evitar, ni mucho menos resignación ante el plan divino que tenía que obedecer. Jesús conocía de antemano el sufrimiento que iba a padecer y lo había aceptado

amorosamente. En toda su Pasión dialogaba con su Padre celestial –como siempre había hecho–, y al final murió rezando por sus crucificadores, ofreciéndose en un acto de amor supremo.

Si pronunció aquellas palabras –*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Sal 22)– que son el inicio de un salmo en el que se canta la confianza en Dios, lo hizo para que los hombres aprendiéramos, especialmente quienes iban a ser humillados: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29). En el desprecio, en la humillación es preciso actuar bien porque –sobre todo si ese sufrimiento se asocia al Sacrificio de la Cruz– trasciende ese momento, tiene un valor salvífico, reparador, y una dimensión de eternidad.

Por eso no tiene sentido responder mal al injusto agresor, ponerse a su altura; no tiene sentido enfadarse. Si en esos momentos queda herido nuestro amor propio es señal de que tenemos que cambiar e ir adquiriendo los sentimientos de Cristo Sacerdote.

Jesús venció el mal con el amor y nunca atacó a las personas; y nos pidió a los cristianos que aprendiéramos de Él en esto, prometiendo a los *mansos* una bienaventuranza grande.

48. Perdonar las ofensas

«Soy Lucía Vetruse, una de las novicias violadas por las milicias serbias. Le escribo sobre lo que me ha acaecido a mí y a las hermanas Tatiana y Sendria. Ha sido una experiencia atroz que no se puede comunicar más que a Dios, a cuya voluntad me entregué cuando me consagré a Él con los tres votos...

Me desperté ya de día y mi primer pensamiento fue aquel de la agonía de Jesús en el huerto. Se entabló en mí una lucha terrible: me preguntaba por qué Dios había permitido que yo fuera despedazada y destruida, precisamente en lo que yo ponía mi razón de vivir... Dije despacio: Hágase tu voluntad, ahora, sobre todo ahora, ya que no tengo más apoyo que la certeza de que Tú, Señor, estás a mi lado.

He llorado en estos meses todas mis lágrimas por mis dos hermanos, asesinados por los mismos agresores que van aterrorizando nuestras ciudades. Pensé que ya no podría sufrir muchas cosas más: nunca creí que el dolor pudiera alcanzar tales dimensiones... El Señor me ha admitido al misterio de la vergüenza; es más, a esta hermana le han concedido el privilegio de comprender hasta el fondo la fuerza diabólica del mal... Al hijo que espero le enseñaré solamente a amar. Mi hijo, nacido de la violencia, será testigo, a mi lado, de que la única grandeza que honra a la persona humana es el perdón».

Esta carta publicada en diversos periódicos en 1995 es un testimonio de cómo hay que responder ante el mal y la injusticia. Hay sucesos que *muerden* el amor propio, que humillan, y lo que pide el instinto es venganza. Es muy difícil reaccionar con ecuanimidad y perdonar en medio de los horrores de una guerra, y también ante una injusticia en la vida corriente. Supone haber leído y asimilado bien el Evangelio para no reaccionar con odio. Exige una gran fortaleza de espíritu, un carácter templado en la adversidad, para responder de un modo equilibrado.

Pero esto es lo que nos enseñó Jesús con sus palabras y su conducta: devolver bien por mal.

49. Pobres de espíritu

La segunda virtud en la que el Señor nos dijo expresamente que aprendiéramos de Él es la humildad de corazón; lo que en otros momentos llamará pobreza de espíritu. La humildad consiste en reconocer quién es Dios, quién es uno mismo y quiénes son los demás; es decir, es estar en la verdad. La humildad del corazón o pobreza de espíritu es un aspecto de la humildad, y se manifiesta en necesitar de Dios al darse cuenta de la propia situación de indigencia.

En sentido bíblico los pobres de espíritu son aquellos que han puesto su confianza en el Señor. Y esto, frecuentemente, a causa de la humillación causada por otro, de la enfermedad, la pobreza, la muerte de un ser querido, etc.; es decir, todas esas facetas del sufrimiento humano que estamos viendo en estas páginas.

Pero el pobre de espíritu no lo es por el hecho de padecer necesidad, sino por poner su confianza en Dios; pues hay gente que sufre y reniega de Dios. En la medida en que el hombre *necesita* de Dios y pone en Él su confianza tiene la actitud fundamental para pertenecer al Reino de los cielos y ser feliz.

Las Bienaventuranzas son las disposiciones interiores que deben informar toda la actuación del cristiano, y en general del hombre de buena voluntad. Y tienen como cabecera : *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*

En las demás bienaventuranzas se promete que serán, poseerán, verán,... En ésta se asegura que de ellos *es ya ahora* el Reino de los cielos. *Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia* (1 Pe 5,5). Lo que Dios desea de cada uno es que acuda a Él y esté dispuesto a cumplir Su voluntad. El sufrimiento puede ayudarnos mucho en este sentido, puede conducirnos a esa actitud del corazón que Dios nos pide.

En efecto, dentro de la Iglesia hay diversas vocaciones, distintos caminos para seguir a Cristo de cerca. Pero todos coinciden en un punto: en el inicio de cualquier respuesta a la vocación hay una misma actitud, aquella que le hacía exclamar a san Pablo: *Todo lo estimo como pérdida y lo considero basura ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien he sacrificado todas las cosas por ganar a Cristo (...) para conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos, asemejándome a su muerte* (Fil 3, 8-12).

Y quienes ya han decidido seguir a Dios no deben olvidar la sentencia que da la Sagrada Escritura: *Hijo mío, si te entregas al servicio de Dios, prepara tu ánimo para la prueba. Ten corazón recto y soporta con paciencia y no te impacientes al tiempo del infortunio. Adhiérete a Él y no te separes, para que tengas buen éxito en tus postrimerías. Recibe todo cuanto Él manda sobre ti y ten buen ánimo en las vicisitudes de la prueba. Pues el oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios en el crisol de la tribulación. Confíate a Él y te acogerá, endereza tus caminos y espera en Él* (Sir 2, 1-6).

Ya se nos advierte que a lo largo de nuestra existencia sentiremos la pobreza de espíritu, a veces precisamente por haber optado por Dios. Él cuenta con la adversidad para que, una y otra vez, necesitemos de Él.

50. Gustar la pobreza

Uno de los caminos para llegar a la pobreza de espíritu es el estado de necesidad, la pobreza económica. Carecer de los bienes necesarios para vivir es un mal, pues dificulta al hombre el desarrollo necesario para lograr su fin. Tener dinero sirve para no tener que estar preocupado por él y poder dedicarse al desarrollo de los valores espirituales, morales, familiares, etc.

Pero aunque es un mal, la pobreza –igual que la enfermedad– es un lugar privilegiado donde se puede encontrar con facilidad a Dios. Dios está cerca de los pobres. Es una constante en la Biblia que Dios, ante la existencia y necesidades de los pobres, se muestra partidario a su favor (...). El libro de Judit lo resume con estas palabras: *Tú eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados* (Jud 9,11).

Todos debemos tener experiencia de la pobreza, sentirla; bien sea por padecer en la propia carne la necesidad, bien sea participando en la pobreza ajena. Humanamente, quien ha sido educado en la abundancia y el capricho carece de una faceta de verdadera humanidad pues estará preso por las cosas, y el día en que le falten no estará en condiciones de aguantar la contrariedad.

Haber padecido necesidad, saber lo que cuestan las cosas es un bien en el aspecto humano. Pero la doctrina cristiana va mucho más lejos. Se pide al creyente tener una actitud profunda, la primera que Dios asumió al encarnarse en nuestra historia, ya sea porque aceptamos no tener aquello que nos hace falta, ya sea porque, poseyendo bienes, queremos estar desprendidos de ellos, incluso privándonos de su uso. Porque la pobreza evangélica encierra una gran energía liberadora; nos hace libres frente a la codicia y no llegaríamos a comprender a nuestro Dios, en el que confiamos, si no estuviéramos en comunión con los pobres. Sí, Dios habla en la pobreza y desde la pobreza, porque, de alguna manera, Él se identifica con aquel que pasa necesidad: «La Iglesia reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador, pobre y doliente» (*Lumen gentium*, 18).

En sus viajes por el Tercer Mundo, Juan Pablo II ha recordado a todos los hombres que la tierra es un don de Dios para todos, y no un privilegio para unos pocos. Con sus palabras ha dado aliento a miles de personas que no tienen nada. Y su presencia en aquellos países, seguido por las cámaras de televisión y por los periodistas, ha sido como una ventana por la que quienes vivimos en occidente hemos podido ver a aquellas gentes –millones y millones de tantos países– y conocer la tremenda realidad de gran parte de la humanidad.

¿Cómo olvidar, por ejemplo, aquel viaje a Bolivia en mayo de 1988 en el que Juan Pablo II estaba ante más de ciento cincuenta mil personas sumidas en la miseria? Algunos mineros sin trabajo y campesinos fueron contándole su amarga experiencia. Uno de ellos, ataviado con el poncho y el típico gorro con orejeras de lana multicolor de llama le dijo: «Somos campesinos aymaras; vivimos con mucho sufrimiento. Nos maltratan, nos engañan, no nos dejan vender nuestros productos y las autoridades nos manejan como animales, y cuando decimos estas cosas, nos tachan de comunistas. Nos sentimos apoyados, Padre Santo, sólo por la Iglesia». El último que habló al Papa fue un minero que, abrazándose al Santo Padre le dijo entre sollozos: «Los mineros tenemos hambre, no tenemos pan, no tenemos nada que darles de comer a nuestros hijos».

Quienes tenemos la suerte de haber nacido en una familia donde no se pasa extrema necesidad debemos reflexionar seriamente para ver cómo vivimos esta virtud humana de la pobreza y cómo es nuestra solidaridad. Darnos cuenta de que, aunque el bienestar es algo bueno y deseable para todos, no es el fin de la vida personal porque, al fin y al cabo, desnudos vinimos al mundo, y desnudos volveremos a la tierra. Nuestro corazón será despojado hasta de la ropa que usamos. Bueno será ejercitarse en el desapego de las cosas; es decir, bueno será vivir la virtud de la pobreza.

Todos hemos de vivir esta virtud, *sentirla*. Los religiosos manifiestan su espíritu de pobreza al entrar en su orden entregando la ropa que llevaban, cambiándola por una distinta, el hábito. El hábito es una demostración, un testimonio escatológico para los demás, de que hemos de vivir para la eternidad, y que en el cielo no tendremos *cosas* y hasta la ropa nos sobrará. Pero todos hemos de *sentir* esta virtud y vivirla a base de desprendimiento, de confianza en Dios, de sobriedad y disposición de compartir con otros.

En el Calvario despojaron a Jesús de todo lo que poseía materialmente. No nos extrañemos si el medio por el que entramos en el privilegiado lugar del sufrimiento es la pérdida de los bienes terrenos. Será que Dios cuenta con ello.

XI. SABER AMAR CON EL CUERPO

Llevamos siempre en nuestro cuerpo la muerte de Cristo, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos (2 Corintios)

51. El dolor físico

Dios no es el autor del sufrimiento, ni lo envía como un mal para castigar a nadie; permite que suframos y sabe sacar de él grandes bienes. El sufrimiento es un mal y conviene intentar quitarlo o al menos aliviarlo cuando llega. Pero a veces esto no es posible. En todo caso, lo que hemos de hacer es ofrecérselo a Dios.

Jesús padeció el dolor físico, y lo padeció en unas dimensiones enormes. Además de la flagelación, en que cada latigazo era como para cortar la respiración, le torturaron con espinas en la cabeza y le clavaron los pies y las manos a un madero. Algo horroroso, un dolor extremo.

Los crucificados morían lentamente al compás de los latidos de su corazón, que se iba apagando al faltarles la sangre, o perecían asfixiados con los brazos en alto. Era como morir de dolor, hasta que no se aguantaba más.

Lo que Jesús sufrió cuando era clavado en la Cruz sólo lo puede saber su Padre celestial.

No debemos acostumbrarnos a ver los crucifijos como meros objetos religiosos. Porque son recordatorios del sufrimiento de Cristo y de su amor por nosotros.

Conmovernos, compadecernos con Él, para aprender a darnos, a amar, también con el cuerpo.

* * *

A lo largo de los siglos han sido miles y miles los cristianos y las cristianas que han padecido en su cuerpo el martirio. Con ello han demostrado la fidelidad de su amor a Dios, sabiendo amar también con el cuerpo.

En el Encuentro Mundial de Sacerdotes celebrado en 1996 en Fátima, el sacerdote albanés Antón Luli relató la crueldad de la dictadura comunista en su país. Muchos sacerdotes murieron; a él, en cambio, le tocó vivir.

«Apenas había terminado mi formación, me arrestaron en 1947, tras un proceso falso e injusto. He vivido diecisiete años como prisionero y otros tantos de trabajos forzados. Prácticamente he conocido la libertad a los 80 años, cuando al fin en 1989 he podido celebrar la primera misa con la gente.

Cuando me arrestaron la primera vez me hicieron permanecer nueve meses en un baño: me tenía que acurrucar por tierra encima de las suciedades endurecidas sin lograr jamás extenderme completamente, tan estrecho era aquel sitio. La noche de Navidad de aquel primer mes, siempre en este lugar, me hicieron desvestir y me ataron con una cuerda a una viga, de modo tal que podía tocar el piso sólo con la punta de los pies. Hacía frío; sentía el hielo que subía a lo largo de mi cuerpo: era como una muerte lenta. Cuando el hielo me estaba llegando al pecho grité como desesperado. Mis guardias corrieron, me golpearon y luego me tiraron al suelo.

Con mucha frecuencia me torturaban con la corriente eléctrica: me metían dos alambres en los oídos. Era una cosa horrible. Durante un tiempo me amarraban las manos y los pies con alambres, y me echaban al suelo en un lugar oscuro, lleno de grandes ratas que me pasaban por encima sin que yo pudiera hacer nada. Llevo todavía en mis muñecas las cicatrices de los alambres que se me incrustaban en la carne...

Cuando salí de la prisión, me enviaron a trabajos forzados como obrero a una finca estatal, en la recuperación de los pantanos. Era un trabajo fatigoso y con la poca alimentación que teníamos se nos reducía a gusanos humanos: cuando uno de nosotros caía extenuado, lo dejaban morir...

El 30 de abril de 1979 me arrestaron por segunda vez... Me daba cuenta que me dirigía a un nuevo calvario; pero fue precisamente en aquella ocasión cuando tuve una experiencia extraordinaria, que me recordaba la transfiguración de Jesús, en la cual El tomó fuerzas para comenzar su sufrimiento... Era como si El estuviera allí presente, frente a mí, y yo le pudiera hablar. Fue determinante para mí aquel momento porque comenzaron de nuevo las torturas y otro proceso. El 6 de noviembre de 1979 me condenaron a morir fusilado. La causa que adujeron fue *sabotaje y propaganda anti gubernativa*. Pero dos días después, la pena de muerte fue conmutada por 25 años de prisión.

Así ha transcurrido mi vida, pero jamás he albergado en mi corazón sentimientos de odio. Después de la amnistía, un día me encontré a uno de mis torturadores, sentí entonces el impulso interior de saludarlo y lo besé. La formación que recibí en la Compañía de Jesús me había acostumbrado a la idea de que la fidelidad al Señor es lo más importante en la vida de un jesuita y que a veces hay que pagarla a alto precio. Incluso con la propia vida... Nosotros somos personas que nos entregamos al amor de Cristo. ¿Quién nos separará de este amor?

Esta es la verdadera enseñanza de mi experiencia de vida: en todo momento de sufrimiento y de dificultad *nosotros salimos vencedores gracias a Aquel que nos amó (Rm 8,37)*».

52. Sujetar el cuerpo

Los astros obedecen a Dios con exactitud, las estaciones del año llegan una tras otra con armonía. Todo, todo tiene su medida o su lugar. Hasta las olas embravecidas y arrogantes, que parece van a inundar la playa, llegan hasta donde Dios ha dispuesto, pues *Él fijó sus límites al mar para que las aguas no traspasaran sus linderos (Pr 8,29)*.

Sólo el hombre obedece libremente al Creador. Aquí radica su grandeza, pues obedeciendo logra su fin, con la ayuda de Dios. Por eso dice san Agustín que «puedo decir con toda verdad que la obediencia es la virtud propia de la criatura racional, que actúa bajo la potestad de Dios» (*Sobre el génesis*, 8).

Pero por ser libre, el hombre puede desobedecer a Dios, salirse del orden previsto para él, lo cual trae dolorosas consecuencias. Sí, el hombre puede desobedecer a Dios pero siempre hasta unos límites. El sufrimiento y la muerte muestran los límites de la libertad humana. Llegados a ese punto todo hombre obedece a Dios aunque no quiera.

¿Cómo respondió Dios a la desobediencia de los hombres? Enviando a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad para que, hecho hombre, se abajara hasta llegar al límite humano de las consecuencias del pecado –el dolor y la muerte– y esto en unas condiciones inhumanas. Así nos mostraba mejor el daño que produce la desobediencia, la relación que tiene el pecado con el sufrimiento y cómo éste produce una fuerza sobrenatural salvadora muy superior y contraria a lo que el pecado destroza.

Uno de los efectos perniciosos que el pecado original produjo fue el desorden en los sentidos. La desobediencia de todo el ser del hombre a su Creador trajo como consecuencia la desobediencia del cuerpo respecto a las potencias espirituales en el hombre mismo. Antes del pecado los sentidos estaban ordenados al bien de la persona, pero desde aquel voluntario «accidente» tienden a veces hacia su objeto propio arrastrando a la voluntad a lo que no conviene a la persona. Por eso se precisa un esfuerzo de la voluntad para ordenar, según lo que es el bien de la persona, todo el ámbito de la sensualidad: el apetito en el comer y el beber, el apetito sexual, la tendencia a la comodidad, etc. Es necesario que el hombre conozca cuál es su bien y, con esfuerzo, sujete el cuerpo.

El goce sensual ha sido puesto por Dios en las personas para facilitarnos ciertos actos corporales necesarios para el bien del sujeto y de la especie. Por ejemplo, Dios nos ha dado el goce sensual del gusto para facilitarnos la alimentación corporal. Y también nos ha dado el goce sexual para facilitar la perpetuación de la especie humana. Pero es un medio, no un fin en sí mismo; cuando se busca como fin, decepciona, produce egoísmo y amargura, porque se sabe que el placer se termina, no llena ese deseo que tenemos de saciarnos con el bien.

En algunos casos –en la embriaguez, la impureza, la droga– se busca la felicidad en un mundo ficticio, irreal. Cuántas veces, entonces, el sufrimiento corporal puede desvanecer ese mundo ilusorio y engañoso, y obligar a la persona a poner las cosas en su sitio al darse cuenta de que no debe –no puede– hacer con su propio cuerpo lo que se desea, porque, de hecho, el

sufrimiento no se puede quitar. Es decir, el sufrimiento puede ayudar a hacer lo que se debe hacer y a evitar lo que hay que evitar.

Como el visor de una cámara fotográfica que, al encuadrar la imagen con las líneas vertical y horizontal hacen que se enfoque la imagen, la cruz del sufrimiento centra a la persona. El dolor físico hace que la sensualidad se aquiete; en este sentido puede hacer bien a la persona para que se centre en la verdad y sea realista.

53. La mortificación voluntaria

Importa mucho ejercitarse en ordenar los sentidos externos (vista, tacto, gusto,...) y los sentidos internos (imaginación y memoria) para vivir como personas cabales. Ese esfuerzo se llama *mortificación*, porque tiende a dar muerte a los desórdenes de la sensualidad y de la afectividad, y a fortalecer la voluntad.

Quienes buscan como fin de sus vidas pasarlo lo mejor posible, evitando el dolor a toda costa y permitiéndose ciertas compensaciones sin las cuales les parece sería imposible vivir, esas personas cuando oyen hablar de mortificación les resulta una palabra extraña, cuando no se asocia con la imaginación a ciertas penitencias medievales entendidas como torturas. Se piensa que los cristianos al hablar de la mortificación están locos o que son felices haciendo cosas que dañan la salud, o la conciben como una especie de tributo que han de pagar a la divinidad que promete a cambio la salvación.

No nos engañamos si afirmamos que esa imagen de la mortificación ha sido expresamente difundida, y acogida favorablemente por aquellos que no están dispuestos a renunciar a ningún placer o a dejar de buscar sus intereses.

Se alega que, siendo propio de la naturaleza humana buscar la felicidad, hablar de mortificación es un contrasentido, algo así como enfrentarse con lo natural. Este razonamiento es verdadero, pero tiene un error en su planteamiento. La mortificación cristiana no va contra el deseo de felicidad, al contrario: la realidad es que a veces nos apetecen cosas que no nos vienen bien. Y en la medida en que contrariamos las apetencias que nos inclinan al mal, estamos evitando el mal, aquello precisamente que nos impide alcanzar la felicidad. Mal consejo sería decir a quien tiene un dolor de muelas que no acuda al dentista porque le puede hacer daño, cuando es éste quien puede quitarle el dolor.

El problema consiste en que nosotros queremos ser felices pero a nuestra manera, y ahí es donde nos equivocamos. En la medida en que pretendemos aquietar nuestro deseo de felicidad poseyendo cosas, dando placer a los sentidos o satisfaciendo el orgullo, conseguimos una felicidad muy pobre, que deja posos de tristeza. Y en la medida en que esos bienes nos alejan de Dios –único bien con cuya posesión se adquiere la felicidad– esas cosas nos alejan de la verdadera felicidad.

La antropología muestra que quien busca la felicidad por esos caminos no la encontrará ni a largo ni a corto plazo; y ante el sufrimiento insoslayable se sufre más, pues no se está preparado para ello. El sacrificio, la mortificación voluntaria es una necesidad para liberar al hombre de sus tendencias caprichosas que a la postre le hacen infeliz.

La mortificación libera, rehace el orden que el pecado rompió; perfecciona humanamente y es necesaria para que el hombre sea íntegro, honesto; a la larga suele sufrir

menos quien no se ha dejado llevar por el capricho y ha sido mortificado. Pero nótese que la mortificación cristiana no pretende lograr una perfección natural al estilo estoico como para demostrarse uno a sí mismo que está por encima de las apetencias sensibles. Lo que trata el cristiano con ella es amar, porque querer evitar el pecado, incluso en sus raíces, es una demostración de amor a Dios.

Por tanto, más que mirar al bien personal, la mortificación se dirige hacia la persona amada que es Dios. Desde luego, si fuera por un motivo humano de autoperfección difícilmente se practicaría, porque ante lo que apetece en una situación concreta, si es por un motivo humano puede que no *compense* hacer ese sacrificio que nadie ve.

Escogiendo como ejemplo la mortificación de la vista en cuanto nos puede llevar al mal, Jesucristo nos dice: *Si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecar, sácalo –es decir, hazlo morir, mortifícalo– porque más te vale perder uno de tus miembros que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno* (Mt 5,9). No pide el Señor que tengamos que arrancarnos materialmente los ojos, pues con esa lógica habría que amputar tal vez las manos, los oídos, etc., sino que indica la necesidad que tenemos de la mortificación para que nuestra mirada no nos lleve a ponernos en ocasión de pecado. Que conservemos el dominio de los ojos, de tal manera que cuando se presente la ocasión permanezcamos como ciegos al pecado. Y eso es amar a Dios, como ama a su mujer quien está casado y no mira a otra mujer deseándola.

La mortificación voluntaria es, por tanto, una demostración práctica de nuestro amor a Dios. Es un modo que tenemos de amar a Dios con el cuerpo. Jesús explicó a sus Apóstoles por qué iba a padecer tanto antes de morir en la Cruz: para que el mundo conociera cuánto amaba a su Padre celestial; estaba dispuesto a hacer Su amabilísima voluntad porque así lo esperaba Él (cf. Jn 14,31).

Satanás entiende de muchas cosas porque fue ángel y porque es muy viejo. Pero siendo la soberbia lo que le llevó a ser ángel caído, parece que hay una cosa de la que no entiende nada, y es la humildad. Y siendo la mortificación voluntaria un aspecto de la humildad –la humildad del cuerpo ante el espíritu–, este tema debe dejarle bastante desconcertado. Porque precisamente él tiente hacia el mal aprovechando la inclinaciones torcidas que hay en nosotros, y ante su sorpresa, precisamente por ahí quien se mortifica ama más a Dios.

Quizá por esto la Redención realizada por Jesucristo a través del sufrimiento voluntario resultó ser una *estrategia* que él no podía prever. El diablo pudo pensar que vencía a aquel hombre que moría en la Cruz, cuando en realidad estaba siendo aplastada su cabeza por la obediencia y el amor. Porque no es fácil entender la mortificación voluntaria sin humildad, sin fe y sin amor.

54. Purificarnos por los pecados

La relación de Dios con el hombre es una relación de amor. Viene descrita esta relación por Jeremías como el alfarero que trabaja amorosamente la arcilla con sus manos, y con sus dedos va plasmando la idea que tiene de la obra acabada (cf. Jer 18).

Dios modeló a Adán del barro de la tierra, dice el Génesis, y le insufló el hálito de su misma vida, dándole el alma. Cada uno de nosotros recibimos el alma directamente de Dios, un alma maravillosa, irreplicable, como si hubiera sido modelada por Dios una a una.

Verdaderamente cada uno de nosotros somos una obra de arte que hizo el *dedo de la diestra del Padre* (el Espíritu Santo) y después va trabajando a lo largo de nuestra vida, con el concurso de nuestra libertad.

El pretende ir dando una forma precisa en cada momento, delicadamente, respetando nuestro modo de ser. Delicadamente, sí, pero también fuertemente, como el alfarero hace incisiones y corta el barro que sobra. He aquí los momentos de sufrimiento en nuestras vidas.

Verdaderamente Dios nos ama mucho más de lo que nos imaginamos, pues si no nos amara tanto no se tomaría tantas molestias para intentar plasmar en nosotros esa forma acabada, perfecta, que Él tiene en *su cabeza*: su imagen divina en nosotros, nuestra santidad.

El problema es que nosotros tenemos una idea demasiado *humana*, demasiado pobre y egoísta sobre la felicidad. Imaginamos que Dios nos creó para que fuéramos felices, en el sentido de que el fin de nuestra vida fuéramos nosotros mismos. Y el fin de nuestra vida es Dios. La principal razón de la creación fue que el hombre pudiera amar a Dios y que Dios pudiera amar al hombre, que pudiéramos convertirnos en objetos en los que el amor divino pudiera *complacerse*, a semejanza del Hijo en el que el Padre tiene sus «complacencias», lo cual constituye nuestra felicidad.

Es cierto que el fin de nuestra vida consiste en ser felices, pero la idea que frecuentemente tenemos sobre la felicidad no coincide con la idea que Dios tiene para nosotros. Lo que Él tiene preparado es su Amor, Él mismo. Si nos diera aquello en lo que ciframos nuestra felicidad en un momento concreto, sin duda Dios no nos querría bien, pues nos daría algo que no puede satisfacernos.

Quiere amarnos como Él sabe y puede. Pero para eso es necesario que nosotros seamos dignos, capaces. El gran obstáculo son nuestras imperfecciones, sobre todo nuestros pecados. Por eso tiene gran empeño en *transformarnos* en seres a los que pueda amar sin obstáculos. Antes del pecado original, Dios se complacía en Adán y Eva, y por eso ellos eran felices; pero al pecar pusieron un obstáculo. Los pecados personales hacen que no seamos buenos.

Y el medio para quitar esos obstáculos, para *rehacer* al hombre es el sufrimiento. Precisamente porque nos ama, Dios quiere nuestro dolor. Nos da lo que realmente necesitamos, no lo que creemos necesitar en un determinado momento. A veces nos preguntamos por qué Dios no nos quita el dolor en ese momento, y la respuesta es porque seguramente no nos conviene.

Puede decirse que el pecado no es algo que sucede alrededor nuestro, sino que nace y afecta a lo más profundo de nuestro ser, a nuestro corazón. El hombre que actúa mal se hace daño a sí mismo *se degrada*; quien actúa mal no sólo realiza acciones deplorables, sino que él mismo *se hace malo* humanamente.

Esas huellas que los pecados dejan en nosotros, aunque estén perdonados en cuanto a la culpa, es preciso ir borrándolas, entre otros medios, con el dolor. Es preciso ir quemando, purificando esas malas inclinaciones en esta vida: he aquí el sentido de la Cruz y de la mortificación voluntaria mientras vivimos. Dios quiere que nos purifiquemos en esta vida, y si no lo hacemos en ésta, lo haremos en la otra (el purgatorio), pues para entrar en el Cielo, para que Dios pueda amarnos como Él desea, es necesario llevar el alma y sus potencias

limpias, como si fuera un vestido blanco de bodas (cf. Mt 22,12), porque tenemos que ser santos e inmaculados en su presencia por el amor (cf. Ef. 1,4).

Vale la pena dedicar la vida en amar a Dios y aprovechar las ocasiones para disponernos a ser *mejores*. En el purgatorio se expían los pecados veniales y las huellas que dejan los pecados perdonados, pero se hace de modo involuntario, y ese sufrimiento no sirve de mérito para la vida eterna. En esta vida, en cambio, el dolor que padecemos y aceptamos, y las mortificaciones que voluntariamente realizamos nos van purificando el alma, y además son meritorias para la eternidad.

55. La enfermedad

Una de las facetas del sufrimiento humano es la enfermedad física. Para muchos, la enfermedad es el momento en que Dios pasa cerca de ellos, el momento quizá más importante de su vida, el momento vértice para cambiar de vida y acercarse a Dios. Es como una visita de Dios que pregunta por nosotros para acercarnos al verdadero bien, a la felicidad.

El Santo Padre Juan Pablo II fue un ejemplo de persona que sufrió mucho y, también por este motivo, podía dar recetas que nos sirven. «Os pido hermanos y hermanas que sufrís, que os metáis con fe en el misterio de la cruz de Cristo, ofreciéndole vuestro dolor humano, para que Él, uniéndolo al suyo, lo ofrezca al Padre como ofrenda pura. Los Santos, los cristianos auténticos, iluminados por la gracia, han intuido el significado y la fecundidad de sus dolores» (19-III-1981).

«No consideréis vuestras vidas, ni este tiempo de enfermedad, como realidades inútiles. Estos momentos pueden ser ante Dios los más decisivos para vuestras vidas, los más fructíferos para vuestros seres queridos y para los demás» (11-II-1988).

«Queridísimos enfermos, ¡tened fija la mirada en Cristo, vuestro amigo, vuestro modelo, vuestro consolador! Siguiendo su ejemplo conseguiréis que vuestro miedo se convierta en serenidad, vuestra angustia pase a ser esperanza y vuestra tristeza se torne alegría. Así vuestro sufrimiento será purificación y mérito para vuestras almas, además de una contribución preciosa para el bien espiritual de la Iglesia. De todo corazón os bendigo a vosotros, a vuestros seres queridos, y a cuantos os asisten con amor» (4-IV-1979).

No son éstas unas consideraciones bonitas para consolar a quienes están enfermos. Son la verdad y la riqueza de nuestra vida. Así llevada, la enfermedad es rica en contenidos, en valores, en sentido. Y quien así lo entiende es feliz.

Hace tiempo fui a un pueblo a visitar a una mujer que llevaba más de veinte años en la cama, sin poderse levantar, llena de llagas. Me dijo unas palabras semejantes a las del Papa recién citadas. Cuando salí a la calle y veía la belleza del campo, me dio pena aquella mujer encerrada en su habitación. Pero enseguida comprendí que era muy feliz, mucho más que la gente que transitaba por las aceras o trabajaba en el campo, porque la felicidad no depende de la buena o mala fortuna, de la buena o mala salud. El fin de nuestra vida no consiste en no tener problemas o en estar sanos y poder hacer lo que nos gusta. La felicidad no está en la lógica sino en otra clave, porque es la consecuencia del amor y reside en el interior del corazón.

XII. LA OFRENDA DE LA VIDA

El amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano (Familiaris consortio)

56. Creados para amar

Lo que diferencia a las personas de las demás criaturas de la tierra no es sólo su capacidad de conocer la verdad, sino también la capacidad de amar. Somos los únicos que podemos querer el bien, y podemos querer el bien de los demás.

Pero en esta vida no siempre es fácil saber amar. A veces se nos mezclan, más o menos conscientemente, otros intereses personales egoístas. No es fácil saber amar bien.

El amor supone varias cosas. En primer lugar respetar al otro y la relación que existe entre los dos. En segundo lugar, buscar el bien del otro, no el propio. Sin embargo, no basta querer hacer el bien, es preciso saber hacerlo; es decir, saber lo que verdaderamente hace bien a los demás. La moral nos ayuda en este sentido, pues no es otra cosa que el recto orden del amor. El amor se demuestra, además, en el sacrificio.

Como consecuencia, el amor verdadero enriquece al amado y a quien ama. El fruto del amor es la felicidad. Porque la felicidad no se logra buscándola directamente, sino que es una consecuencia del buen amor, y según lo que se ama o la persona que se ama, se tiene un tipo u otro de felicidad. Lógicamente, quien ama a Dios sobre todas las cosas y vive de ese amor, es quien puede ser más feliz.

«Amar es entregarse a los demás. Lejos de ser una inclinación instintiva, el amor es una decisión consciente de la voluntad de ir hacia los otros. Para poder amar de verdad, conviene desprenderse de todas las cosas y, sobre todo, de uno mismo; dar gratuitamente, amar hasta el fin. Esta desposesión de sí mismo es fuente de equilibrio. Es el secreto de la felicidad. ¡Alzad más frecuentemente los ojos a Jesucristo! ¡No tengáis miedo! Jesús no vino a condenar el amor, sino a liberarlo de sus equívocos y falsificaciones» (Juan Pablo II, 1-VI-1980).

Estamos diseñados y creados así por Dios. Como los ojos no están hechos para verse a sí mismos –¡y ay del día en que eso sucediera, pues supondría que están enfermos!–, el hombre «no puede encontrarse plenamente a sí mismo, sino por la sincera entrega de sí mismo» (*Gaudium et spes*, 25).

El dolor es una escuela de amor, de donación de sí mismo y, en esa medida, una fuente de felicidad.

El sufrimiento, finalmente, aclara el motivo de nuestras acciones, el amor que ponemos en ellas. Muchas veces actuamos bien, según lo que Dios quiere, pero lo hacemos *porque nos gusta*. Sin embargo ése no debe ser el motivo fundamental de nuestro obrar, sino que hemos de hacer las cosas porque Dios lo quiere. Cumplir el deber cuando no nos gusta o cuando cuesta aclara las intenciones. Cumplir la voluntad de Dios aunque cueste es una demostración evidente de que amamos a Dios. Y esto se manifiesta de un modo excepcional en el martirio.

57. Dios nos demostró su amor

Tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna (Jn 3,16), dijo Jesús a Nicodemo.

Jesús, «que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo..., padeció bajo el poder de Poncio Pilato». Obedeció a su Padre celestial, y por medio de los tormentos y de la muerte en cruz cumplió lo que estaba previsto para nuestra salvación. No sólo demostró cuánto quería a su Padre, también demostró el amor que nos tenía a nosotros, que éramos los beneficiarios: nadie tiene amor más grande que aquel que da su vida por sus amigos (Jn 15,13).

«Debemos pensar muchas veces y detenidamente en el largo tiempo y en el duro suplicio que sufrió nuestro Señor en la cruz. Estuvo pendiente de la cruz desde la hora sexta hasta la hora nona y, en tanto tiempo, tres horas, hay que pensar que con el peso del cuerpo se le abrieran y desgarraran las heridas de los clavos en las manos y en los pies. Era tan angustioso este tormento que, si quería aliviar el dolor de las manos y se apoyaba más en los pies, éstos en seguida se resentían tanto que no lo podía soportar. Pero mirándolo bien, el Señor no buscaba alivio a su dolor, porque se había ofrecido voluntariamente a sufrir por nosotros.

Cuando el sol se oscureció y el espanto de todos hizo que se callaran y se fueran yendo, todo quedó en silencio y quieto. Pensó entonces el Señor en nosotros, nos vio, estuvimos presentes ante Él en la cruz, y por cada uno de nosotros se ofreció al Padre Eterno. Podemos estar seguros de que, aun si no le vimos en la Pasión, Él nos vio con sus penetrantes ojos y su inmensa sabiduría. Nos vio cuando colgaba de la cruz como ahora somos. Padeció por nosotros y se compadeció de nosotros. Destruyó el papel de la sentencia que nos condenaba y lo clavó en la cruz, y borró lo escrito con su sangre. Consiguió de Dios toda la gracia para que nos hiciéramos santos.

No ofreció su sacrificio en general, por todos en conjunto. No fue así. Cuando estuvo en la cruz nos tuvo en cuenta a cada uno en particular, y amó a cada uno, y por cada uno murió, para que a cada uno se le perdonasen los pecados y recibiera la gracia» (L. de la Palma, La Pasión del Señor).

Y nos amó generosamente, hasta el extremo. Fue la suya una entrega total, un holocausto. De tal manera que, después de su angustiosa e incomodísima agonía, pudo decir: Todo está cumplido, me he entregado totalmente.

Después de morir, fue traspasado su corazón por una lanza y al punto salió sangre y agua, es decir, ya no le quedaba más sangre. Era un símbolo, era como si se hubiese exprimido de tal manera su cuerpo que ya no le quedara ni sangre. No podemos más que exclamar: ¡Cuánto nos quiere Dios!

58. Gracias

Hay un libro que lleva por título: «Cuando la ayuda viene del cielo». Lo escribió un conocido y veterano montañero suizo que vivía en un pueblo de los Alpes. En él relata diversos rescates de excursionistas que se encontraban con problemas. Con un amigo suyo que pilotaba un helicóptero acudía a los lugares en que se producían accidentes para tratar de rescatar a los accidentados.

Una noche le llamaron por teléfono: un joven, hijo de un conocido industrial alemán, se encontraba atrapado en una pared de hielo. Había ido él sólo y como no era experto, se le había echado la noche encima y no podía ni subir ni bajar. Cuando le avisaron, dijo a su amigo piloto que saldrían inmediatamente. Éste le contestó que era una temeridad salir de noche y con nubes. Además la pared aquella estaba en un desfiladero peligroso. El viejo montañero acabó por convencerle y subieron al aparato. Ellos conocían las montañas palmo a palmo, pero era peligroso por las nubes.

Muy despacio se acercaron al lugar, corría mucho viento... El piloto se quejaba de que era una imprudencia e insistía en que lo mejor era volverse. El montañero le gritó: «Si nos vamos, ese chico morirá de frío. Así que acércate a la pared a ver si le vemos». Con uno de los focos de luz distinguieron al muchacho apretado a la roca helada. Intentaron varias veces acercarse a él, pero el aire les empujaba con gran peligro. Por fin pudieron acercarse a la roca y el veterano montañero descendió con una cuerda, agarró al chico y se alejaron del lugar. En la estación de esquí esperaba una ambulancia que lo llevo a un Hospital.

Al cabo de un mes, el rescatador recibió una carta desde Alemania. En ella se decía sencillamente: «No sé si se acordará de un chico que se quedó atrapado en una pared hace cosa de un mes; soy yo. Le escribo porque me dejé el piolet clavado en el hielo y quería que usted me lo recogiera y me lo enviara para guardarlo como recuerdo. Firmado: N».

Nada más leerlo se quedó helado. El piloto, su compañero inseparable, la leyó y exclamó: «Ni un regalo como detalle, ni una muestra de agradecimiento de que le salvaras la vida, ¡y va y te pide que le consigas el piolet...!»

¿Qué se dice en estos casos? ¿No se dice: *Gracias*?

Después de que Cristo murió por amor a nosotros y así darnos la vida divina, ¿qué se dice? ¿Y no es verdad que muchos tienen una actitud semejante a la del chico alemán cuando lo primero que hacen al dirigirse a Dios es pedirle que les consiga alguna cosa que les interesa a ellos, por ejemplo que les quite el dolor?

Lo primero que hemos de hacer en la oración es alabar a Dios y darle las gracias a Jesucristo:

Gracias porque ha dado su vida por la mía, para que yo tuviera la Vida divina.

Gracias porque con su vida nos ha enseñado a sufrir.

Gracias porque antes estábamos alejados de Dios por la huella que dejaban nuestras malas acciones, y ahora, en cambio, por la muerte que sufrió en su cuerpo de carne, nos ha reconciliado para ser santos, sin mancha y sin reproche en su presencia (cf. Col 1, 21).

Gracias porque se ha acercado a nosotros y nos acompaña en nuestro actual dolor.

Gracias porque nos ha amado tanto y nos ha dado este ejemplo.

Después hemos de pensar en cómo devolver amor por amor, asociando nuestro dolor al suyo.

«Amar quiere decir estar cercano a la persona a quien se ama; significa *estar cercano* al amor con el que soy amado. Amar significa también *recordar*, caminar de alguna manera con la imagen de la persona amada en los ojos y en el corazón. Quiere decir *meditar* en el amor

con el que soy amado, y profundizar cada vez más en su grandeza divina y humana» (Juan Pablo II, 19-VI-1983).

Es bueno pedir a Dios que quite el sufrimiento, sobre todo cuando lo pedimos por las personas que amamos. Pero antes hemos de hacer esas dos cosas: agradecer a Dios lo que hizo por nosotros y tratar de devolverle amor por amor.

59. Os he dado ejemplo

Dice san Pedro que Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigáis sus huellas (1 Pe 2,21), y san Pablo: Caminad en el amor, lo mismo que Cristo nos amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y hostia de suave olor (Ef 5,2).

Dios va llamando durante la vida al amor, a la entrega generosa, pero especialmente en los momentos del sufrimiento y de la muerte –esos momentos cumbre en la vida–espera nuestra respuesta generosa, nuestra ofrenda. No un poco de amor, sino todo.

«Queridos enfermos –decía el papa–, yo quisiera dejar en vuestro recuerdo y en vuestros corazones tres pequeñas luces que me parecen preciosas.

Primero, que sea cual fuere vuestro sufrimiento, físico o moral, personal o familiar, conviene que toméis claramente conciencia de él sin minimizarlo ni exagerarlo, y con todas las consecuencias que engendra en vuestra humana sensibilidad: contratiempos, inutilidad de vuestra vida, etc.

Segundo, es indispensable avanzar por el camino de la aceptación. Sí, aceptar que sea así, no por resignación más o menos ciega, sino porque la fe nos asegura que el Señor puede y quiere sacar bien del mal.

Finalmente, en tercer lugar, queda por realizar el gesto más bello: el de la oblación. La ofrenda realizada por amor al Señor y a nuestros hermanos permite alcanzar un grado, a veces muy elevado, de caridad teologal, esto es, de gastarse en el amor de Cristo y de la Santísima Trinidad por los hombres. Estas tres etapas vividas por cada uno de los que sufren, según su ritmo y su gracia, le proporcionan una maravillosa liberación interior, cumpliéndose aquello de el que pierda su vida por mí, la hallará (Mt 16,25)» (15-VIII-1983).

Son etapas que hay que recorrer para ganar la Vida. Y hay que llegar a la última: a la entrega, a la ofrenda de nosotros mismos, como hizo el Señor. Os he dado ejemplo (Jn 13,15). Jesús nos dio ejemplo en todas las virtudes, pero especialmente en la Caridad, en la entrega total a los planes de Dios y en la entrega a los demás.

Nuestra vida cobra sentido y se perfecciona en la medida en que se entrega. El don de sí perfecciona a la persona; de otra manera se empobrece. Esto sucede en el ámbito del amor humano y, sobre todo, en la relación con Dios. Quien entrega su vida a Dios encuentra la Vida.

Ya no se trata solamente de sufrir por Cristo, ni de sufrir con Él; sino de sufrir en Él, en una identificación plena con su entrega.

Este descubrimiento –del que ya hablamos en el capítulo quinto–, es lo que hizo exclamar a san Pablo: Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se

entregó por mí (Gal 2, 19-20). La fe permite al autor de estas palabras conocer el amor que condujo a Cristo a la Cruz. Y si amó de este modo, sufriendo y muriendo, entonces por el padecimiento y su muerte vive en aquél al que amó así, vive en cada uno de los que unen su sufrimiento al Suyo (cf. *Salvifici doloris*, 20)

60. Ahí te quiero ver

Hay una frase en el poema del siervo de Yahvé donde Isaías, hablando proféticamente de Cristo, dice: *Quiso Yahvé quebrantarlo con padecimientos* (Is 53,10). Es como si dijera que el Padre celestial quería ver a su Hijo sufriendo en la Cruz. De alguna manera es la pregunta que se hace quien sufre: ¿es que Dios me quiere ver quebrantado por el dolor?

Asimismo, Jesús quería ver a su Madre –a quien tanto amaba– junto a la Cruz. ¿Por qué Dios quiere ver a una persona quebrantada por los padecimientos?

El papa Juan Pablo II responde en este punto: «El sufrimiento humano ha alcanzado su culmen en la Pasión de Cristo. Y a la vez ésta ha entrado en una dimensión completamente nueva y en un orden nuevo: ha sido unida al amor, a aquel amor del que Cristo hablaba a Nicodemo, a aquel amor que crea el bien, sacándolo incluso del mal, sacándolo por medio del sufrimiento... La Cruz de Cristo se ha convertido en una fuente de la que brotan ríos de agua viva» (*Salvifici doloris*, 18).

María estaba allí con su *presencia física*, con su *padecimiento* y con su *compasión* amorosa con Cristo. Ahí la quería ver Jesús y allí estaba Ella. Dios no nos quiere ver sufrir por sufrir (el sufrimiento en sí mismo es un mal), nos quiere ver así porque podemos amar mucho, aprender muchas cosas y causar mucho bien. Por eso no basta estar en el dolor, es preciso *saber estar*: amando, uniéndose a la Cruz de Cristo. Entonces, ríos de Vida eterna brotan de nuestra vida humana.

Ahí nos quiere ver Dios. Todo hombre tiene su participación en la redención. Cada uno está *llamado* también a participar en ese sufrimiento mediante el cual se ha llevado a cabo la redención. Dios cuenta con nosotros.

XIII. MÁS FUERTE QUE LA MUERTE

Los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Romanos)

61. El momento culmen

El momento de la muerte es uno de los momentos en los que más vivamente nos planteamos quiénes somos y para qué vivimos.

«No es posible comprender al hombre, considerándolo unilateralmente a partir del sector de la economía, ni es posible definirlo simplemente tomando como base su pertenencia a una clase social. Al hombre se le comprende de manera más exhaustiva si es visto en la esfera de la cultura a través de la lengua, la historia y las actitudes que asume ante los

acontecimientos fundamentales de la existencia, como son nacer, amar, trabajar, morir» (Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 24).

Para quien no cree en la vida eterna, la muerte es el punto final donde termina todo para él, como para cualquier animal. Para quien sufre, esta respuesta sirve únicamente como consuelo de que ahí se terminan sus dolores. Pero entonces no se da una explicación ni una valoración a lo que se ha sufrido. En algunas filosofías se ha pensado que el sufrimiento tiene un valor purificador, para después poder contemplar mejor en la iluminación eterna, en una quietud donde el alma desaparece en el todo...; porque para algo tiene que haber servido el sufrimiento. Pero poca esperanza se da con esa explicación, y tampoco saben decir qué hay más allá de la muerte.

Los cristianos sabemos que la muerte es el tránsito a la vida de Dios para siempre. Estamos llamados a estar en su presencia, gozando de la visión de Dios y de su amor. Tenemos esta seguridad porque Dios nos lo ha dicho, no como una teoría que hemos pensado los hombres. Porque cuando Dios habla –y especialmente lo ha hecho a través de su Palabra encarnada, Jesucristo– dice la verdad. No son opiniones ni teorías. Y la verdad es que Cristo es la Resurrección y la Vida (Jn 11,25), y si hemos muerto con Cristo, también viviremos con Él (cf. 2 Tim 2,11).

Por eso san Pablo dice unas palabras que son de gran consuelo, y pedía a los tesalonicenses que las recordaran: *No queremos, hermanos, que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los hombres que carecen de esperanza. Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él. Esto es lo que os decimos como palabra del Señor* (1 Tes 4, 13-15).

Jesucristo murió realmente y después resucitó. «Con su muerte, Jesús revela que, al final de la vida, el hombre no está destinado a sumergirse en la oscuridad, en el vacío existencial, en la vorágine de la nada, sino que está invitado al encuentro con el Padre, hacia el que se ha movido en el camino de la fe y del amor durante toda la vida, y en cuyos brazos se ha arrojado con santo abandono en la hora de la muerte» (Juan Pablo II, 7-XII-1988).

Jesús padeció mucho y murió. Pero ahí no terminó todo. Con su resurrección demostró que todo lo que había sufrido por obedecer a su Padre celestial tenía sentido: ¡Es verdad lo que nos ha dicho! Y sabemos *que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él* (2 Cor 4,14).

La muerte es el final de la primera etapa del camino, que continúa de otra manera. En ese salto hacia la eternidad, quien tiene fe sabe que al otro lado le esperan los brazos amorosos de su Padre, porque el mismo Dios nos explicó que Él es como un padre que espera a su hijo que se ha ido a lejanas tierras, y cuando vuelve le da un abrazo y le hace una fiesta. Por eso no se tiene miedo, ¿cómo se va a tener miedo a Dios que es Amor; a un Dios que está esperando con los brazos abiertos?

La propia muerte y la de los seres queridos causa dolor, porque la muerte es humanamente un mal. Pero eso no es toda la verdad. La muerte también es –debe ser– el momento culmen, la hora de la entrega de toda una vida a Dios, de una vida llena de amor, en la que podamos decir, como Jesús en la cruz: *Todo está cumplido*, he hecho lo que esperabas de mí. Mejor o peor, pero aquí estoy entregándome. Por eso aceptamos la muerte sin aspavientos; no como si fuera una pérdida, porque es sobre todo ganancia. Sabemos además

que todo lo que hemos hecho por amor a Dios y a los demás permanece, sirve para la otra vida: el amor es más fuerte que la muerte.

Hemos sido hechos para amar, y el momento personal e irrepetible que es la muerte debe ser el supremo acto de amor, al cual hemos de prepararnos con todas nuestras facultades. No, no debemos no pensar en ello. Es importante prepararse; es más, debe ser el momento en el que concentremos todas nuestras facultades para ese encuentro con Dios. Especialmente contando con la ayuda de un sacerdote y de los Sacramentos.

Y poder decir con Santa Teresa:

«Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo;
decidme, ¿en qué me detengo?
O Vos, ¿en qué os detenéis?

– Alma, ¿qué quieres de mí?
– Dios mío, no más que verte.
– ¿Y qué temes más de ti?
– Lo que más temo es perderte.

Un amor que ocupe os pido,
Dios mío, mi alma os tenga,
para hacer un dulce nido
adonde más le convenga.

Un alma en Dios escondida,
¿qué tienes que desear
sino amar y más amar,
y en amor toda encendida
tornarte de nuevo a amar?»

62. Lo que nos espera

¿Qué nos espera después? En primer lugar, Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos y ya no habrá muerte, ni llanto, ni sufrimiento, ni fatigas, porque todo lo anterior ha pasado (Ap 21,4). Pero eso no es todo; lo que nos espera es Dios. Dios, que es Amor infinito, nos dará todo el bien; eso que, de una u otra manera, todos deseamos. Si el que ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas? (Rm 8,32).

En la casa de mi Padre hay muchas moradas... Voy a prepararos lugar (Jn 14,2), había dicho Jesús. Tenemos cada uno algo así como un sitio preparado en el cielo. Y si en la tierra quien ama a una persona y desea prepararle algo (una habitación, una fiesta) procura esmerarse, ¿qué será lo que nos puede preparar Dios que tanto nos ama, y tanto espera que lleguemos! Indudablemente la llegada al cielo será como una fiesta de cumpleaños donde Alguien que nos quiere y puede mucho nos tiene preparada una sorpresa. Se podría decir que

el cumpleaños de los santos que están en el Cielo es el aniversario de su llegada allí, su dies natalis.

Un día en el tanatorio, después de rezar un rato, un sacerdote salió afuera y estuvo hablando del cielo con los familiares. Entonces una hija de la difunta exclamó: «¡Tendríamos que hablar a menudo sobre el cielo y no sólo en estas ocasiones!». El sacerdote comentó: «Los primeros cristianos debían hablar de él frecuentemente porque tenían la convicción de que el Señor estaba para llegar, y se relacionaban de un modo natural con los difuntos pues, por las persecuciones, podían encontrarse en cualquier momento con ellos. Ése era el ambiente. En cierto sentido, aunque tenían los pies en la tierra, tenían la cabeza en el cielo».

Es muy bueno que pensemos en el Cielo, en el lugar donde tenemos que pasar la eternidad, como exhorta santa Teresa: «También me parece me aprovechó mucho, para conocer nuestra verdadera tierra y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber adónde hemos de vivir. Porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, esle gran ayuda para pasar el trabajo del camino haber visto que es tierra adonde ha de estar muy a su descanso, y también para considerar las cosas celestiales y procurar que nuestra conversación sea allá» (Libro de la Vida, 38).

Es muy bueno pensar en el Cielo porque ésa es nuestra patria, el lugar donde pasaremos la eternidad. Y el Cielo no consiste en otra cosa que en ser amados y poder amar a Dios.

El Rey Balduino de Bélgica, dejó escrito en su diario en 1985 un deseo que bien puede servir a todos de acto de abandono y confianza: «Padre Todopoderoso, te suplico me des la gracia de no temer ya a la muerte, sino de esperarla, para nosotros y para los que amamos, como el momento tan esperado del encuentro con la Santísima Trinidad y con María, nuestra Maravillosa Madre».

63. El tiempo que falta

El cristiano sabe que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida de todo hombre, y si es la vida, quien vive con Él de alguna manera ya no muere. Cuando Jesús dijo a Marta *Tu hermano resucitará*, ella pensaba que resucitaría al final de los tiempos. Pero Jesús le reveló unas palabras muy grandes: *Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?* (Jn 11, 25-27). No es sólo que Cristo pueda resucitar muertos, es que El es la resurrección. Quien vive en esta tierra con Él, de alguna manera no muere, porque Cristo es la vida que no puede morir.

Jesús no se refería a la vida y muerte terrenas, pues el hecho físico de la muerte no es sino un parpadeo para quien vive en Cristo. Ese instante es fundamental porque es el paso a la eternidad, tanto para quien va a la Vida Eterna como para quien no va allí. Pero en cierto sentido quien vive la Vida de Cristo tiene en sí los gérmenes de eternidad, ya que la gracia es como un agua que salta hasta la vida eterna.

Por eso, ¿qué hemos de hacer en el tiempo que falta hasta ese instante? O dicho de otro modo, ¿cuál es el sentido de la vida? Consiste en creer en Cristo, en vivir su vida, de tal manera que uno, muriendo ya a uno mismo, pueda decir como san Pablo *ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2,20). Se trata de morir a uno mismo, a todas aquellas cosas de

la tierra que llevan en sí gérmenes de corrupción, que se acaban en la tierra, y en compartir nuestra vida con la de Cristo (que para eso vino a este mundo: a compartir su vida con nosotros).

En cada acto libre el hombre decide la vida o la muerte; cada acción nos une a Dios o nos separa de Él; nos acerca a la Vida o a la Muerte. Cada decisión es de vida o muerte. Quien vive la vida de Dios, de alguna manera tiene la eternidad en su corazón, en cierto modo no muere, no cambia de vida. Por eso no se teme la muerte. La vida terrena es el escenario, el marco de espacio y tiempo para vivir la vida de Dios.

Y se sabe que si Dios le ha llevado a uno en esta tierra por el mismo camino del dolor que llevó a su Hijo –porque los sufrimientos verdaderamente son *misterios* dolorosos–, nos dará lo mismo que a Él –los misterios de gloria–. *Entonces* (aquel *después* del que hablábamos antes) entenderemos cuán admirable es la Providencia divina y por qué quiso llevarnos por ahí para *rehacernos*, para sacar de nosotros todo lo mejor de nosotros mismos, y hacernos dignos de ser amados, muy amados por Él.

¡Si supiéramos ahora lo que nos espera...! Por eso san Pablo, que tuvo la oportunidad de ver el cielo, no duda en afirmar que *los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros* (Rm 8,18). ¡Si pudiéramos ver la realidad como la veía san Pablo...! Aprenderíamos mucho más el tiempo que nos queda por vivir y no huiríamos del dolor, como decía poéticamente la santa de Ávila:

Después que se puso en cruz
el Salvador,
en la cruz está la gloria
y el honor,
y en el padecer dolor
vida y consuelo.
Y el camino más seguro
para el cielo.

No, el dolor no es algo ante lo que haya que *resignarse*, pues es fuente de vida; de vida eterna y de vida sobrenatural en la tierra; porque «precisamente, esa admisión sobrenatural del dolor supone, al mismo tiempo, la mayor conquista. Jesús muriendo en la Cruz, ha vencido la muerte; Dios saca de la muerte, vida. La actitud de un hijo de Dios no es la de quien se resigna a su trágica desventura, es la satisfacción de quien degusta ya la victoria» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 168).

Al morir con Cristo por la mortificación voluntaria o por el sufrimiento aceptado con amor, comenzamos a vivir un anticipo de la gloria: la vida nueva de los hijos *de Dios que nos resucitó con Cristo y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús* (Ef 2,6). Se sabe que el sufrimiento llevado por amor es vida fecunda, como un néctar muy valioso que Dios valora y que lo cambia en bien, en salvación propia y ajena.

64. La Pietá de Miguel Ángel

Una vez que hubo muerto Jesús, un soldado atravesó su costado con una lanza para atestiguar que estaba verdaderamente muerto. Después, con el permiso del gobernador, José

de Arimatea y Nicodemo descolgaron el cuerpo de Jesús y lo pusieron en los brazos de su Madre.

Jesús se había dirigido a Ella en los últimos momentos llamándola «Mujer» para dar mayor solemnidad al nombramiento de su nueva y universal maternidad, evocando a la otra «mujer», madre de todos los vivientes, Eva. Ahora María recibía en sus brazos su cuerpo y no podía por menos de decir: «¡Hijo!», y manifestar su ternura y su cariño; y con su cara apoyada en la frente de Jesús, dejaba que discurrieran sus ardientes lágrimas por el rostro frío de su Hijo.

Por su mente pasaba la vida de Jesús como si fuera una película: desde aquel día de su nacimiento en el que le sostenía en brazos envuelto en pañales, hasta este otro en que, cubierto parte de su cuerpo con un lienzo, le sostenía sobre sus rodillas y le abrazaba. Era la historia de su propia vida. La historia de su vida unida a Jesús. Una historia única, irrepetible, de unión con Dios como no la ha habido ni la habrá.

Por eso aquél era un momento solemne en la historia, y grandes artistas lo han plasmado en piedra, entre ellos Miguel Ángel.

Mientras apretaba contra sí a su Hijo, María miraba su cara; y otras veces miraba hacia la ciudad, con una mirada pensativa. Porque Ella sabía muchas cosas. Sabía que Jesús era el Hijo de Dios, sabía de su deseo de salvarnos, de su ansia de padecer, de su única voluntad de realizar la voluntad del Padre, obedeciendo, amando,... María sabía que cada uno de los hombres valemos mucho, valemos la Sangre de su Hijo y cuánto nos quiere Dios.

María pasó toda la Pasión de Jesús unida a la voluntad del Padre, unida al sacrificio redentor como ningún otro pueda hacerlo jamás.

Ella sabía muchas cosas, sin embargo estaba llorando a lágrima viva, desconsolada. Ni José de Arimatea, ni Juan, ni Nicodemo, ni María de Cleofás, ni Salomé,... que allí estaban de pie decían nada. Emocionados, en silencio sagrado, contemplaban cómo María besaba con ternura de madre la cara, la cabeza de su Hijo, y cómo la fuente de sus ojos manaba ese mar de lágrimas en el que Ella estaba anegada.

Hay dolores morales más duros que los dolores físicos. María sufría pero estaba llena de esperanza. En Sevilla hay quienes distinguen tres tipos de imágenes de la Virgen Dolorosa: la que está a punto de romper a llorar, la que está llorando a moco tendido y la que está recogiendo el llanto. A esta última corresponden la Esperanza de Triana y la Esperanza Macarena.

Sí, María estaba llena de esperanza; sabía que todo lo que acababa de suceder era necesario para nuestra vida, nuestra salud sobrenatural y humana. Además creía que Jesús iba a resucitar y por eso no iría al tercer día al sepulcro. Ahora sufría, pero como Corredentora regustaba ya la victoria.

Tenía entre sus brazos el cuerpo inerte de Jesús, estaba en el centro del sufrimiento, lloraba,... pero veía la vida. *Yo soy la resurrección y la vida* (Jn 11,25), había dicho el Señor. Jesús no sólo podía resucitar a otras personas, es que Él es La Resurrección; no es que pudiera dar la vida, es que Él era La Vida.

XIV. CERCA DE LA VIRGEN

Bendice alma mía al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice alma mía al Señor y no olvides sus beneficios. El perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura (Salmo 103)

65. La mirada de Jesús

Antes de relatar los últimos meses de una mujer que aprendió muchas cosas en el sufrimiento, quería que nos detuviéramos por última vez en estas páginas ante el rostro de Jesús y saquemos algunas consecuencias prácticas.

Jesús había muerto y lo iban a enterrar. Sus ojos y sus labios, por los que se expresa la persona, estaban cerrados. Ni el más leve movimiento. Jesús estaba muerto.

Con cuánto amor bajó desde la eternidad del Padre a este mundo de los hombres para hablarnos de Dios y darnos la vida que perdura. Desde que Jesús nació en Belén Dios nos mira con ojos humanos, nos ama con corazón de carne, nos habla con voz que podemos entender sin dificultad. ¿Y qué hemos hecho los hombres? Desobedecerle, pecar. Lo mismo que hicieron Adán y Eva después de que Dios, con la ilusión y el cariño de unos padres que tienen su primer niño, les había puesto en la existencia y en ellos su imagen divina.

Esta es la triste historia de los hombres. Podríamos ser muy felices con Dios, pero nos empeñamos en vivir al margen de Él. Las consecuencias las saboreamos todos los días en nosotros mismos y a nuestro alrededor. Los hombres crucificaron a Cristo, y cada uno lo volvemos a hacer cada vez que cometemos un pecado.

Ahora Jesús está sin vida, sus ojos están cerrados. Pero Él es la Vida. Sabemos que todo es diferente desde aquel día en que Cristo redimió a los hombres y nos ha posibilitado vivir con Él. Ya todo será distinto porque tenemos sus palabras –que la Iglesia cuida con esmero– y está trazado el camino para ir al Cielo. El camino que es Él. Y sabemos que, aunque ese Cristo está yacente ahí, la salvación ha comenzado.

Sus ojos estaban entonces cerrados, pero Jesús ahora está vivo, y nos mira, y nos dice: «cuento contigo, cuento contigo en tu dolor para dar vida». No sólo para dar la vida a la humanidad, sino para dar Vida sobrenatural a tu propia vida humana.

Un día Jesús se quedó mirando a un joven, y fijando en él sus ojos le hablaba al fondo de su corazón (cf. Mt 19,21). Y como al joven rico, también nos dice a nosotros: Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes (ofrece tu sufrimiento) y sígueme.

66. Aprendiendo a sufrir

Son muchas las personas que han descubierto el sentido del dolor y dejan una huella en quienes les han tratado en sus últimos momentos. Pero necesariamente hay que ceñirse a alguna en concreto. Quería dejar constancia, por si le sirve a alguien, de una mujer a la que pude acompañar en su sufrimiento, y cuyo relato tuvo la gentileza de escribir la que entonces era organista en Torreciudad.

Conocí a Carmen una tarde en Barbastro. Se presentó en Entrearcos, centro de formación para la mujer que dirige gente de la Prelatura del Opus Dei. Al rato de estar hablando, me comentó que tenía una enfermedad incurable y que había venido a tierras aragonesas para morir junto al Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad.

Durante veinte años había sufrido numerosas operaciones para extirparle tumores cancerígenos y, después de la última operación, los médicos le dijeron que le quedaban cuatro meses de vida. En la Clínica de Navarra oyó hablar de Torreciudad y nada más conocer el dictamen médico le vino a la cabeza y al corazón un deseo fuerte, imperioso, de morir a los pies de la Virgen de Torreciudad.

Era viuda y no tenía hijos. Un día en la ciudad en la que vivía invitó a comer a todos sus familiares y amigos para despedirse de ellos y comunicarles su decisión. Nadie sospechaba nada y en un momento dado pidió a los presentes que guardaran silencio.

– Os he reunido para daros una noticia. Me quedan cuatro meses de vida y he decidido ir a morir a Torreciudad, un Santuario de la Virgen que se encuentra en Huesca. Por favor, no os molestéis por mí; os pediría que no vayáis a visitarme porque voy allí a rezar, a prepararme para morir.

Todos quedaron muy sorprendidos. Pasaron unos segundos hasta que pudieron reaccionar. Como tenía un carácter fuerte y seguridad en sí misma nadie le contradijo. Le advirtieron que allí no tendría la misma atención médica que en su ciudad. Ella lo sabía, pero la decisión estaba tomada, y al día siguiente salió camino de Huesca.

Pasado el tiempo, ante comentarios de algunos familiares que decían que se había vuelto loca, dudaba si no sería cierto, porque ni ella misma comprendía toda la fuerza que estaba sacando para llevar su enfermedad. Con el paso de los meses se dio cuenta de que esa fuerza se la daba la Virgen. Sufrió mucho, muchísimo, y no quiso rehuir del dolor ni separarse de Ella bajo ningún concepto.

Nuestra amistad aumentó cuando, al quedarse sin coche, porque se lo regaló a su sobrino, le invité a subir al Santuario en el mío. Carmen hablaba mucho y era muy expresiva en sus ademanes. Y era muy piadosa. Cuando íbamos en el coche no paraba de hablar, pero en el momento en que a lo lejos se divisaba el Santuario, interrumpía bruscamente la conversación, se santiguaba y comenzaba a rezar: «Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve Esposa de Dios Espíritu Santo; Dios te salve, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad», y volvía tranquilamente a la conversación. Esta piedad la fue aprendiendo aquí, porque si algo resaltaba de su vida antes de llegar a esta tierra aragonesa era su vida de relaciones sociales, de viajes, de fiestas.

Subía muchos días a Torreciudad, y si no iba conmigo o con otra amiga, subía en taxi. Se la veía dentro del Santuario muchas horas delante de la Virgen en los primeros bancos rezando con mucha unción. Junto a la Virgen sacaba la fuerza para ese día.

Cada domingo asistía a la Santa Misa, hablaba con su director espiritual –que buscó nada más llegar el primer día– y hacía el Via Crucis. El Via Crucis de Torreciudad es un buen lugar de penitencia, ya que es una cuesta arriba y el camino está sin enlosar. A Carmen le costaba andar. Debido al tumor, cada paso le suponía un grandísimo dolor. Ningún domingo, por ningún motivo, dejó de hacer esta gran penitencia. Una vez le comenté que sólo con

ofrecer sus dolores, el Señor estaría contento. Ella contestó que le parecía poco por todo lo que se le ofendía y que *mientras pudiera* haría el Via Crucis.

Nada más llegar a Barbastro, en el piso que había alquilado, instaló en su habitación una talla de la Virgen de Torreciudad decorada con un espejo detrás, rodeándolo dos ángeles. Los meses que, al final, tuvo que estar en la cama miraba a esa imagen girando la cabeza hacia la izquierda, llenándola de besos y de piropos en voz alta, sin importarle lo que fueran a decir las visitas. Solía repetir: «Madre mía, ¡qué guapa que eres! ¡Cuánto te quiero!».

* * *

Habían pasado ocho meses y ella estaba asombrada de no haber muerto, pues la enfermedad, según los médicos, debía durar cuatro meses. Volvió a Pamplona. Los médicos le dijeron que incomprensiblemente el tumor se había estacionado. No lo entendían porque estaba tal y como lo vieron la vez anterior. Le dijeron que en el momento en que volviera a avanzar le quedarían cuatro meses de vida. Como así sucedió.

Ella tenía el convencimiento de que era una gran suerte saber cuándo uno se va a morir, pues se puede preparar; y que Dios le había dado ese tiempo para que hiciera *algo*, aunque no sabía a ciencia cierta para qué era.

Sufría mucho, aunque los demás no se daban cuenta porque hacía vida aparentemente normal. Por ejemplo, hizo un Curso de retiro en una casa cercana al Santuario. Nadie se percató de que estuviera enferma porque asistía a todos los actos. Pero lo que no sabían era que después de cada acto se iba a su habitación para hacerse una cura y que se echaba en el suelo sobre una toalla para descansar, porque estaba agotada del dolor y de hacer lo posible para que no se notara nada.

Unos dolores se iban añadiendo a otros. En el verano de 1989 tenía una ilusión loca de poder asistir a una tertulia con el Prelado del Opus Dei, que esos días estaba allí. La noche anterior se cayó y se rompió una pierna, y no pudo asistir.

Desde entonces, aunque andaba muy incómoda con unas muletas, seguía su vida normal. Un día, en pleno mes de agosto, con una temperatura superior a treinta y cinco grados, hizo el Via Crucis a pleno sol. Le comenté que era una locura porque a las personas sanas eso ya les suponía un gran esfuerzo y que ella con su enfermedad y sus muletas... No me hizo caso. Tuve que ir a buscar un paraguas para protegerla del sol. La alcancé a mitad del Via Crucis. Le alegraba poder añadir un sufrimiento más al que ya padecía.

Podía soportar los dolores intensísimos gracias a la fuerza que le daba la Virgen. A su carácter fuerte se unió una tierna piedad a la Señora y esto fue lo que la mantuvo alegre y esperanzada.

67. Dios se sirve de mí

Había dicho a sus familiares que no se molestasen en ir a verla. Pero pasados unos meses, y viendo que no se había muerto, sus familiares y amigos empezaron a ir los fines de semana a conocer de cerca lo que le había hecho cambiar tanto. Para ella era un sacrificio tener que atenderles porque le impedían seguir su plan de piedad. Pero pensaba que, si Dios lo permitía, sería para que ella se aprovechara y les acercara más al Señor.

Ella se volcaba con ellos: les divertía con sus ocurrencias, les llevaba a ver pueblos cercanos y sobre todo les llevaba a ver su *secreto*: Torreciudad. Una vez allí, les hablaba sin reparos de la Virgen y del sacramento del perdón.

Consiguió conversiones realmente impresionantes. Una vez estando en la explanada con un familiar suyo, ya mayor, escucharon por la megafonía: «Todas las personas que deseen confesarse encontrarán sacerdotes a su disposición en las capillas de confesonarios». La otra persona expresó en alto a los presentes cuánto tiempo llevaba sin confesarse: cuarenta años.

- Pues ahora mismo te vas a confesar.
- Que no he venido aquí a esto sino a estar contigo.

Después de intercambiar otras palabras, esa persona se confesó. Volvió feliz a su casa.

En otra ocasión, le fue a ver un amigo, conocido desde hacía muchos años. Vivía separado de su mujer desde hacía más de veinte. Le comentó a Carmen que iría con ella a Torreciudad, pero a condición de que no le hablara de Dios para nada.

– Tú ve a rezar, que yo veo todo esto por mi cuenta. Dentro de una hora nos volvemos a encontrar en el coche.

Así quedaron. Carmen se fue al Santuario. Al cabo de un rato se le acercó su amigo. Le dijo que quería confesarse, y le preguntó qué tenía que hacer. Carmen se quedó asombrada, y, cogiendo las muletas, bajaron a la capilla de confesonarios y le dejó una hoja con un examen de conciencia para que se preparara. El amigo pasó al confesonario y tardó bastante en salir. Mientras tanto, Carmen rezaba.

Al terminar la confesión, ella vio que salía muy serio, y le preguntó si estaba molesto o si necesitaba algo. Él comentó que estaba muy contento, pero que se había dado cuenta de que debía desagraviar al Señor y cambiar. Al regresar de Torreciudad habló con su mujer y recomenzaron la vida: ambos estaban muy agradecidos a Carmen.

Ella se fue dando cuenta de que Dios la dejaba un tiempo en esta tierra para sufrir, y con el sufrimiento amarle más y llevarle almas. Por eso no regateaba tiempo ni sufrimiento para dedicarlo a cualquiera que, por cualquier motivo, se acercara a ella. Eran muy frecuentes en sus conversaciones palabras sobrenaturales, de fe en el Señor y de aceptación de su voluntad amabilísima.

Estuvo subiendo al Santuario unos meses más, hasta que en abril de 1990 le fue imposible hacerlo. Desde entonces estuvo en la cama hasta que murió: cinco meses que fueron como una agonía. Sólo Dios sabe lo que sufrió Carmen y por qué Él quiso tenerla ese tiempo en la tierra.

* * *

– ¿Quién es esa chica que me ha abierto la puerta?, le pregunté una tarde.

– Se llama N. Aunque viene una señora algunas horas, necesitaba que alguien me acompañara día y noche porque ya no puedo casi ni levantarme de la cama. Puse un anuncio en el periódico y una noche sonó el timbre de la puerta. Me levanté como pude, y cuando abrí estuve a punto de cerrar, tuve miedo. Apareció ella muy mal vestida. Venía por lo del anuncio. Me dijo que si le cerraba la puerta no sabría dónde ir, porque no podía volver a su

casa. Le dije que entrara y le expliqué de qué se trataba. Como ella no podía volver con su familia le dije que le daría confianza y, si ella correspondía, yo le ayudaría. Es muy buena y lo ha pasado muy mal. Nadie le ha enseñado la doctrina cristiana. Le he propuesto enseñarle el catecismo y ella lo va aprendiendo de memoria y me hace preguntas.

Pasados los días, le propuse a Carmen:

– Si quieres, dile a N. que vaya a la parroquia a hablar con el sacerdote.

– Ya se lo he dicho, e irá. ¿Sabes que he tomado mucho afecto a N? Sé que ella también a mí. Es como si Dios se sirviera de mí, que no puedo salir de la cama, para ayudarme y que sea feliz.

– Se ve en esto la mano de Dios.

– Es verdad. Todo ha sido tan providencial: venir desde tan lejos a Huesca a cuidar una inválida...

– Ya se ve que desde el lecho del dolor se puede hacer mucho apostolado. A todos los que venimos a verte nos hace mucho bien. A mí también.

– ¿Que te hago yo bien a ti? Pero si eres tú quien me trae alegría cada vez que vienes...

– Aunque algunos días me cuesta venir, lo hago con mucho gusto porque mi visita te alegra. Pero además vengo a tu casa por interés.

– ¿Por interés?, no lo entiendo.

– Pues porque el Opus Dei salió adelante entre los Hospitales de Madrid. Toda la labor apostólica que desarrolla la Obra sale a base de medios sobrenaturales; a base de oración y de sacrificio. Y yo vengo a tu casa a sacar de este tesoro que tú tienes, para que Dios tenga misericordia y nos envíe vocaciones en Barbastro.

– Ah.

– Pero, además, es seguro que haces mucho bien a todos los que vienen a esta casa. Hoy día la gente no quiere tener experiencia del dolor ni hablar de la muerte, y a tus familiares que vienen a verte les haces pensar en la brevedad de la vida y de que no estamos en la tierra para pasar el rato, sino para otra cosa.

– Yo quiero estar amable y ser divertida, aunque ya me cuesta. Procuro que no se den cuenta de mi sufrimiento. A veces me dicen: «Anda, ¿y ésta es la que se está muriendo?». Y algunos están más de una hora ahí delante. No saben que cada minuto que están tengo que estar simulando que me encuentro bien. En cuanto salen por la puerta me vengo abajo, me quedo agotada.

– Pues ya sabes, les dices que estén cinco minutos, porque tienes que descansar.

– Lo siento pero no te voy a hacer caso.

– Ya estamos. ¡Si pareces de Aragón!

– Es que es otro tipo de sufrimiento más que puedo ofrecer, y no lo quiero desaprovechar. Sé que Dios espera que me vean contenta; que no digan que el dolor amarga la vida a una persona con Fe.

– Sí, en eso tienes razón. Me parece que es en el cuento de «Alicia en el país de la maravillas» donde sale un gato muy alegre, que se va borrando poco a poco. Primero

desaparece la cola, luego el cuerpo, la cabeza..., lo último es la cara. Después, el recuerdo que los demás guardan de él es que era muy alegre. ¡Animo!

68. Una cruz con colcha

– Ya me ves, estoy tapada hasta el cuello y sólo puedo mover los brazos y la cabeza. Me han tenido que poner esta jaula para que la colcha no me roce el cuerpo, porque si no me pongo a dar botes.

– ¿Te duele mucho?

– ¡Qué va!, contestó rápida y como sin darle importancia. Pero cambiando el tono y ya más en serio me confió:

– Bueno..., sí; ¿para qué te voy a engañar? Nadie lo sabe. Pero es como si estuviera metida en fuego hasta la cintura. Es un dolor horrible, de día y de noche.

– ¿Has tomado los calmantes que te trajo el médico?

– No, todavía no. Ahí están, sobre la mesita. Mientras tenga fuerzas en el cuerpo y lucidez en la cabeza no los tomaré. Pienso que si Dios ha permitido esta enfermedad, será para algo. Mientras pueda...

– Pero no es malo intentar aliviar el dolor.

– Pero yo no quiero. Ya ves, sigo comiendo como puedo, a base de líquidos para no perder fuerzas. Estoy poniendo todo de mi parte para vivir cuanto más tiempo mejor.

Pasó el tiempo, y dos meses más tarde empezó a tomar los calmantes porque ya no podía más.

– Mira, he llamado a un hospital de Barcelona especializado en dolor extremo por si me pueden quitar algo el dolor. Es que ya no puedo más y tengo miedo de desesperarme. ¡Ah!, ¿sabes?, el sacerdote de la parroquia que me trae la Comunión me ha grabado en el magnetofón un Salmo para meditarlo. Quiero que lo oigas. Es el Salmo 13. Ponlo.

Y juntas escuchamos:

¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?

¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?

¿Hasta cuándo he de estar preocupado,

con el corazón apenado todo el día?

¿Hasta cuándo va a triunfar mi enemigo?

Muéstrame Señor tu rostro y escúchame.

Ilumina mis ojos para que no me duerma en la muerte;

para que no diga mi enemigo: Le he vencido,

ni se alegre mi adversario de mi fracaso.

Pero yo espero en tu misericordia.

Alegra mi corazón con tu auxilio,

y cantaré al Señor por el bien que me ha hecho.

– Buscar el rostro del Señor..., que mis enemigos no me vengan... Carmen, Dios te espera en el sufrimiento. Esta es tu vocación. A ti te ha llamado a esto. El Papa ha escrito en un documento sobre el sentido cristiano del sufrimiento que el dolor es una *vocación*. Jesucristo no quiso explicarnos ese gran misterio de la Cruz. Ha preferido que creamos. *El que quiera seguirme que tome su cruz cada día y me siga*, ha dicho. Dios cuenta con que haya siempre en el mundo muchas personas que sufran, y que sufran mucho.

– ¿Por qué?

– Porque el sufrimiento es la otra cara de la moneda de la humanidad, que es el pecado. Jesucristo quiso redimirnos de los pecados de esta manera. El sufrimiento es la medicina para curar los pecados. Todos tenemos contrariedades, pero Dios cuenta especialmente con algunas personas para que reparen. Supongo que en torno a Torreciudad tendrá que haber gente que sufra, que repare con su dolor, porque es un lugar de conversión...

– Me haces pensar... Sí, será eso.

– Muchos santos han tenido que sufrir mucho. ¿Te acuerdas de San Lorenzo? Yo sé que esta cama, donde llevas casi cuatro meses, es como tu parrilla.

– Es mi cruz.

– Sí, una cruz con colcha. Es curioso pero tus sufrimientos recuerdan a los del Señor en la Cruz. Sólo puedes mover la cabeza y extender los brazos.

– Como «Ése» que tengo sobre la cabeza. (Con la mirada indicaba el Crucifijo que tenía sobre su cabeza, en la pared).

– Dolores en todo el cuerpo...

– Hasta en la cabeza, porque me ha entrado una tortícolis de tanto ladearla para mirar a la Virgen... Menos mal que el sacerdote me ha traído esa fotografía grande de la Virgen de Torreciudad y la ha puesto enfrente. Y la sed... *Tengo sed*. (El último mes no admitía nada de líquidos, sólo podía mojar un poco los labios aunque tenía mucha sed). Y el despojo...

– ¿Cómo dices?

– Sí... (lo decía medio llorando). Le pedí a N que buscara algunas cosas mías, y no están. Pasa tanta gente por esta casa...

69. La Salve a gritos

Estuvo unos días en el Hospital de Barcelona, a su vuelta me sorprendió con esta novedad:

– El viaje a Barcelona lo hice en una ambulancia especial donde apenas se mueve uno. Pero a pesar de todo, en cada curva, en cada pequeño bache yo veía las estrellas porque tengo el cuerpo en carne viva. No te rías, pero cuando ya no puedo con el dolor, en vez de gritar me pongo a cantar la Salve. Y eso hice en la ambulancia al volver. Al llegar a Barbastro, el chófer me preguntó cómo tenía ánimos para cantar, y en qué idioma lo hacía.

Le dije que era la Salve en latín, porque yo le tengo mucha devoción a la Virgen de Torreciudad. Él no había estado nunca en Torreciudad aunque vive en Binéfar. Yo sé que se

conmovió porque me dijo: «Mire usted, la ambulancia es mía y trabajo toda la semana; pero si usted me llama, un domingo le subo a Torreciudad gratis».

Carmen se me quedó mirando y me preguntó: –¿Tú crees que podríamos hacerlo?

– Naturalmente, le contesté. Además la ambulancia puede llegar hasta la misma puerta del Santuario. Yo te espero allí, te llevamos en una camilla adentro y ves a la Virgen... ¿Pero por qué lloras?

Mirando hacia sus pies me decía con lástima: – Qué más querría yo en la vida. Daría lo que fuera por poder estar un minuto allí, pero... es que no puedo ni moverme.

Ese viaje ya no lo hizo. Su padre me contó después de su muerte que, cierto día, la llevaron a otra habitación para hacerle la cama. Cuando la traían de vuelta él vio la cara de Carmen, blanca y desencajada por el dolor. Una vez acostada, empezó a dar grandes gritos:

– ¡Señor!, ¿por qué me das tantos dolores?; ¡Señor!, ¿por qué no me llevas ya contigo? ¡Y si no me los quieres quitar, que sean por la santidad de los sacerdotes!

Habían tenido que cerrar las ventanas porque, aunque era un tercer piso, se oían los gritos desde la calle. Después se puso a cantar la Salve en latín a gritos. Al terminar –decía su padre–, quedó relajada y sonriente, su cara rebosaba paz. Yo me quedé asustado. No se me olvidará nunca.

70. A la sombra de la Virgen

– Como no puedo dormir, en la oscuridad de la noche rezo, y me hago la ilusión de estar dentro del Santuario a oscuras, como a la sombra del manto de la Virgen. ¡Ah!, por eso luego a media mañana me quedo dormida; son sólo tres o cuatro minutos, porque enseguida el dolor no me deja más... Acuérdate de mí el día veinticinco.

– ¿Por qué el veinticinco? ¿Es este sábado, no? (Yo no me daba cuenta de que se refería a que intuía que moriría ese día).

– Es que para mí es un día importante. Ya te lo diré. ¿Te acordarás?

– Claro. ¿Sabes que ayer (domingo) pusieron en el programa religioso de la televisión siete minutos sobre Torreciudad?

– Sí. Es lo único que veo de la televisión. Y cuando salió me puse a llorar. ¡Qué más querría yo que poder ir junto a la Virgen, unos minutos...! Oye, querría hacerte una pregunta. A mí me gustaría enterrarme junto a Torreciudad, ¿se puede hacer?

– Pues se lo preguntaré al Rector. Pero me parece que no. Al menos serías la primera persona que lo haría.

– Es que desearía que mis restos estuvieran cerca de la Virgen; y al caer la tarde, la sombra del Santuario cubriera mi tumba. Ya estoy preparada. He recibido la Extremaunción.

El sábado veinticinco fue a verla su director espiritual. Estaba físicamente acabada. El día siguiente, 26 de agosto de 1990, era fiesta grande en Torreciudad porque había ordenaciones sacerdotales. A las doce de la mañana –acababa de terminar la ceremonia–, llamaron sus familiares al Santuario para comunicar al sacerdote que la atendía que Carmen acababa de morir. Él se quedó pensativo: Ella había ofrecido su vida por los sacerdotes, morir

junto a Torreciudad,... y acababa de morir en el momento preciso en que tenían lugar las ordenaciones.

Por la tarde se acercó a la casa. Le abrieron la puerta sus padres, y ante su sorpresa, les dio la enhorabuena.

– Sí, tengo la seguridad moral de que está en el Cielo. ¿Tristeza? Eso antes, cuando ella subía con sufrimiento cada peldaño de la escalera que le llevaba al Cielo. ¿Pero ahora? ¡Si ahora ya ha llegado!

Sobre la cama, que había sido su parrilla durante cinco meses, estaba el cuerpo en la caja. Rezaron largo rato en silencio y después cantaron la Salve de cara a la hermosa imagen de la habitación, tantas veces mirada por ella. Carmen estaba ahí de cuerpo presente, pero escuchó la oración desde el Cielo.

* * *